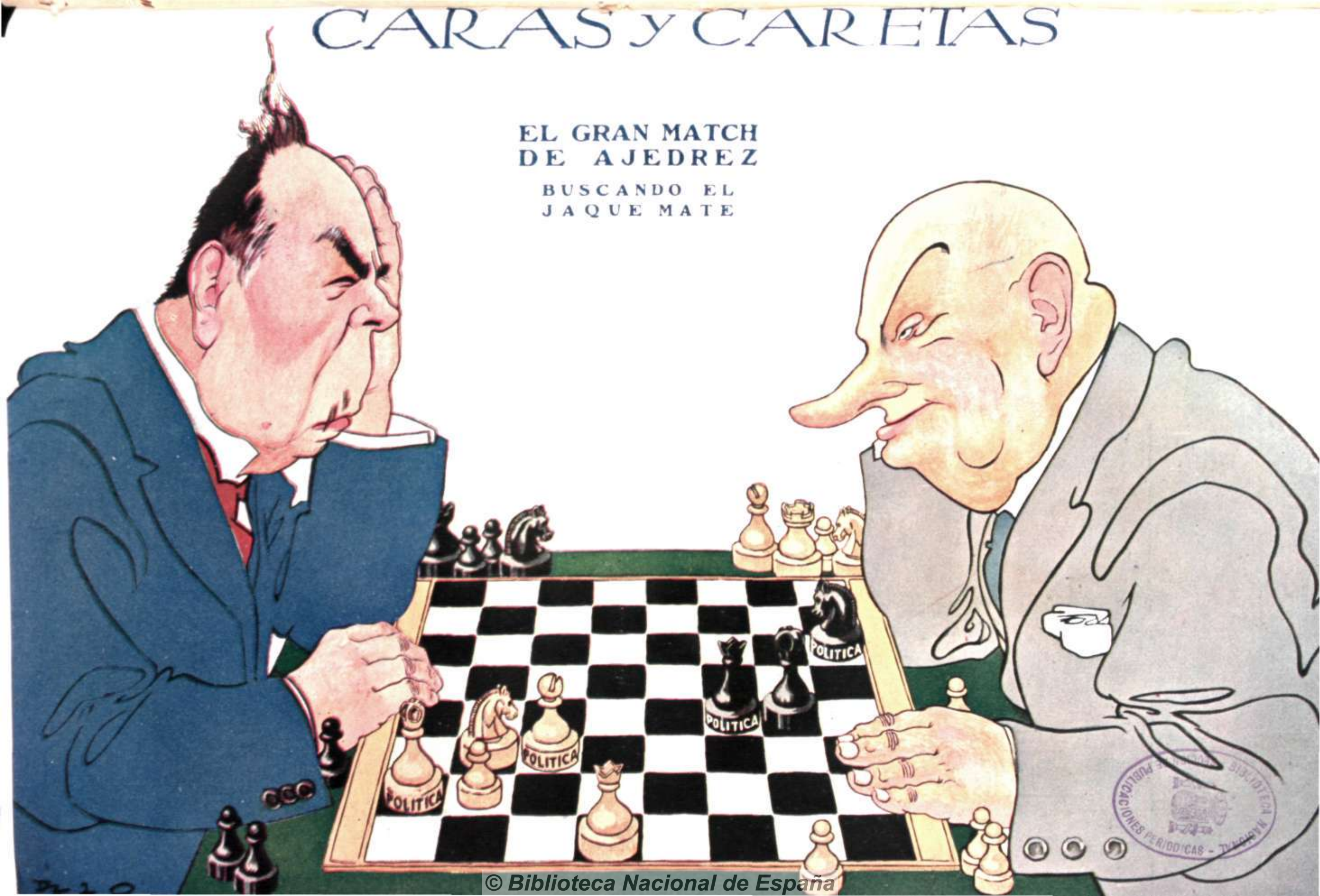
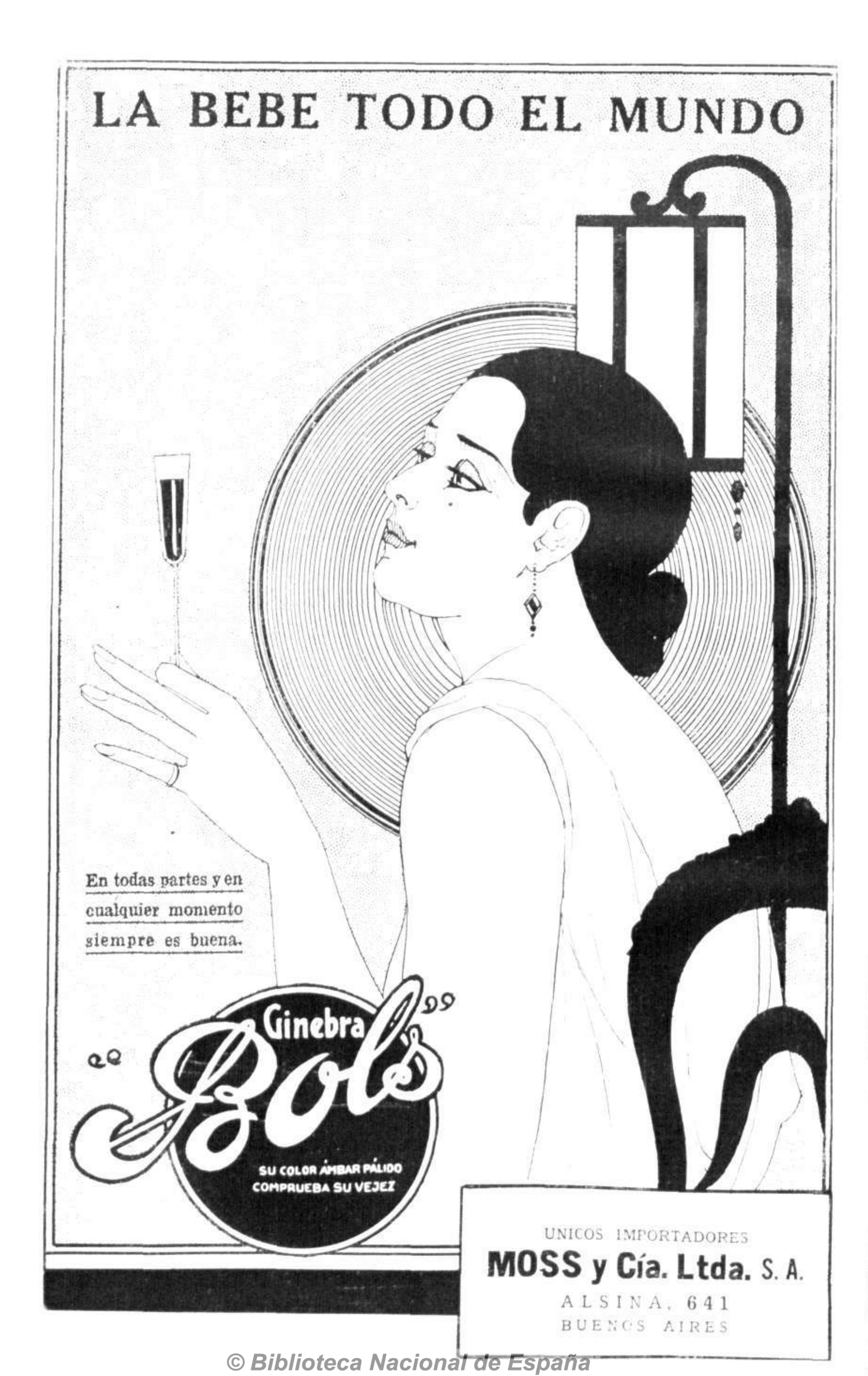
CARAS Y CARETAS




LA BEBE TODO EL MUNDO
En todas partes y en
cualquier momento
siempre es buena.
"Ginebra Bols"
SU COLOR ÁMBAR PÁLIDO
COMPRUEBA SU VEJEZ
UNICOS IMPORTADORES
MOSS y Cía. Ltda. S. A.
ALSINA, 641
BUENOS AIRES

EL DESQUITE

Luciano M. Sicard, cuya novela corta «El desquite» fué premiada en nuestro último Gran Concurso Literario, forma parte de la nueva generación de escritores argentinos. Su excelente estilo, llano y conciso y su visión rápida y personal de los hechos, da a sus producciones un sello propio y característico que nuestros lectores sabrán aquilatar en debida forma.



LBERTO se irguió bruscamente sobre el sillón donde permaneciera recostado largo tiempo, sumido en dolorosa remembranza, rodeado del desorden heteróclito de su cuartucho de estudiante. Con mano trémula, echó hacia atrás las lacias y desordenadas melenas y miró exacerbado hacia la puerta que retumbaba sin cesar bajo los recios golpes de un puño autoritario.

Ese llamado imperioso hizo crecer de pronto su cólera, como si los golpes hubiésenle dado en el desencajado y huesudo rostro, de mórbidas ojeras. Levantóse y corrió hacia la puerta que abrió de par en par.

Sabía sin duda a qué atenerse acerca del inoportuno visitante, pues luego de haberle mirado con aire displicente, ya resignado a la fatigosa entrevista, volvió a su asiento en el destartalado sillón que crujió, lastimero.

En cuanto al intruso, pareció no extrañarse sobremanera ante el recibimiento glacial de que era objeto. Era un muchachón de unos veinticinco años, corto de estatura y asaz corpulento, cuya

indumentaria, aunque prolijamente compuesta, llevaba un raro sello de esmerado mal gusto. Bajo el sombrero verde, demasiado chico, su cara rechoncha y amarillenta, donde rebrillaban los ojillos escudriñadores y bondadosos, parecía hincharse por momentos, debido quizá a la presión inexorable ejercida por un cuello blancuzco, muy alto, de una rigidez de hojalata, que rubricaba en el lugar de costumbre una portentosa corbata de colores chillones, semejante a un retazo de cortinado barato. El traje, obscuro y gastado, ostentaba en numerosos lugares una brillantez de cuero encerado; y para completar el cuadro, calzaba unos zapatos anaranjados cuyas puntas, a pesar de la evidente preocupación de su dueño en hacerles conservar una línea académica, se empeñaban en torcerse hacia arriba al menor descuido.

Cerró la puerta con toda calma y se llegó hasta prudencial distancia del sillón de marras, cuyo taciturno ocupante habíase nuevamente entregado a sus profundas cavilaciones. Miróle, imperturbable, como quien examina un monolito, coordinando sin duda, debajo de su sombrero verde, algunas sesudas razones, sin decidirse, empero, a soltarlas. Al cabo de unos minutos, sonó por fin, en el tranquilo aposento, su voz calmosa y queda de provinciano aclimatado:

— ¡He!... ¿Cómo te va?...

Fué todo lo que acertó a decir; y que esas palabras carecían de arrebatadora elocuencia, bien lo echó de ver en la sombría, inmutable actitud del interpelado que ni siquiera dióse por aludido.

Mientras tanto aumentaba la perplejidad del interpelante, quien puso de manifiesto su indecisión registrándose prolijamente, sin objeto determinado, los bolsillos inferiores del chaleco, como presa de un «tic» familiar. Para hacer tiempo y demostrar su buena voluntad y paciencia a toda prueba, se entretuvo entonces en inspeccionar el cuarto en que se hallaba, esperando secretamente sacar de tal examen algún indicio revelador.

Nada notó, sin embargo, que pudiera iluminarle en tal sentido. Sobre la mesa de pino atestada de libracos y papeles, frascos y cajas, estaba la calavera amarillenta que parecía ahuecar más y más por momentos sus órbitas llenas de sombra, enseñando la mellada dentadura con tétrica insistencia. Todo ello hallábase cubierto de polvo, como si no se hubiera tocado durante varios días. En un ángulo del aposento, la cama precaria, mezquina, con sus ropas revueltas, evocaba más que la idea de descanso, una impresión de insomnios y dolencias. Frente a ésta, sobre un lavatorio, se veían, colocados en el mayor de los desórdenes, más tomos y utensilios de práctica medicinal, una pipa turca, una valija de mano, un guardapolvo ovillado, un calentador, el infaltable mate con su bombilla y una cantidad de objetos cuyo inventario hubiese resultado tan variado como largo. Un ropero amarillo, dos sillas de estilo tan distinto que parecían echarse en cara su mutuo anacronismo, el sillón ya mencionado y una reproducción de la admirable litografía «The Doctor», clavada en la pared, componían el moblaje. Todo ello bañado por el resplandor vespertino que proyectaba en el lugar un ancho brochazo bermejo.

Comprendiendo por fin que no obtendría respuesta, por más que aguardara, el del sombrero verde hizo un esfuerzo, traducido de inmediato por una búsqueda intensiva en los bolsillos usuales y expuso como sigue el mal hilvanado requisitorio:

— Mira, viejo, bien veo que algo te pasa... Pero necesitamos salir de dudas respecto de tu retraimiento y los muchachos me han encargado de averiguar porqué no venís más... Ocho días hace que te nos has perdido de vista y esto, tratándose de un sujeto de tus condiciones, es por demás insólito. Sólo hemos podido saber que no has estado enfermo, ya que la patrona de la pensión nos aseguró que no había tal cosa y que hasta te ausentabas a menudo. Yo mismo he venido cada día a buscarte sin resultado alguno, aunque, para hablarte francamente, me parece que no siempre estabas fuera cuando te he llamado; pero no creí deber insistir hasta hoy, en que traje aquí el firme propósito de obtener una explicación... Por eso «armé» ese bochinche que sabés... Decime, de una vez por todas, ¿qué es lo que tenés para esconderte de nosotros?...

Así hubiera hablado a una mole. Alberto permanecía absorto y las palabras que se le dirigían parecían no haber llegado hasta él. El otro, empeñado en obtener una aclaración, reanudó su soliloquio:

— Supongo que te habrás dado cuenta de cuánto te extrañamos por allá... Nos hallamos verdaderamente desmoralizados por tu ausencia; la especie de admiración que te profesamos todos nos ha alentado, estimulado y capacitado hasta aquí, para seguir adelante, señalándonos, como vos lo hacías, la medida de nuestro esfuerzo... ¡Y de repente, en vísperas casi de la prueba final de este último año de estudios, te perdés de vista sin dar explicaciones a nadie! Esto en lo que a nosotros se refiere... En cuanto a los profesores, se ve que ellos también se extrañan de tu desaparición. El «Peludo», principalmente, que te considera como el «as» de sus alumnos, te busca con la mirada cuando va a dictar clase y al no verte, se queda pensativo, empezando luego su disertación sin mayor entusiasmo, sin ese brío que todos le conocíamos...; y otros por el estilo. Linares, que en materia de frialdad puede ventajosamente compararse con un bisturí, como bien te consta, nos preguntó por vos el otro día. Hasta ese, ¿te das cuenta? Así que ya ves... Dame siquiera una explicación... ¿Qué me contestás, viejo?...

Después de un prolongado silencio, el apostrofado salió por fin de su mutismo:

— Y bueno — contestó con voz enronquecida — deciles a todos que les agradezco sus atenciones, pero deseo que me dejen en paz... Necesito estar tranquilo, nada más... De manera que ya sabés...

— ¡Pero, viejo!... eso no es una contestación... Decime por lo menos cuándo te dejarás ver... ¿Qué les digo a los muchachos?... ¿Qué estás enfermo?...

— ¡No tengo ab-so-lu-tamente nada! — prorrumpió Alberto. — ¿Qué motivos querés que te dé? ¡Deciles que me he muerto, que me he ido, que no estoy más!... Lo que más rabia te dé, ¿sabés? ¡Pero déjame en paz, te digo! ¡Ya está!...

El bueno del provinciano aclimatado dióse a efectuar en sus bolsillos el más formidable dragado que debieron sufrir en el largo transcurso de su accidentada existencia, señal inequívoca de perplejidad extrema:

— Está bueno — dijo por fin, sin alterarse mayormente y decidido a usar sus últimos argumentos. Una mueca afectuosa distendía tristemente su cara mofletuda. — Está bueno — repitió — me parece que estás por hacer una barbaridad garrafal, ¿sabés? ¿Así que pensás plantar ahí no más la carrera y malograr tu porvenir? ¿Así que vos, el gran muchacho admirado y querido por todos nosotros, te comportás ahora como cualquier inservible de los tantos que andan por ahí? ¡Está bueno!... ¿Qué se hicieron ese afán de trabajo intenso, ese ejemplo tan valiente que supiste infundirnos?... ¡Y bonita amistad la tuya! ¡Un señor que «a gatas» le contesta a uno, y en qué forma!... Y a lo mejor, a lo mejor, por una pavada cualquiera... No sé

porqué se me ocurre que ha de andar por todo esto alguna tontuela, alguna muj...

Como mordido por una serpiente, Alberto saltó literalmente hacia el pobre porfiado y con voz chillona y destemplada, gritóle en la misma cara, temblando de ira incontenible:

—¡Mirá, imbécil! ya te tengo aguantado bastante, ¿sabes? ¿No comprendes majadero, que me fastidias atrozmente? ¿que ya te he visto demasiado? ¡Mándate mudar!... ¡Vamos! ¡Fuera de una vez!...

Atónito, el provinciano sacó las manos de los receptáculos anteriores, meditó un breve instante y se marchó lentamente, anonadado...

Cerróse la puerta y todo volvió a silenciarse.

Entonces Alberto pareció súbitamente comprender cuán indigna acababa de ser su actitud para con el amigo despreciado; pero después de esbozar un ademán de cansancio, volvió a echarse en el sillón familiar...

Las primeras sombras de la tarde invadían el inhospitalario aposento en oleadas cada vez más densas, insinuándose quedamente, suavizando y diluyendo el contorno de las cosas, mientras destacábase más nítida, sobre el fondo ahora obscuro, la calavera de estudio, con su sonrisa desengañada, llena de irónica ternura...

II

DESPUÉS de un descanso de unos minutos, la locomotora ensayó algunos resoplidos largos y sibilantes de monstruo asmático, que fueron de pronto acelerándose en un repiqueteo endemoniado y allí salió el deslucido convoy, prosiguiendo su carrera monótona, dejando tras sí la pequeña estación campera.

Alberto se halló sólo en el andén, valija en mano, molido por el intolerable cansancio de una noche de viaje pasada en un infecto coche de segunda. Contempló, caviloso y huraño, el letrero que ostentaba el nombre de la estación: «La Dulce», con sus letras blancas carcomidas por la herrumbre. Luego, decidiéndose finalmente, echó a andar con paso desigual, campo adentro, reconociendo vagamente el paisaje, familiar otrora.

Vamos... Era preciso ir hasta el final; ejecutar el proyecto que en un momento de congoja se le había aparecido como la única solución practicable. Y ahora, más sereno, reanimado por el aire fresco de la mañana, pensó que el remedio hallado era tal vez tan cruel como la misma dolencia que le aquejaba. Pero, al probarlo, por amargo que fuese, por inicua que resultara esta última mortificación a la que iba a someterse voluntariamente, encontraría en ella como una especie de desquite moral. *Su orgullo rebelde sufría* acerbamente al pensar que su desdicha era obra de caprichos ajenos, por vehemente que fuera el recuerdo de quien así le afligiera... ¡Saciaría, sí, su resentimiento, aunque fuera vengándose en la propia carne! Para completar el cuadro de sus males, hacerlos más suyos y desligarlos de toda tutela extraña, era preciso torturarse más profundamente aún y saber hasta dónde podía llegar su miseria ya que se consideraba desventurado, irremediablemente...



El sol proseguía su gloriosa carrera hacia el cenit y, a lo lejos, cerca de un espeso monte, divisaba ahora la antigua estancia con sus molinos erguidos hacia el cielo, sus puestos diseminados y las haciendas y la peonada sudorosa entregada a sus faenas.

Al llegar a la tranquera, acometióle de improviso una indecisión penosa, una duda insoportable, una sensación aguda de ridículo, una desorientación completa de su espíritu: ¿Qué iría a pensar de él esta gente?... ¿Le atenderían siquiera?...

Un paisano de aspecto acomodado, acaso el mayordomo, se aproximaba al galope de su tordillo para reconocer al forastero. Cerca ya, interpeló jovialmente a éste:

—¡Muy buenos, Don!... ¿Qué se le ofrece?... —e individualizando de repenrente al viajero: —¡Pero che! ¡qué buena sorpresa! —exclamó con grande alegría. Apeóse velozmente y dirigióse al encuentro de Alberto con los brazos abiertos:

—¡Qué sorpresa! Albertito, ¿vos? ¿por aquí? ¿Venís a pasarte unas vacaciones, no? ¿Y cómo te va, doctorcito? ¿Qué es de tu vida? ¡Tan perdido!...

Estrecháronse cordialmente las diestras.

—Ya lo ve, don Gregorio. ¿Cómo está usted?... No creía que me conocería tan fácilmente...

—¡Pero, hijo! ¡cómo no voy a conocerte!... Si

sos el vivo retrato de mi pobre amigo Mariano... Y aunque hayas cambiado algo desde la muerte de tu finado padre, en seguida me di cuenta. Aquí no nos olvidamos así no más de la gente, ¿sabés? ¿De modo que te tendremos acá un tiempito, eh?...

—Este... Vea, don Gregorio, yo venía a pedirle me hiciera un gran favor...

—¡Cómo no, hombre! ¡cuánto me alegro de que te hayas acordado de mí! ¿Cuestión de dinero, no?... ¿Cuánto necesitás, ché?...

—No, don Gregorio, no se trata de eso... Lo que le vengo a pedir ha de parecerle ciertamente muy desatinado, pero yo creo que, de cualquier manera, usted no pensará mal de mí... Algún día le explicaré... En una palabra, estoy pasando por un período de descalabro moral... Necesito absolutamente cambiar de vida y de ambiente... Por eso desearía entrar a trabajar de peón en la estancia que usted administra, sin que se me escatime tarea, por penosa que sea... Esto se lo pido en conocimiento de causa, pues ya sé algo de esta dura vida por los relatos de mi padre... Así, quizá, podré olvidar... o por lo menos, trataré de hallar en el cansancio físico un alivio a mis penurias de estos últimos tiempos...

El solo aspecto de la cara del mozo decía a las claras que no se trataba de un capricho de muchacho. Había una impresión tal de angustia en su voz y en su gesto, que el rudo hombre de campo se quedó hondamente conmovido. Sin hacer reparos o preguntas de ninguna especie, estrechó la mano del joven y le dijo afectuosamente:

—Ni una palabra más, hijo... Será como quieras... y me parece que andás acertado en esto... Ya que has decidido venirte a trabajar aquí, te aseguro yo que esta vida nuestra te dará con creces lo que buscas en ella. En nuestras tareas, días hay en que es preciso levantarse antes del alba y, cuando llega el fin de la jornada el cuerpo está tan quebrantado que uno cae en la cama como un tronco, sin tener, siquiera, ni las ganas de cenar. De manera que queda muy poco tiempo para pensar en las cosas de uno... Ya verás... Esto te hará bien... Ahora te venís a almorzar con nosotros; descansarás luego, si te parece, porque no estás muy fresco, que digamos... Y mañana vas a tener que pegar un madrugón...

....

Reina la noche sobre la llanura que diríase hundida en las tinieblas que la visten o semeja caótico mar de sombras, bajo la claridad tenue que vierten las lejanas estrellas. Reina la noche profunda y misteriosa y su mortal silencio, hecho de mil leves rumores confundidos, apenas es visitado, de cuando en cuando, por el siniestro aullar de los canes, que sostienen en lontananza alternados y prolijos coloquios...

En la estancia donde toda actividad se llamó a sosiego, largas horas ha, todo reposa y enmudece. La peonada, en el correspondiente alojamiento, yace entregada a su pesado sueño, reparador de las extenuadas fuerzas.

Sólo allá, a la vera de un pequeño monte de álamos, se yergue en la obscuridad la extraña figura de un jinete, de pie cerca de su caballo, con los codos apoyados sobre el recado y las mejillas sumidas en ambas palmas.

Es el nuevo peón... Su cuerpo desfallece, dolorido insoportablemente por el bárbaro trajín de un recio día de labor, pero, esta noche, tercera de su nueva vida en la estancia, el desvelado espíritu no ha querido ya saber de reposo y de olvido y renueva sin tregua, en torturado desvarío, el motivo apasionado y doliente de su larga desventura:

¡Ah! Lidia... la de los [illegible]

de la incitante risa armoniosa; la de los claros ojos enigmáticos, cuyo color, como un mudable cielo, solía revestir los matices más variados... Todo aquel encanto adorado y maldito, a cuya evocación ardiente se abandona una vez más con amarguísimo deleite, con fruición monstruosa y terrible... ¡Lidia, perdida para siempre y más presente que nunca!...

¿Quién le hubiera dicho, cuando sus primeros, casuales encuentros en aquel dichoso club de Belgrano, que ella, a quien en un principio considerara tan sólo como un figurín y tratara a pesar de su distinto nivel social con su indiferencia un poco altanera de hombre superior y de estudioso, habría de convertirse un día en una obsesión atormentadora?... ¿Quién le hubiera dicho entonces, ¡oh Dios! que esa muñeca hermosa y frágil iba a destrozar un destino que él creyó inmutable como su propia férrea voluntad que jamás conociera fracaso ni desaliento en la ruta que se había trazado?...

¿Por qué no haber retrocedido a tiempo, lejos de su hechizo fatal, buscando ásperamente en los estudios dilectos una disgregación salvadora, cuando, por vez primera, al día siguiente de una velada en el club, dióse a recordarla con fugaz enternecimiento, en su soledad laboriosa?...

Pero era ya demasiado tarde: Poderosa y sutil, una extraña fiebre habíase arraigado en él, trayendo a su memoria, con vehemencia cada vez más imperiosa, la imagen arrobadora que luego había llenado sus días y sus noches... ¡Inefables horas, aquellas en que soñara dedicar su vida toda a ese sólo, grande amor, y sacar del mismo, prodigioso estímulo para realizar una obra sobrehumana!...

¡Desgraciado!... Si se hubiera resignado siquiera a la incertidumbre de ese «flirt» que, bajo sus apariencias de frivolidad mundana, solía tener para él instantes de dicha profunda, de imperecedera emoción sagrada...

...Llegó, aciaga, la noche aquella en que, después de una larga conversación sobre temas inusitadamente serios, habíanse quedado solos en la biblioteca del club, mientras, hasta ellos, trascendía por momentos el bullicio del baile, en rumoreo de colmenar armonioso. Le hablaba él de sus estudios, de sus aspiraciones, de su porvenir... Y de pronto, sin premeditarlo, salieron de sus labios crispados, férvidas palabras de ternura y fe; y la orquesta lejana parecía unir a los trémulos ruegos que él profería, toda la grandilocuencia de sus íntimos acentos...

¡Oh, la extrañeza hiriente de aquellos ojos! ¡La sonrisa desdeñosa que heló aquel rostro hermoso en un gesto ofendido y ultrajante a la vez!...

Un instante después, hallóse sólo en el mismo lugar, despreciado y vencido, sintiendo aún vibrar en sus oídos, con los rumores de la fiesta, el eco persistente de las últimas palabras pronunciadas...

Desde entonces, para colmo de su amargura, habíase quedado con la penosísima duda de si le había burlado o de si él mismo se había equivocado lamentablemente, declarándosele. Angustioso dilema... ¿Pero no le había dado ella pruebas tácitas y evidentes de preferencia sobre tantos otros, acaso? ¿O era sólo por un afán de coquetería refinada, por un juego cruel en el cual se propusiera, a la postre, humillarle y perderle?... ¡Ah! entonces...

¡No!... ¡Era preciso rechazar esta idea que le sumía en una agonía de vergüenza y desesperación! Ya que estaba condenado a vivir atado a esos recuerdos, quería por lo menos arrojar de la mente, por un supremo esfuerzo de voluntad, todo lo que no fuera la memoria de aquellas horas idas en que amó prodigiosamente y soñó ser correspondido, por más amarga, por más temible que fuera luego la vuelta a la realidad... ¡La realidad!... La con[illegible] misera existencia que debería

arrastrar de hoy en más, tan vacía como esa llanura infinita, tan negra y desolada como la sombra omnipotente que le rodeaba...

He ahí lo que esa pasión infeliz había hecho de él: Un desgraciado, sin otra razón de ser que la misma contemplación de su propia desgracia... ¿Su carrera? ¿Para qué la quería ahora? ¿De qué le serviría?... ¡La aborrecía, como aborrecía todo lo relacionado con su triste vida!... ¡Y él, insensato, habíase imaginado que rompiendo con el pasado podría hallar un paliativo a su aflicción!...

¡Ahí estaba, con las manos llagadas y los miembros molidos, gimiendo bajo una desgarradora impresión de completo abandono, más que nunca envilecido y castigado!...

....

Los canes han acallado sus ladridos... Sobre el paisaje adormecido la sombra y el silencio extienden su dominio fantástico. Sólo allá, bajo los negros álamos, hay como un clamor de sollozos viriles, que recoge, maternal y solícito, el corazón inmenso de la noche...

III

Varios meses han transcurrido...

Alberto está completamente acostumbrado a esta apacible, monótona vida ampera. Una mudanza apreciable ha venido realizándose en él lentamente, desde aquella noche que vió estallar en gritos su fiera desesperación.

Ya no es la congoja intolerable, el tormento sin consuelo de los primeros tiempos; aunque la herida no se haya cerrado — ¿podrá acaso cicatrizarse jamás? — su espíritu ha logrado evolucionar trabajosamente, hora tras hora, día tras día, hacia la calma; y cuando considera ahora su desdicha es con una tristeza grave, sin rebeldía, con una melancolía no exenta de extraño encanto.

— Humana inconstancia — diagnosticarán los escépticos.

Nosotros que no somos tales, creemos que sólo se impetra esa cuasi conformidad del ánimo ante el dolor, mediante un penoso y heroico proceso. Sólo llegamos a convivir serenamente con nuestra pena, cuando, tras cruentísima lucha, logramos avenirnos a ella y elevarnos luego muy por encima de la misma, quedando así templados incomparablemente para arrostrar aflicciones venideras. Es ley natural... Solemos conformarnos, no por el hecho de que nuestro dolor haya disminuído, sino porque nuestra «capacidad de dolor», por decirlo así, se ha acrecentado.

Pero nos hemos dejado llevar inadvertidamente al terreno de las disquisiciones metafísicas y rogamos al lector — si es que llegamos a tener alguno — que nos perdone.



Esa evolución moral se ha operado en Alberto. Y diríase también que la imagen de aquélla a cuyo vívido recuerdo sigue dedicando su íntimo pensamiento, ha ido modificándose paulatinamente, sin perder nada de su prístino embeleso.

No es ya la Lidia del encanto embriagador, como de néctar generoso, de la gracia brillante y mundana, la que contempla con recogimiento en su memoria. Es una figura austera y meditativa; es la amada mística, cuya faz dulcísima está como impregnada de su propia tristeza, cual si compartiera, tutelar, la melancolía que le embarga a él, derramando piadosa, en las horas dolientes, el bálsamo propiciatorio de purísimas lágrimas...

Pero hay algo más aún... Alberto siente instintivamente que un nuevo proceso está latente en él y, esa tarde de marzo, mientras se dirige al pueblo al galope de su zaino compañero, se extraña de hallar un interés singular en un tema que no es el de costumbre.

Anoche, Gaetan, uno de los peones, sintió recrudecer el mal pertinaz que le aquejaba desde tres o cuatro días. Como el médico no fuera hallado en el pueblo y el estado del enfermo inspirara inquietudes, don Gregorio se acordó que él, Alberto, podría suplirle en la emergencia y le puso en antecedentes del caso para que tratara de aliviar al paciente.

Como si se hubiera hallado ex profeso en la estancia, estuvo listo para cumplir con el deber que, de improviso, se le presentaba. Acercóse al enfermo que yacía semi inconsciente y comenzó a revisarle.

El mayordomo y tres o cuatro peones, comentando en voz baja el suceso en un extremo de la pieza, observaban la lóbrega escena sobre la cual el acetileno proyectaba el fulgor de su larga llama blanquecina, agigantando hasta el techo la silueta de aquellos hombres.

Metódicamente, con la tranquilidad del matemático que persigue la solución vagamente presentida de algún problema, continuaba examinando al enfermo:

Fiebre elevadísima...; sopor intenso, alternado con ligeras convulsiones y espasmos; pulsaciones violentas y desordenadas...

Y de súbito, detuvo la escrutadora mirada en el cuello del doliente, debajo de la oreja izquierda, donde, resguardada a medias por el desaseado pañuelo, destacábase una tumefacción edematosa.

Era una pústula negruzca, rodeada de una aréola violácea, sembrada de vesículas aisladas. ¡La escara inconfundible del carbunclo!...

Halló en el excelente botiquín de primeros auxilios todo lo que necesitaba para una primera cura; y al hundir, con pulso segurísimo, la aguja de la jeringuilla de inyecciones en esa pobre carne

azotada, sintió como un estremecimiento poderoso de todo su ser. ¡Iniciaba la lucha contra la muerte astuta!... Sentíala, reclinada como él, sobre ese catre miserable, bregando ásperamente para enseñorearse de aquel despojo humano que había marcado por adelantado con un sello indeleble: ¡le pavorosa escara que parecía rutilar por momentos con el brillo de sus inmundas purulencias!...

¡Porfía incomparable, en la cual, tras angustiosas alternativas, quedó el hombre vencedor de la muerte!...

Ahora el peón estaba fuera de peligro y Alberto acudía al pueblo en procura de algunos medicamentos. Los acontecimientos de la noche anterior desfilaban por su mente con toda nitidez, y, por asociación de ideas, dábase a recordar, como en un despertar del antiguo entusiasmo, tareas de otros tiempos y detalles de su vida de estudiante.

Sólo faltábale recorrer unas dos leguas para llegar a destino cuando advirtió, como a tres cuadras, un espacioso automóvil estacionado cerca de una arboleda, al costado del camino. — Algunos excursionistas procedentes del vecino balneario que, encontrando el paisaje de su agrado, habían hecho alto en aquel lugar — pensó Alberto.

Al disminuir la distancia, percibió un murmullo de risas y música, toda una algazara de gente alegre y despreocupada. Pronto llegó a distinguir las voces, e invadido súbitamente por una curiosidad irresistible, movido por un raro presentimiento, experimentó el imperioso deseo de cerciorarse de lo que significaba aquello.

Para llevar a cabo su designio, ocurriósele que podría situarse ventajosamente — dando un largo rodeo para no ser visto — detrás de una cortina de follaje que advertíase a proximidad de los autores del insólito bullicio.

Así lo hizo... y en cuanto hubo ocupado su puesto de observación, la siguiente escena se ofreció de golpe, hasta en sus más mínimos detalles, ante sus ojos desmesuradamente abiertos por el asombro.

Era la alborozada secuela de un picnic elegante.

Encima del limpio mantel, tendido a la sombra, sobre la hierba, veíanse, dispuestos en amable confusión con los confortables adminículos de un almuerzo campestre, canastas, botellas y restos de vituallas.

Ahí estaban tres mozos, tres lechuguinos de ajustada compostura sastreril, de cara agradablemente inexpresiva, cuyo acicalamiento ambiguo restábales hombría, aplaudiendo y celebrando, con exclamaciones llenas de afectación, el espectáculo que ante ellos, sobre el rústico escenario que proporcionaba la alfombra agreste, representaban dos hermosas jóvenes.

Una de ellas se hallaba sentada, a poca altura del suelo, sobre un cajón, al parecer de herramientas, que había de pertenecer al auto. Remedando donosamente las contorsiones propias de los músicos — más histriones que músicos — de las llamadas «orquestas típicas», estiraba y comprimía alternativamente, con maestría consumada, el largo fuelle ribeteado de un sonoro bandoneón cuyas cálidas voces de armonio exhalaban las quejumbres de un shimmy sensual.

Su rostro delicado e inteligente ofrecía una curiosa particularidad de la cual harto difícil sería dar una idea acabada. Mientras la boca un poco grande entreabríase en una franca sonrisa, los ojos conservaban, bajo los arcos un tanto oblicuos de las cejas, cierto dejo que hubiérase dicho de enfado, como si desaprobaran la expresión demasiado jubilosa de los labios, los que a su vez parecían hacer leve mofa del desgano pintado en la mirada; era como si en una sola hermosa carátula, realzada por el marco rubio de la recortada cabellera, se hubiesen mezclado, sin llegar a confundirse, las dos clásicas imágenes de la melancolía y de la risa.

La otra bailaba improvisada danza... y al reconocerla, Alberto sintió el desasosegado corazón saltarle dentro del pecho en loco martilleo, mientras una ola ardiente invadía su cerebro.

Era ella... ¡Ella!... Lidia... Como poseída de una embriaguez de ritmo, interpretaba con figuras sabiamente combinadas el significado de aquella música, lánguida y burlona a un tiempo, como el semblante de la que la ejecutaba; ya dando saltos y pasos atrevidos que a ratos revelaban ampliamente la curva firme y nerviosa de unas piernas admirablemente torneadas; ya agitándose toda en una especie de temblor frenético, para quedarse luego casi inmóvil, marcando con el busto y las caderas una cadencia apenas perceptible y retorciendo, en mil ademanes ondulantes, los armoniosos brazos y las manos sutiles... Brillábanle, intensamente luminosos, los ojos garzos; y la animación de la danza revestía de vivos arreboles sus mejillas, acariciadas sin cesar por el bailoteo de los bucles castaños en alegre desorden. Evidenciábase en todo su esplendor la maravillosa flexibilidad de su talle cimbreño, adivinándose por momentos, vibrantes y estremecidos bajo el vestido ligero, los inquietantes atributos de su juventud en flor...

¡Inexcrutables extravíos del corazón humano, cegado siempre por la efímera y eterna demencia de amor! (Efímera, en cada uno de los hombres, ya que, a lo sumo, puede apenas durar lo que su vida breve, y eterna, en los tiempos.)

¿Qué psicólogo vidente, qué filósofo inspirado podrá jamás hallar las leyes armónicas que rigen vuestra evolución constante, las herméticas fórmulas que fijan anticipadamente vuestros desenlaces?...

Como despertando gradualmente de una larga pesadilla, Alberto preguntábase, desorientado, al contemplar ávidamente aquella que tanto daño le causara, si era ésta la misma Lidia a quien amara al punto de renunciar a todo, de sacrificarlo todo, por haberla perdido, comparando instintivamente la bailarina entregada como en una aspiración de todo su ser a las ridículas volteretas de un baile exótico y aquella otra imagen veneranda, envuelta en velos de pureza, que permanecía, cincelada con suave relieve, en su recuerdo fiel...

¡Qué contraste y qué desencanto!...

Tan sólo volvía a hallar ahí la belleza fascinadora, pero superficial, vulgarizada, menoscabada en su esencia por las circunstancias, sin nada que evidenciara algo de aquella alma excelsa que él mismo, quizá, le atribuyera. La amada ideal cuyo recuerdo santificara con sus desvelos y sus lágrimas de hombre, parecía haber bajado de su altar para profanarse estultamente, en lasciva danza, ante ese corro de biempeinados necios.

¡Ahí la veía, por fin, no ya como se diera a conocer, ni menos como creyó verla un día, sino tal cual era en realidad: una hermosa muñeca vana, que jamás merecería la ofrenda de una vida!

Y comprobó, admirado, que había estado tributando un culto constante y cruel a una creación morbosa de su espíritu, a una quimera acariciada en su soledad triste y adornada por él con galas ultraterrenas. De ahí ese grosero contraste entre sus ensueños y la realidad.

Y en aquel momento cayeron sus estrechas cadenas y recobró ahí mismo su cabal dominio de varón fuerte...

El destino volvía a pertenecerle; la vida tornábase nuevamente apetecible, llena de conquistas fecundas reservadas para su empresa; y ese in-



menso vacío que dejaba ahora en él aquél amor ya muerto, otro amor lo llenaría, insuperable: su vocación de estudioso, cuyo olvidado sabor volviera a hallar junto al lecho del carbuncoso.

Una impresión de poderío inmenso le embargó, que era preciso evidenciar al momento, afirmando para siempre su propia conquista, desquitándose de la humillación que se le había inferido ante quien mismo le agraviara...

No pudo contenerse por más tiempo. Dió de espuelas al zaino; sin reparar en la espinosa valla que le interceptaba el paso, sin cuidarse de los rasguños de las zarzas y precedido de un estallido de ramillas estrujadas, hizo súbita irrupción cerca del pasmado círculo, que suspendió al punto músicas y danzas...

Al paso lento de su caballo llegó, sin dejar de mirarla intensamente, ante la bailarina inmóvil, motivo deleznable de su antiguo dolor.

Cruzáronse, largamente, las dos miradas... Una, clara y azorada; la otra, la de Alberto, sombría y llena de un altivo desafío. Y en la mirada postrera que fulgía de aquel rostro severo, curtido por el sol y ensangrentado por los aguijonazos del zarzal, ella adivinó, turbada, la infinita amargura de la angustia pasada y el orgullo soberbio de una victoria definitiva...

Y Alberto prosiguió su camino sin proferir una palabra.

Tras él, ahora, repuestos de su sorpresa ante la brusca aparición de aquel fantasma pálido, los del grupo volvían a animarse, después de haber cambiado algunas bromas para ahuyentar del todo su mal disimulado pavor. El bandoneón preludiaba y los jóvenes elegantes pedían insistentemente una continuación del programa. Pero, sin parecer oírles, profundamente ensimismada, la bailarina seguía contemplando, perdida ya en una nube de polvo, la extraña aparición cada vez más lejana...

....

Dos días después, Alberto abandonaba la estancia... Al contemplar el paisaje tranquilo desde la ventanilla del tren, rumbo a la enorme Buenos Aires, sintió la suave nostalgia que suelen difundirnos al dejarlos, quizá para siempre, aquellos lugares que fueron testigos de nuestro pesar.

Mientras vivimos en ellos, parecen huraños, mirarnos con hastío, aumentando a veces nuestra aflicción con su aparente insensible hosquedad; pero al alejarnos, mejorada ya nuestra suerte, creemos descubrir en los mismos como un leve reproche de inconstancia, mezclado a una despedida conmovedora y dulce...

Alberto experimentó esa íntima comunión de la naturaleza con su propio estado de ánimo. Una límpida mañana de otoño inundaba de luz los campos rejuvenecidos, y, embargado de pronto por una emoción intensa, creyó leer, en las cosas todas, una promesa augusta de triunfo y de redención.

LUCIANO M. SICARD

DIBUJOS DE MACAYA

YA SE CONSABE QUE...

POR

MIGUEL DE UNAMUNO





COMO decíamos hace poco...

«Bien — podrá decir un lector inquisitivo y no inquisitorial, que es muy otra cosa, al leer este comienzo — bien; ¿por qué decíamos y no decía? ¿Por qué nos ha de hablar usted en primera persona de plural, en nosotros, y no en primera de singular, en yo? ¿Por qué ese que los gramáticos llaman plural de majestad?»

Pues bien, lector; no es por arrogancia o sentimiento de propia majestad, no. Majestad quiere decir propiamente mayoridad y es la cualidad de ser uno mayor respecto a otro u otros. Y no es por presunción de mayoridad por lo que, a modo episcopal, empleo ese nosotros. Es por asociarte, lector, es por asociaros, lectores, conmigo y por evitar el que llaman yo satánico, el empleo, dicen que molesto, de la primera persona.

Y ante todo ¿por qué primera? Y ¿por qué satánico? ¡Pobre yo! («¡Pobre yo!» no es lo mismo que: «¡pobre de mí!»). Es que si el tuteo parece demasiado familiar y acabaremos por dejarlo relegado, como los ingleses, al trato con Dios: — «Padre nuestro, que estás...» en — el *yomeo* supone también un exceso de familiaridad, el que uno habla de sí mismo con excesiva familiaridad. Y eso de *yomeo* y *yomear* son palabras que inventaremos a semejanza de tuteo y tutear.

No uso del nosotros cuando quiero enunciar algo en que os supongo, lectores, de acuerdo conmigo, reservando el yo para cuando enuncie alguna proposición herética o paradójica. Los principios de sentido propio los expresaré en primera persona de singular y los principios de sentido común... no en persona nosotros, no, porque no quiero asociaros ni asociarme con vosotros a ellos, sino con un impersonal *se*, así: «se dice...» «se asegura...» Porque el sentido común no es de cada uno de nosotros, de vosotros ni de mí, sino que no es de nadie, es común, es mostrenco. Cada uno de vosotros, lectores, tiene su sentido propio, pues si no le tuviérais, si no tuviérais más que sentido común o mostrenco no me leeríais a mí. O mejor, no nos leeríais. Porque estas nue tras divagaciones son pequeños monólogos colectivos.

Y si, el tú tiende a desaparecer en otras partes el vosotros. En Andalucía, un padre que tutea a cada uno de sus hijos, cuando se dirige a dos o más de ellos les llama «ustedes» y no «vosotros», costumbre que aquí choca. Por otra parte, el empleo de *vos* — «vos sós», que se dice en esta provincia de Salamanca lo mismo que en la Argentina — en vez de *tú* ha hecho que haya habido que substituír el vosotros.

El «nos», llamado de majestad, nació en el estilo cancilleresco del Imperio Romano; el Emperador era «Nos» y decía: «Nos place...» Y de ahí que se dirigieran luego a él en vos. Pero acaso más que por arrogancia, por sentimiento de mayoridad se introdujo; es por sentimiento de mayoría, por estimar que el Emperador, cabeza suprema de la República — pues el Imperio Romano siguió llamándose República — hablaba en nombre del pueblo, de la mayoría, o más bien, de la totalidad de los ciudadanos.

Del «vos» y el «vuestro» de reverencia, han procedido, como se sabe — y como sabemos — el «usted» por «vuestra merced» y el «usía» — ¡qué feo! — y otros tratamientos así.

Conozco un «nuestro» de cariño e interés, que se usa mucho en mi nativa tierra vasca. El «nuestro», en vascuence o eúsquera — no *eúskaro gúred*, dice una mujer cuando habla de su marido, o el ama de un cura cuando habla de éste. El «nuestro», sobre todo cuando el matrimonio lleva años y tiene hijos, cuando hay familia, es como le llama la mujer, la *echecondría* al cabeza y sostén de la familia.

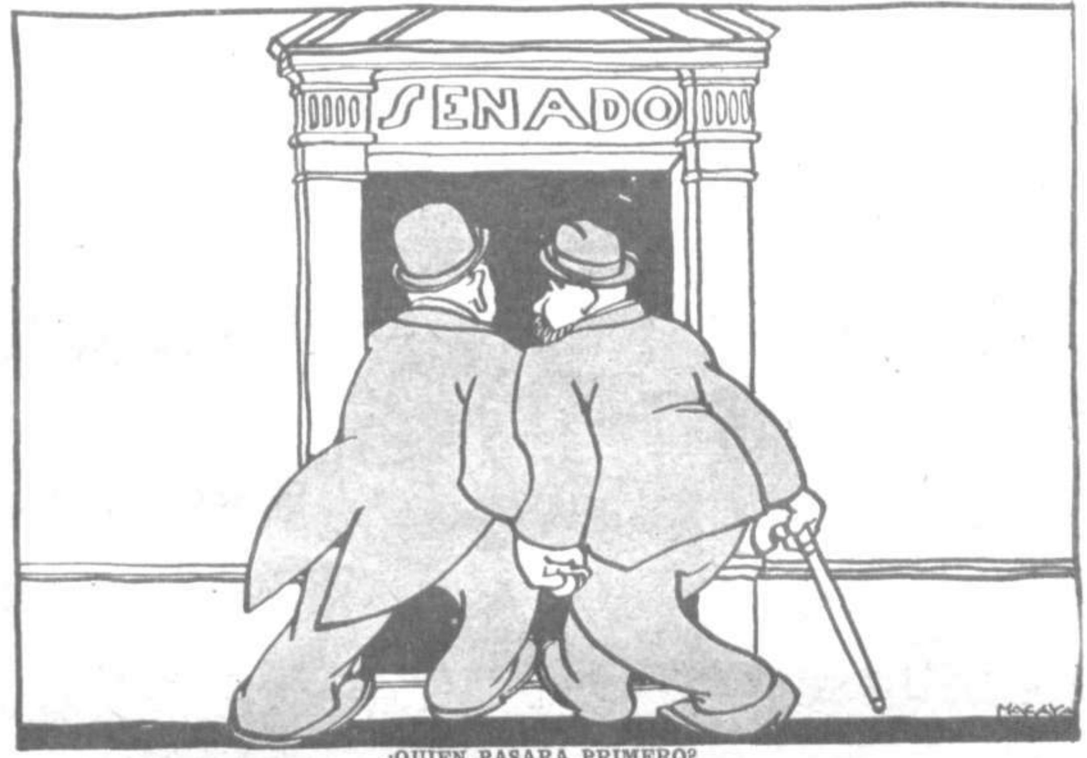
¿No se han fijado ustedes, lectores, en cómo cuando el celebrante de la misa se vuelve al público — y no digo auditorio, porque los que se dice que van a oír misa no la oyen, sino que la ven — antes de empezar a leer o recitar una oración dice: *oremus?* Pues un plural así, de mayoría y no de mayoridad, de asociación y no de arrogancia, es el que empleo cuando digo que decimos o que sabemos o que dudamos, o que esperamos, o que tememos. Es que supongo que en esos casos mis lectores dicen, saben, dudan, esperan o temen conmigo.

¿Mis lectores? Y ¿por qué no «nuestros lectores? Porque, lectores míos, en esto que es de todos y cada uno de nosotros, y no sólo mostrenco, os leéis a vosotros mismos. Y acaso exclamáis al leerlo: «si es lo que yo me decía»... y lo que uno se dice juntamente con otros es lo consabido, lo que se sabe en común, lo que se consabe. Mostrenco muchas veces.

Y ¿por qué, lectores nuestros, no ponemos en pie, o mejor, en curso, ese verbo *consaber* relegado al participio *consabido?* Si decimos: «según la consabida definición en», ¿por qué no hemos de decir: «según se consabe?...» Sería una bonita restitución.

Ya se consabe que todas estas nuestras exploraciones lingüísticas tienen por fin inmediato pasar el rato, o matarlo, pero si matándolo así vivificamos o resucitamos algo, nada habremos perdido.

DICHO Y HECHO, POR MACAYA



¿QUIEN PASARA PRIMERO?

Torello. — Aquí uno de los dos sobra.
Justo. — Lo mismo pienso yo.



A LA MANERA DE LA EDAD MEDIA

Alvear. — Te amparaste en sagrado. ¡Estás salvado!
De buena te has librado.



SON BUENAS LAS UVAS DE SAN JUAN

... pero se le han indigestado a Cantoni.



EN LA APACIBLE CIUDAD DE JUJUY

El interventor Gómez. — Mandan telegramas al Ministro del Interior desacreditándome; pero yo soy activo, imparcial, ecuánime y popular.
— ¿Ese es otro cuento andaluz?



LOS ORADORES POLITICOS

PUNTA DEL ESTE. — Señoritas de Gutiérrez Berte, Yañes Carrizo y Baudrón.

MAR DEL PLATA

Doctor José Barrai y señor R. Monte Domecq.

Señorita María Elena Rossi y señor Camilo Boga.

IPERBIOTINA

MALESCI



Venta en Droguerías y Farmacias.

Unico Concesionario - Importador en la República Argentina:

M. C. de MONACO

VIAMONTE, 871 BUENOS AIRES.

Enlaces



Señorita Carmen Moscato con el señor Checri S. Bunader — Capital.



Señorita María Fazio con el señor Antonio Scognamillo. — Capital.



Señorita Elisa A. Standke con el señor Aziz J. Dib. — Pergamino.



Señorita Estefanía Elizabaratz con el señor Jaime Gardeyro. — Lanús.



... el señor Joaquín Manso — Capital.


¡Señora, Vd. tiene canas!
No faltará un insolente que la trate de vieja y desde ese día dejará Vd. de ser la hermosa o la simpática señora Fulana; ya nadie le hará caso; los hombres no suspirarán más a su lado.
¿Por qué deja Vd. que las canas invadan su cabellera?
¿No sabe Vd. que sus amigas Zutana y Mengana, sin decirlo a nadie emplean la famosa
AGUA SALLES
que devuelve al cabello canoso su color primitivo?
¡Haga Vd. como ellas! Son tan naturales los colores del pelo regenerado por el AGUA SALLES, que nadie puede sospechar que no sean naturales.
El AGUA SALLES existe en dos tipos: progresiva e instantánea, elija Vd. la que quiera; úsela de acuerdo con las instrucciones y volverá a ser joven. ¿No es esto deseable y agradable?
El AGUA SALLES, no es difícil de emplear; no ofrece peligro y no necesita ser usada cada día.
VENTA EN FARMACIAS, PERFUMERIAS Y TIENDAS
LOURTAU y Cía.
PARANA, 182 - BUENOS AIRES



¡SALVADO!

El comité. — ¡Protesto!
Molina nos ha impuesto
a un hombre de otra raza, a un selenita
atrevido y molesto,
al que haremos saltar con dinamita.
No nos ha consultado,
no nos pidió permiso;
¿cómo, sin previo aviso,
al selenita exótico ha nombrado?
¿Desea provocar nuestra iracundia
con esa reprochable inverecundia?
Molina. — ¿Qué ha pasado?
Oigo un rumor que crece.
Me quieren embromar, según parece.
El comité — ¡Ministro invertebrado!
¿No sabes que nos debes obediencia?
Un radical sincero
jamás debe nombrar, sin nuestra anuencia,
ni a un cónsul, ni a un portero
ni a un pinche de cocina.
¿No lo sabía usted, doctor Molina?
Molina. — ¡Qué curioso! ¿Por un pinche
volverían a armar tanto bochinche?
El comité. — ¡Imprudente!
¡Subversivo! ¡Insurgente!
Molina. — ¡Santo cielo! ¡Qué batuque!
El comité. — ¡Insolente!
¡No nos retruque usted, no nos retruque!
Molina. — ¡Esto es horrible! ¡Intolerable!
Presento mi renuncia indeclinable.
El comité. — Por fin se ha conseguido
lo que aquí se quería. Está vencido.
Es un triunfo notable.
Molina. — ¡Bueno! ¡Basta!
¡El comité me aplasta!
Renunciaré, según es su deseo,
y huiré de ese espantoso cacareo.
Adiós, doctor Alvear. Hasta la vista.
Don Marcelo. — Marcharse así es muy feo.
¿Qué ocurre, mi querido economista?
Molina. — Que estoy harto
de este infierno y que parto.
Don Marcelo. — ¡Molina de mi alma!
Proceda usted con calma.
No hable usted de ese modo. No se irrite.
Reflexione, medite.
El comité. — Fué atroz su atrevimiento.
¡Que se vaya al momento!
Molina. — No me opongo. ¡Quién se opone!
Don Marcelo. — ¡No sea tan violento!
Medite, reflexione.
El comité. — La gente de su laya
representa un peligro. ¡Que se vaya!
Melo. — Desprecie usted a esa patota.
De renunciar, sería un mal patriota.
El comité. — Molina es un pedante
que, si algo le pedimos, se alborota.
¡Que se vaya al instante!
Molina. — ¡Qué conflicto!
Melo. — Quedarse es su deber estricto.
Molina. — Es que me siento muy nervioso.
¿Me quedo o no me quedo? Estoy dudoso.
Melo. — Se quedará, gracias al cielo.
Molina. — Igual me ha dicho don Marcelo.
El comité. — La cosa se estropea.
No se va. ¡No se va! Maldito sea.
Don Marcelo. — ¿Quién tiene ni su celo
ni su probado empeño en la tarea?
Molina — Dando prueba de energía,
no puedo renunciar como quería.
Melo. — Fué una incidencia transitoria.
Don Marcelo. — Aquí paz y después gloria.
El comité. — ¿Así todo se termina?
¡Execrable Molina!

DIBUJO DE MACAYA LUIS GARCIA

YA VIENE CLARIANDO EL DIA

CHACARERA DE C. M. PORTELA

POR

LOLA MEMBRIVES

DISCO Nº 10445

DISCOS DOBLES "NACIONAL"

LAS NOVEDADES DE LA SEMANA Y LOS EXITOS EN BOGA

DUO GARDEL-RAZZANO

(Con 4 guitarras RICARDO-BARBIERI)

Disco doble «NACIONAL», de 25 ctms., a $ 3.25

18086 { **Sobre el Pucho.** Tango. Solo Gardel. González Castillo-Piana.
Desengaño. Tango. Solo Gardel. Caruso-Canaro.

ROBERTO FIRPO. Orquesta Típica y Jazz-Band.

Discos dobles «NACIONAL», de 25 ctms., a $ 3.—

6244 { **Sonrisa Arabe.** (Arabian Smiles). Shimmy Jazz-Band, con serrucho. M. Despet.
La Sombra. Tango. Típica. A. Riscossa.

6245 { **Radio Sud.** Tango. Típica, con serrucho. A. Polito.
Pobre Ñata. Tango. Típica. J. Schumaker.

FRANCISCO CANARO. — Orquesta Típica.

6961 { **El Flechazo.** Tango. P. V. Lambertucci.
El Serrucho. Tango. J. Teisseire.

6963 { **El K. O. de Brenan.** Tango. A. Scatasso.
La Esfinge. Tango. A. Tanturi.

ELEUTERIO YRIBARREN. — American Jazz-Band

8018 { **Columba.** Shimmy. J. Bohr.
Don Quijote. Pasodoble. E. Yribarren.

LOLA MEMBRIVES, con Acomp. de Maestro JOVES.

Disco doble «NACIONAL», de 25 ctms., a $ 3.25

10445 { **YA VIENE CLARIANDO EL DIA. Chacarera. C. M. Portela.**
¡Sos Tan Bonita!... Zamba. A. R. Avilés.

DUETO COMICO "LOS GOBBI"

(Con acompañamiento de guitarra)

Disco doble «NACIONAL», de 25 centímetros, a $ 3.—

16002 { **El Velorio del Angelito.** Escena provinciana. A. Gobbi.
El Pastelero. Escena provinciana. A. Gobbi.

ENZO FUSCO. Célebre canzonetista napolitano.

10254 { **Come Pioveva!...** A. Gill.
Vola Canzone. Conesa-Canio.

FONOGRAFO GLÜCKSMANN SIN BOCINA

Es la mejor máquina *parlante* que se haya fabricado en su precio. Con 200 púas

$ 45.-



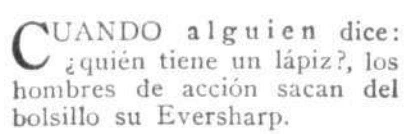
De Bánfield



Concurrentes al baile de disfraz realizado en el "Club Rivadavia" y al cual concurrió un selecto núcleo de familias.



Palco ocupado por las señoritas de Vicuña, Bianchi, Bozio, Quelli, Perduca, y Neizer, que llamó justamente la atención por la vistosidad de sus disfraces y la gracia de sus ocupantes.



CUANDO alguien dice: ¿quién tiene un lápiz?, los hombres de acción sacan del bolsillo su Eversharp.

Hay Eversharps en una gran variedad de tamaños, estilos y precios. Todos llevan una amplia dotación de puntillas y un borrador protegido por la corona. ¿Ya tiene usted el suyo?

De venta en los mejores establecimientos de todas partes.

MAYON LIMITADA
AV. DE MAYO 1245
BUENOS AIRES.





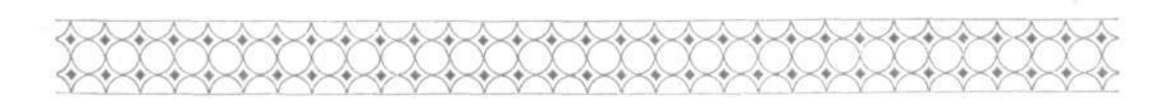
¿Partes de casamiento?

Encárguelos a la casa que ha hecho de ellos su especialidad más acabada. La **Casa Gotelli** tiene el muestrario más completo de partes de casamiento, que comprende la más rica variedad de papeles y los más diversos caracteres de imprenta. Le invitamos a que visite la casa o que solicite muestras por correo, que se remiten gratis al interior.

Partes de Casamiento, de Nacimiento, Menús, Papel de Carta, Tarjetas de Visita y todo trabajo de carácter social.

PAPELERIA e IMPRENTA **CASA GOTELLI**

CANGALLO, 828 (entre Suipacha y Esmeralda) Buenos Aires.



THAIKAA, EL KIRGHIZ [1]

POR

EMILIO PAGÉS



E la bóveda de la buhardilla caía la luz amarillenta y débil de una lámpara de cobre y resbalaba sobre la desnudez de las paredes y la madera de los bancos y las mesas. Los ojos de Thaikaa, penetrantes como los del lince, escudriñaban disimuladamente en la obscuridad y vigilaban al grupo de cosacos que se movía en la sombra de los rincones.

El ataque fué repentino. Los tres hombres se lanzaron impetuosamente con los largos cuchillos desenvainados. Fué una pelea sorda. Brilló un puñal en el aire y uno de los rusos se desplomó con la frente cruzada por un surco sangriento. Dos aceros chocaron violentamente: hubo un rumor de carnes y huesos masacrados y un segundo cosaco fué a rodar cerca de su cómplice. Nadie gritaba. Era una feroz pelea de seres salvajes y libres, el cual traía a la memoria el recuerdo de los combates primitivos.

El kirghiz tenía frente a él a un coloso velludo, colorado y granujiento. Hábilmente manejados, los cuchillos buscaban las carnes en una esgrima extenuadora. Desarmadas por un choque violento, las manos se agarraron con fuerza; los músculos se enlazaron en un abrazo terrible, los nervios se distendieron hasta romperse en la violencia de un supremo esfuerzo. Los contendientes vacilaron unos segundos; se oía solamente la respiración entrecortada de los pechos jadeantes. Después, vencido, el cosaco se encorvó; un sonido ronco salió de su boca, sus piernas se aflojaron. Había quedado colgado de su rival y cuando éste abrió los brazos, se desplomó pesadamente. Entonces, el nómada se ajustó la «chouba», constató con un gesto rápido la presencia del precioso saquito, objeto del ataque y, sin dirigir la mirada a sus agresores, salió de la cueva.

Afuera, la alegría exuberante del sol se derramaba sobre Omsk, la siberiana. Parecía como si el fango líquido de las calles fuera metal fundido por los ardientes rayos del sol.

Deslumbrado, el kirghiz bajó sobre sus ojos la tradicional capelina forrada de piel de carnero y recubierta por una tela floreada; su pecho se dilató bajo la corta chaqueta de cuero y, arrastrando sus botas de fieltro, emprendió la marcha con el paso característico a todos los jinetes.

Pronto alcanzó el embarcadero de emigrantes, al extremo de Irtych; un potrero se levantaba en la extremidad del vasto campo desnudo. El guardián dormía. Un puntapié hízolo poner de pie. Con movimientos tardíos y somnolientos sacó las maneas que sujetaban a un nervioso caballo, cuyo pelaje áspero se prolongaba en largos mechones sudorosos y grasientos.

Después de arrojar un puñado de rublos al mujik medio dormido, Thaikaa montó a caballo. Tenía ansias de abandonar aquella ciudad donde si bien se vendía el ganado en condiciones favorables, el comerciante estaba expuesto a toda clase de emboscadas. El nómada sonrió con desprecio: una vez más su fuerza prodigiosa lo había sacado de un mal paso. Pero el recuerdo de la perfidia de los blancos debió traer a su mente alguna historia desagradable, pues su mirada se cargó de odio. Taloneó, luego, con furia a su pequeño caballo que comenzó a volar sobre el camino del Norte.

Omsk desaparecía rápidamente. El kirghiz corría ahora en plena estepa: un suelo arenoso sembrado de duras gramíneas y manojos de hierbas altas y agudas. Oleadas de calor emanaban de la tierra; nubes de mosquitos flotaban alrededor de los pantanos; el río lejano parecía un delgado hilo de plata corriendo al pie de la selva siberiana, la profunda y espesa selva donde es necesario abrirse camino a golpe de hacha y machete. El sol caía a plomo, plasmando el paisaje en un centelleo maravilloso.

Durante varias horas Thaikaa galopó sobre la desierta estepa. Pronto alcanzó la tierra de los ostiaks, al Norte del transiberiano.

Pero los tintes vivos del día comenzaron a desaparecer poco a poco. La inmensidad salía de su sopor. En los bosques, en las cuevas los lobos, los armiños, las martas, los linces, los zorros, comenzaban a agitarse. Pronto todo un mundo nocturno fué a animar la estepa con una vida brutal y salvaje. El viento se llenó de aullidos, de mugidos lejanos. El pequeño caballo de pelo hirsuto aumentó su velocidad para subir un último montecillo. Detrás quedaba la llanura plana, excepto el bosque de álamos en cuyo límite se extendía el grupo de chozas. Alrededor, pacían bueyes, carneros, camellos, bajo la vigilancia de jinetes cuyas siluetas inmóviles se destacaban sobre el verde de las praderas. Algunas bestias, metidas hasta el pecho, bebían en un lago de aguas reverberantes. Una franja de luz, tan delgada como el filo de una espada, limitaba el horizonte.

El relincho del caballo de Thaikaa fué contestado por los otros que pacían libres. El ladrido insistente de los perros hizo levan-

(1) *Kirghiz*, pueblo nómada descendiente de los mongoles, que habita las partes sureste y suroeste de Siberia.





tar las cortinas de las chozas. El campamento se llenó de un rumor humano; de todas las «yourtas», aplastados bajo los muros flotantes, salían los hombres y corrían al encuentro del recién llegado. Este agitó en el aire el saco donde tintineaban los rublos de plata, producto de la venta del ganado. Bajo los últimos rayos de luz resaltaba la piel leonada de las capelinas, brillaban los rubíes de los Urales en los cinturones de cuero y se destacaba el tono verde de los pantalones en las grupas de los caballos. El torbellino alocado de los perros de lomo felino y mirada salvaje rodeó al grupo de los pastores.

Un anciano se aproximó a Thaikaa; las garras de numerosas heladas habían cruzado la piel de su rostro con cortaduras imperceptibles. Su mano tendió una copa de madera llena de «koumis», la leche fermentada de yegua. El jinete bebió, enderezado sobre su caballo. Después largó las riendas y saltó a tierra. Entonces, el anciano, tomándole del brazo le preguntó:

— ¿Estás decidido a partir? ¿Es necesario continuar esta carrera insensata hacia el Norte, donde corremos el riesgo de ser bloqueados por los hielos?

— Es necesario. El «Hijo del odio» está aun vivo. La mancha no se borra sino con sangre, y la sangre no ha corrido todavía. Partiremos mañana.

Hablaba con tono de mando. Inmediatamente todos marcháronse juntos hacia las «yourtas» donde las mujeres habían permanecido inmóviles. Se las distinguía mal bajo la luz exigua de una tea. Amontonadas alrededor del mástil central de la choza, formaban un grupo indefinido y sin gracia, bajo sus harapos lanudos. Una sola de ellas se mantenía en la sombra, apartada del resto. Era Téka, la mujer de Thaikaa. Una mantilla de grosera tela la envolvía enteramente como una burda capa rígida. Su rostro, de una gran regularidad de facciones, aparecía doloroso e imprevisto, su nariz aquilina, sus pómulos poco salientes y su tinte más dorado que amarillo eran de una belleza casi occidental. Tras del velo asiático fulguraban los ojos tan intensamente que ningún hombre podía mirarlos sin comprender la elocuencia de la desesperación. Thaikaa pareció correr hacia ella, pero muy luego se contuvo, porque para toda la tribu ella era la réproba, la impura. Solamente la muerte del «hijo del odio» la libraría para siempre del oprobio. Sin pronunciar palabra, el kirghiz salió de la tienda.

La exquisita frescura de la noche caía de las estrellas. Las nubes pasaban majestuosamente bajo el gris perlado del firmamento; toda la llanura aparecía bañada en los efluvios luminosos de la luna. Una delicada melodía se escuchó: cantaba la errante existencia de los nómadas, la voluptuosidad del silencio y de la inmensidad, los rumores profundos y misteriosos de la selva, el encanto de los lagos inmóviles, el tumulto de los corazones atormentados por el amor. Después, la calma volvió a reinar sobre las «yourtas» dormidas y el ganado encerrado. Todo pareció muerto, excepto Thaikaa, cuyo salvaje semblante, vuelto hacia el Norte, lloraba.

Al día siguiente la caravana continuó la marcha. Los camellos llevaban las tiendas desarmadas, los jinetes arriaban la larga fila de bueyes, carneros y yeguas; atrás, iban las carretas cargadas de mujeres y niños. El convoy pasó la confluencia del Irty con el Obi; el río hallábase tan crecido que en muchas partes no se alcanzaban a divisar las riberas. Cada día el desierto mostrábase más maravilloso: vapores de fuego flotaban sobre un océano de escaso follaje en medio de un silencio imponente por su majestad salvaje.

A la noche, encendiéronse las fogatas. Las llamas iluminaban los grupos haciéndolos resaltar con tonos de aguafuerte fantástica; y mientras que los pastores fumaban en sus pipas tranquilamente, Thaikaa y Téka continuaban el drama intenso de sus vidas. Siempre solitaria, la réproba soportaba los rigores de una ley inapelable; permanecería encerrada en la tumba de su carne hasta la muerte del «hijo del odio».

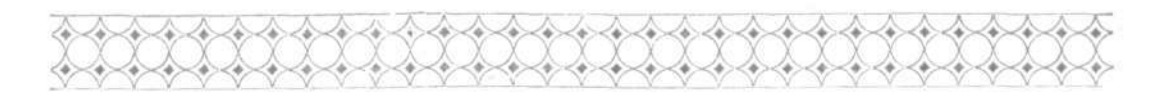
Después de varias semanas de marcha la vegetación comenzó a ralear, anunciando las soledades del gran Norte. Tatouin reunió a los kirghiz y les aconsejó prudentemente el regreso. Desesperado, Thaikaa pidió una jornada más hacia el país de los samoyedos. Pero los nómadas, espantados, recordaron las primeras caídas de nieve, ya próximas, que harían perecer al ganado y bloquearían la tribu en medio del desierto blanco. Y se decidió la vuelta.

Fatigada por la labor del día, la horda se durmió en las «yourtas». Un efluvio sutil enervaba la atmósfera; relámpagos frecuentes iluminaban las aguas del río. Téka, de pie sobre un montículo de la orilla, contemplaba la corriente. A sus pies, Shoo ladraba lastimeramente. Repentinamente una sombra se alzó. Era Thaikaa. Temerosa, la mujer se arrojó al suelo delante de su marido. Sin mirarla él la puso de pie de nuevo. Vuelto hacia el Norte maldito amenazó a la noche con su puño crispado; su furor se exteriorizaba en gritos roncos que el viento huracanado se llevaba.

De repente, Shoo con las orejas paradas lanzó su aullido lamentable y lúgubre.

Un bote náufrago, apenas visible, se deslizaba por el Obi. Shoo y su amo se zambulleron a un tiempo. Nadaron en las aguas obscuras hasta el medio, donde los torbellinos jugaban con la frágil embarcación. Un momento después la barca se enderezó y se dirigió hacia la ribera. Thaikaa arrastró un cuerpo sobre la hierba húmeda, y puesto en cuclillas espiaba un estremecimiento de vida sobre el rostro que el perro lamía con su lengua húmeda y caliente. No pudiendo ver nada, arrastró al hombre y lo llevó cerca de una fogata. A la claridad de las llamas





reconoció a un blanco. Un cazador, sin duda alguna. Los vestidos, hechos de grandes pedazos de cuero, cosidos a la manera siberiana, estaban desgarrados lastimosamente. Los pies estaban desprovistos de mocasines y la cabeza hallábase desnuda. La barba había invadido el mentón y las mejillas, hasta debajo de los párpados ajados. Dos cortaduras cruzaban la chaqueta de piel. La camisa, de ruda tela, abierta, mostraba la piel donde aparecían dos heridas recientes de labios endurecidos. Pero aun había vida en el cuerpo recogido.

Despertada la tribu por el ladrido de los perros pronto rodeó al extranjero. Asombrados por este encuentro extraordinario en pleno desierto, los hombres contemplaban al desconocido en medio de un supersticioso silencio. Pero más que nadie, Thaikaa se hallaba sorprendido por el singular salvataje que terminaba de llevar a cabo. Mientras tanto, Tatouin lavaba las heridas del pecho con una mezcla de agua fresca y «koumis»: eran grandes pero poco profundas, y el desconocido se hallaba agotado más por la pérdida de sangre que por la gravedad de sus heridas. Separando, con la ayuda de un cuchillo, las mandíbulas contraídas, el anciano introdújole algunas gotas de aguardiente en la boca. Una enérgica fricción completó el rudimentario tratamiento. El herido emitió un ligero suspiro. Thaikaa aplicó un puñado de hierbas húmedas sobre las heridas cuidadosamente lavadas. Después, el hombre fué extendido junto a una fogata reencendida. Bajo la claridad centelleante de las estrellas el herido comenzó a dar señales de vida.

El desconocido estaba sentado sobre las pieles de su lecho, reanimado por algunos tragos de «koumis» caliente. La sangre obscurecía los pliegues de su piel. Conocedor de las costumbres de la estepa, el cazador dirigía, sin hablar, pequeñas sonrisas a todos los nómadas. Toda la «dzoug» se hallaba reunida delante de él.

—Todos los viajeros conocían a Tarik. Tarik tiene mucho que decir. ¿Podré decirlo todo, por fin?

La curiosidad se reflejó en el rostro de los presentes. Tatouin asintió con un gesto. El cazador continuó:

—Soy Tarik. Durante muchos años he recorrido todo el país blanco hasta donde el Obi no corre más que tres meses en el año. Allí viven los samoyedos que tienen el «igloo» de hielo recubierto por pieles de focas. Usan el arco para cazar y sus flechas son de espinas de pescado con puntas de ágata. Teníamos nosotros nuestro depósito en Yougourskichar, adonde llevábamos las pieles y buscábamos los perros que reemplazaban a aquellos que morían tirando de los trineos. El país estaba dividido en territorios de caza; nuestro grupo tenía por lote la tierra situada a lo largo del río, bajando hacia la de los ostiaks. El último invierno, tempestuoso como nunca, fué terrible. Quedé solo con los perros. Después, los perros murieron también, uno por uno. Entonces emprendí viaje hacia el Sur. Al cabo de pocos días se me agotaron las provisiones y no tuve más remedio que devorar el cuero de mis mocasines. Hacía todo lo posible para mantenerme de pie, pero es difícil levantarse cuando se cae y la nieve lo cubre. Me arrastré, sin embargo, hasta el postrer aliento, y en los lindes del bosque descubrí «su» cabaña.

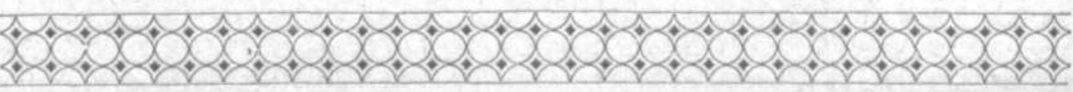
«¡Un día, aún, para arrastrarme hasta allí!... Sus perros se arrojaron sobre mí. «El» se reía... «El» se reía viéndome caído, mordido por sus bestias. Luego me arrojó dentro de su choza.

«Quedé allí todo el verano. No puedo decir que se portó mal conmigo. Al contrario. Le servía yo como criado, agradecido porque me había salvado de la muerte.

«Ayer, el viento huracanado que anuncia el invierno se levantó. El alba palidecía por las hendiduras de la puerta. «El» estaba delante mío, riendo como el primer día. En la mano tenía un gran cuchillo desnudo. Me dijo: «¡Hola! ¿dónde crees que estás? ¿en una posada, donde uno sale cuando quiere? Aquí estás en mi casa. Pero ya estoy harto de ti. Te irás. Pero no como tú quieres. ¿Eres honrado, eh? Vas a arreglar tus cuentas y yo te voy a decir cómo has de pagarme.» No reía ya; siniestros resplandores rojos resbalaban sobre su cuchillo.

«Vas a volver al punto de donde viniste... No te muevas, porque te mato... Sí; vas a volver a tu Gran Norte. ¿Querrás saber por qué hago esto? Es porque te odio, entiendes, a ti como a los otros. Soy un paria fuera de la ley, un sin nombre, que se venga cuando puede hacerlo. Un día, mi padre, que era un forzado, se hartó de comer su diaria ración de knut en las minas, cerca de Irkust. Se internó en la estepa; allí conoció a mi madre, una amarilla. Los suyos la echaron de la tribu y mi buen padre desapareció. Por eso nací como una bestia sobre la tierra endurecida. Con la leche de mi madre, mamé el odio hacia los hombres y en cuanto pude robarme el pan de cada día, me vi abandonado. Así, mi odio creció con los días. Por venganza, he gozado a las jóvenes kirghiz, al igual que lo fué mi madre y he hurgado las carnes de más de un hombre con el acero de mi cuchillo. Esa fué mi vida. Por ti he variado un poco mi venganza. Matarte allí, en seguida, cuando estabas casi muerto, era demasiado dulce. Ahora tu vida es mía ¿tengo o no derecho?»

Me eché encima de él, pero dos veces seguidas su cuchillo se hundió en mi carne. Caí. Me llevó hacia el río y me arrojó al fondo de una pequeña embarcación: toda mi sangre parecía escaparse por las heridas de mi pecho. «El» remó hasta que estuvimos lejos de la orilla, en plena corriente. De pronto se puso de pie: «Los primeros témpanos no están lejos — me dijo — te agarrarán antes de alcanzar el océano». Antes de zambullirse, como si una súbita inspiración le hubiera atravesado la mente, se inclinó sobre mí esgrimiendo





en sus labios una risa siniestra: «Puede ser que conozcas el nombre del que te envía. Soy El Solitario, el «hijo del odio».

«¡El hijo del odio!» Thaikaa, puesto repentinamente de pie gritó el nombre maldito. Sorprendido, el cazador miraba al kirghiz. Tatouin se aproximó y le dijo:

— No sabes. No eres el único a quien el «hijo del odio» ha perjudicado. El «Solitario» se jactó de haber violado a varias mujeres amarillas. Es cierto, y entre esas mujeres está Téka, la luminosa, cuyo amor iluminaba el corazón de Thaikaa, nuestro hermano.

— Conozco la ley de la estepa. «Aquella que lave la vergüenza de su frente con el rojo de la sangre, conocerá de nuevo a su esposo». El «hijo del odio» es un perro que aúlla y muerde en la noche pero que huye en cuanto ve el día. Si Thaikaa me quiere seguir, le revelaré el sitio donde se recoge «el Solitario». Mis heridas estarán aún sangrantes cuando hunda mi puñal en el pecho de la bestia.

La tribu discutió largo tiempo. Por fin se decidió que los dos hombres se quedarían para cumplir su obra mientras que la horda volvería hacia el Sur.

Al alba la caravana se puso en marcha. El herido llevado sobre el lomo de un camello, sentía renacer sus fuerzas. A la segunda noche de camino, el cazador llamó a Thaikaa e hizo detener la marcha: del otro lado del río, la línea sombría de la selva se adivinaba en un delgado perfil obscuro. Los nómadas colocaron en el suelo arroz, pan de centeno y koumis, para más de un mes. Poco después, los camellos al trote balanceado, se esfumaban en la noche naciente. Seguida de Shoo, Téka surgió de la sombra. Fué derecho hacia su esposo:

— Quédate con el perro — le dijo — es un amigo fiel y seguro.

Sin otro adiós, corrió hacia la caravana y se perdió con ella en la obscuridad de la noche.

Una mañana, una costra de plata inmovilizó las aguas del río, pero, demasiado delgada aún esa costra se rompía, se quebraba para volver a soldarse después. Los dos hombres debieron esperar aun tres días para arriesgarse sobre el hielo. Sólo después de esfuerzos inauditos alcanzaron la otra orilla.

Según los cálculos de Tarik, era necesario descender alrededor de veinte verstas para llegar a la vista de la cabaña del «Solitario». Estaban ya en terreno enemigo y Shoo marchaba adelante olfateando los matorrales cubiertos de nieve. La noche los sorprendió en los límites de la selva. La guarida del perseguido estaba cerca.

Al amanecer, organizaron el ataque. Era necesario sorprender al bandido afuera, a campo raso y cortarle el camino de la cabaña, donde podría atrincherarse y resistir largo tiempo. Thaikaa y Shoo se arrastraron hasta cerca de la choza. Ladraron los perros pero nadie se asomó. El «hijo del odio» debió salir la noche anterior para alzar la caza de las trampas. Silenciosamente, el kirghiz se arrastró sobre la nieve abozalando con la mano a Shoo. En la casa, los perros, cansados, cesaron de ladrar. La espera duró varias horas. De pronto Shoo gruñó sordamente. A lo lejos, en el horizonte, un punto negro destacábase sobre el fondo blanco de los hielos, y al propio tiempo, los ladridos de la jauría se escucharon más violentos.

El hombre avanzaba rápidamente. Pronto se le pudo ver, vigorosamente constituído, cejas anchas, mandíbula maciza, ojos de un azul pálido que denotaban intrepidez y sangre fría. Llevaba un fusil colgado de uno de sus recios hombros, dos conejos blancos pendían de su cintura y sus pies calzaban los patines para la nieve. Los ladridos de los perros debieron inquietarlo, pues se volvía sin cesar como si temiera una emboscada. Un ruido imprevisto le sorprendió, sin duda, pues detuvo su marcha y comenzó a jurar.

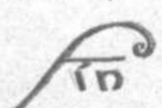
Tarik juzgó que el momento propicio había llegado y se incorporó en su escondite. Al verle, el hombre disparó los dos tiros de su fusil y luego corrió hacia la choza a todo lo que daban sus piernas. Iba a llegar ya cuando un nuevo adversario surgió delante de él. Thaikaa, con el cuchillo desenvainado, apareció. El paria volvióse para huir selva adentro, pero Tarik le cerró el camino. Entonces, acorralado, el bandido aceptó la lucha. Dejando caer sus mitones, cogió su tosca carabina por el cañón para servirse de ella a la manera de maza. La revoleó sobre la frente del kirghiz y la dejó caer como un rayo; el golpe desgarró la chaqueta de cuero a la altura de un hombro. Pero la hoja de un puñal brilló en el aire. El «hijo del odio» giró sobre sí mismo y se desplomó: la sangre manaba a borbotones de su garganta. De repente Tarik se arrojó sobre él y lo ultimó con dos puñaladas rapidísimas asestadas en medio del pecho.

Abandonando el cadáver sobre la nieve los dos hombres decidieron partir inmediatamente. La choza estaba bien provista de pieles y patines. En el cobertizo encontraron una guarnición de trineo completa.

....

Arrastrados por las jaurías los trineos se deslizaban rápidamente sobre la gran extensión nevada. En algunos días, Thaikaa y Tarik alcanzaron el transiberiano, y el país de los ostiaks se desvaneció a lo lejos, detrás de ellos.

De esta aventura sangrienta no quedaba más que la alegría amorosa de los esposos reunidos de nuevo en la «dzoug»; y allá abajo, en el Norte, delante de la choza desierta un cuerpo sin vida que los lobos hambrientos arrastraron por la helada estepa.



DISCOS VICTOR

A PRECIOS REBAJADOS



YA ESTAN EN VENTA:

DISCOS CELEBRES
VICTOR
SELLO ROJO

Los de $ **4.60** rebajados a.................. $ **4.30**

Los de $ **5.40** rebajados a.................. $ **5.—**

Los de $ **6.20** rebajados a.................. $ **5.80**

Los de $ **7.—** rebajados a.................. $ **6.80**

Los de $ **9.—** rebajados a.................. $ **8.—**

Los de $ **10.—** rebajados a.................. $ **9.—**

Los de $ **12.—** rebajados a.................. $ **10.—**

APROVECHE EN SEGUIDA DEL NUEVO GRANDIOSO SURTIDO QUE ACABAMOS DE RECIBIR

Solicite el **SUPLEMENTO N.º 22** que remitimos gratis.

"CONCERTOLA"

La **MAQUINA PARLANTE SUPER-PERFECTA** que reune en sí todos los adelantos que la ciencia ha descubierto para deleite de la humanidad, que proporciona

DIVERSION e INSTRUCCION

siendo el mejor **ADORNO** para el hogar.

Ya hemos puesto a la venta los nuevos modelos para cuya adquisición acordamos facilidades de pago.

SOLICITE EL PROSPECTO Y CONDICIONES

CASA AMERICA

STAHLBERG & RIGOTTI

Av. de Mayo 979
BUENOS AIRES

No tenemos Sucursales.
No cerramos los Sábados.



La Directora de la Academia Artística "Gobernador Cantilo" rodeada por un grupo de alumnas de ese establecimiento y demás concurrentes a la Exposición de trabajos ejecutados en las clases.



Westinghouse

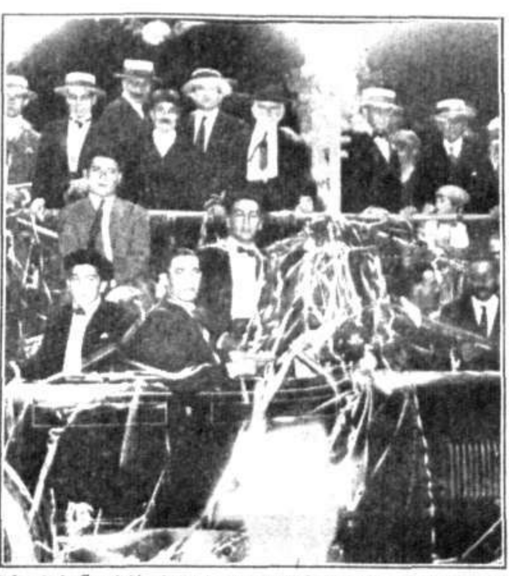
Cía. Westinghouse Electric Internacional S. A.

CORDOBA — Colón, 59

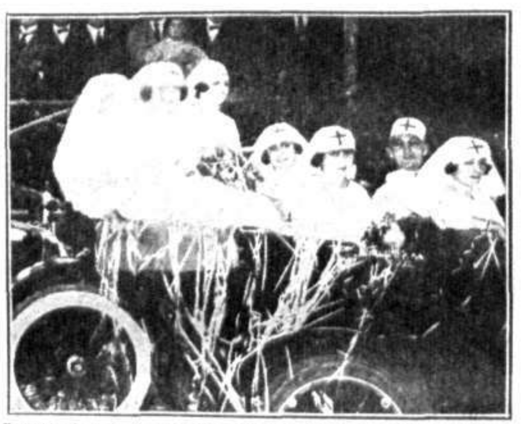
BUENOS AIRES — Av. de Mayo, 1035

TUCUMAN — Junín, 66

De Bánfield



Palco de la Comisión de vecinos nombrada por el Intendente Municipal, doctor Rodríguez Bustos, que dirigió la organización del "Corso oficial" a beneficio de la Sala de Primeros Auxilios.



Carroza de enfermeras presentada con gran propiedad y belleza por distinguidas señoritas de la localidad.



Uno de los muchos y lucidos palcos del Corso de la calle Maipú.



Lavándose con jabón

HENO DE PRAVIA

se comprueba prácticamente
que posee dos cualidades en
grado superlativo.

AROMA INTENSÍSIMO Y ESPUMA ABUNDANTÍSIMA

Pruébelo y se convencera.

De venta en las principales perfumerias, bazares y farmacias.

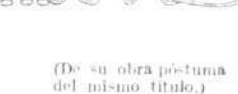
PERFUMERÍA GAL MADRID

REPRESENTANTE GENERAL PARA ARGENTINA Y URUGUAY

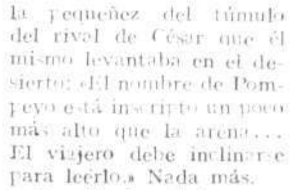
JORGE E. CHADWICK

HUMBERTO 1.º 3545 — BUENOS AIRES

"VOCES DEL CAMINO"







El título que encabeza esta página es el mismo de un libro póstumo debido a la pluma exquisita, psicológica y sentimental de don Miguel de Escalada, que fuera nuestro colaborador. La muerte lo sorprendió en la tarea de recopilar todos los artículos para su impresión. CARAS Y CARETAS *reproduce éste como un homenaje a la memoria de su distinguido autor.*

(De su obra póstuma del mismo título.)

Un hombre que medita recuesta la cabeza sobre el corazón.

Hay un calor cariñoso en toda meditación, como hay una fiebre en todo cálculo. Nos abstraemos para el bien cuanto para el mal. Alientos de cimas, palpitaciones de antros...

Una gran conciencia es, virtualmente, luminosa. Esa gran conciencia medita o calcula. Si calcula es siempre para inducir una excelencia superior, que, a su vez, rastrea una perfección. Extrae así, del cálculo, una partícula de bien.

Nada hay, nada, después de todo, integralmente malo en el mundo moral.

Hasta en el cubil que se agazapa el alma del bandido, cruza, insólitamente, un lampo de sensibilidad humana, fugaz como una exhalación, tal vez, pero no menos perceptible.

Ese bandido piensa quizá para sí mismo; reflexiona, pero, podemos afirmarlo, sería incapaz de meditar.

Hay algo tan hondo, tan intenso, tan profundo, en la meditación, que confundirla con el mero pensamiento, fuera lo mismo que igualar una profundidad a un abismo, una cueva a un antro, un árbol a la selva, el insecto al ave, la luciérnaga al astro.

Cuando veo llorar a un anciano imagino a un niño que tuviera la cabeza blanca. Las lágrimas del uno aseméjanse a las debilidades del otro. ¡Ojos que se encienden al amanecer de la vida, ojos que se nublan al tramontar del crepúsculo!

Los viejos lloran tan levemente, que, a veces, producen la sensación de una finalidad que se extingue... Créese vayan a tener, apenas, el tiempo estricto de terminar el llanto.

Los sollozos más enternecedores de la historia son los de Príamo. Si no hubiera llorado a los pies de Aquiles, implorando el cadáver de Héctor para sepultarlo, su nombre sería, simplemente, el de un vencido desgraciado. Podrían, apenas, aplicársele las palabras del legionario romano frente a la pequeñez del túmulo del rival de César que él mismo levantaba en el desierto: «El nombre de Pompeyo está inscripto un poco más alto que la arena... El viajero debe inclinarse para leerlo.» Nada más.

Esas lágrimas le han conservado en cambio la inmortalidad.

Estoy en la selva.

Imposible fuera percibir el árbol en su total integridad; de tal modo el uno estréchase al otro, en un avecinamiento solidario y cordial. El árbol invita a meditar como el altar a prosternarse. Expresiones al fin de un idéntico culto: Dios.

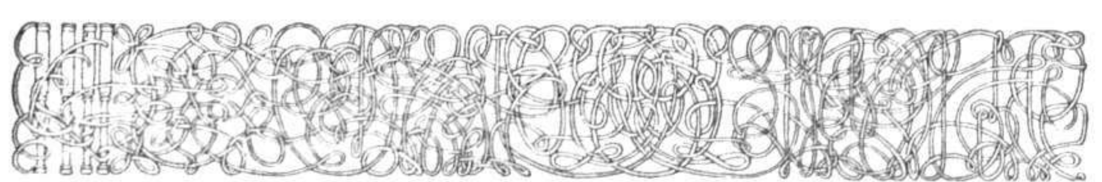
Contrasto una sensación nueva que me era desconocida, al caminar junto a estos seres que, como yo, están de pie, con la cabeza alta. El gran silencio que habita bajo las ramas, diríase molestado por las voces de los leñadores, acompasando los golpes del hacha con extraña onomatopeya melódica y risueña. Acostumbrado solo al trino, perciben, sin duda, la inmediata disonancia. El trino sugiere el ala, y el ala es amiga y compañera de la selva. No así el hombre. Su brazo evoca la destrucción... ¿Acaso no tiene la selva, al igual de la naturaleza toda, el derecho de precedencia? Llegó de las primeras en la evolución orgánica de la vida, y extendió al espacio las ramas, brazos inermes, invitando a los nidos...

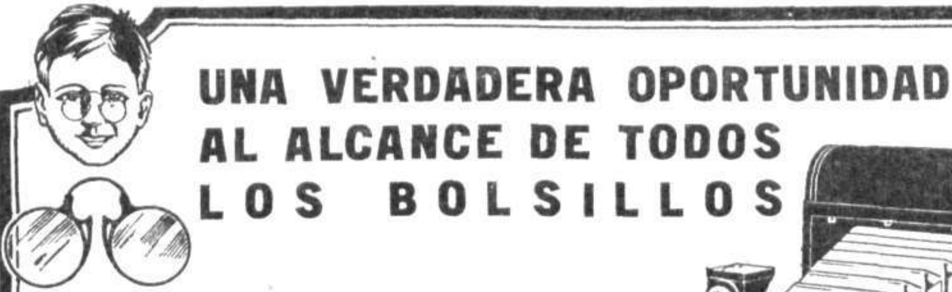
La grande ansia de la selva es embriagarse de luz, difundirse en el espacio, acercarse al sol, su padre, y meterse en la brillazón de los infinitos luminosos.

De ahí esa facultad instintiva, heliotropismo, que acerca fraternalmente los árboles en idéntico impulso: penetrar en la campana límpida del cielo; beber, beber, la luz. De ahí esa carrera insólita hacia la altura que rezaga los árboles del valle, mientras los de la ladera apuran el ascenso empinándose sobre el abismo.

Deben ser tan felices de inclinarse, al fin, entre el abismo de arriba y el abismo de abajo.

MIGUEL DE ESCALADA.



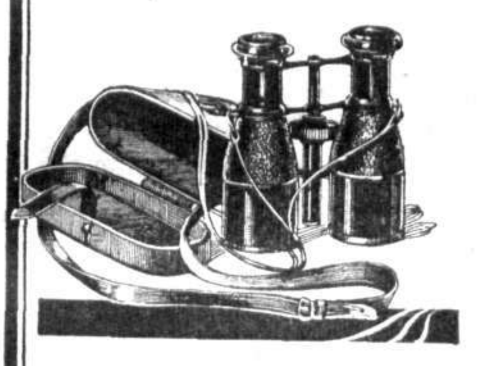


UNA VERDADERA OPORTUNIDAD AL ALCANCE DE TODOS LOS BOLSILLOS

APARATO PREMO KODAK



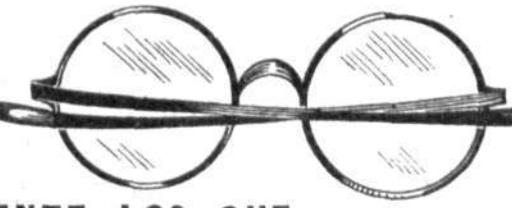
PLEGADIZO N.° 3 A
para tomar fotografías de 8 x 14 cms. tamaño postal. Capacidad del rollo: 6 y 10 exposiciones.
PRECIO EXCEPCIONAL
$ 45.00



GEMELOS PARA CAMPO, MARINA, CARRERAS, etc.

Gran luminosidad y largo alcance. Completo con su cordón, estuche de cuero y correa
$ 35.00

Anteojos y Lentes para cualquier defecto de la vista



EXACTAMENTE LOS QUE SU MEDICO RECETA

Primer Instituto Optico Oculístico

LUTZ, FERRANDO Y C<u>IA</u>.

FLORIDA 240 — BUENOS AIRES

CABILDO 1916, Belgrano - ALMIRANTE BROWN 1067, Boca - RIVADAVIA 6879, Flores.
ROSARIO - CORDOBA - TUCUMAN - SANTA FE - LA PLATA - MAR DEL PLATA



Parte de los concurrentes al animado baile de disfraz organizado por los clubs social "Progresista" y "C. A. El Porvenir" de esta localidad.





Palco ocupado por las señoritas de Escarai, en el corso realizado a beneficio de la escuela nocturna "Bernardino Rivadavia".

De Quilmes



Parte de la selecta concurrencia que asistió a la fiesta social llevada a cabo en el domicilio de los esposos Higgs-Ghilenia.

DISTINTOS PUNTOS DE VISTA

Un estudiante de Medicina examinábase de una de las asignaturas de la carrera y le tocó hablar de las heridas de la cabeza.

Suponga usted—le dijo el catedrático—que pasa por una posada donde un hombre acaba de ser herido en la cabeza. ¿Qué haría para curarlo?

—Le pondría una tira de emplasto aglutinante—le contestó.

—Antes, hombre—repuso el profesor.

—Antes le lavaría la herida con agua estípica para contener la hemorragia.

—Hombre, antes de eso—replicó el maestro amostazado —le cortaría usted los pelos de alrededor de la herida, para curarle con más desembarazo.

—Es que yo—dijo el estudiante—discurría bajo el supuesto de que el herido de la posada fuera calvo.

Destruid la cueva de la ignorancia y habráis destruido la torpeza del crimen. — VÍCTOR HUGO.

Un gran libro es un barco de pensamientos cargado de verdad y de belleza. — TEODORO PARKER.

"CASA PALMA"

GRANDES ESTABLECIMIENTOS SUDAMERICANOS DE CALZADOS

CORRIENTES, 838 — Buenos Aires — C. PELLEGRINI, 78

Dirigir correspondencia a CORRIENTES, 838 | SOLICITEN CATALOGOS



MODELO N.° 198
En gum metal negro o color, liso o picado.
$ 14.90

MODELO N.° 186
Botin gum metal, color o negro, caña de gabardina marrón, beige claro, beige obscuro, liso o picado, con cordones o botones,
$ 14.90





MODELO N.° 18
En cabritilla negra, con elástico o cordones,
$ 14.90

MODELO N.° 193
Botin gum metal color o negro, caña de gabardina marrón, beige claro, beige obscuro, liso o picado, con cordones o botones,
$ 14.90





MODELO N.° 224
En cabritilla charolada y color sangre. En gamuza negra,
$ 14.90

MODELO N.° 200
En cabritilla charolada color sangre. En cabritilla color sangre y charolada. En gamuza negra. En cabritilla negra. En piel de seda negra,
$ 14.90





MODELO N.° 227.
En cabritilla negra. En gamuza negra. En cabritilla color sangre,
$ 14.90

MODELO N.° 226 A
En cabritilla charolada, negra, color sangre o marrón. En cabritilla color sangre, gamuza negra, marrón o blanca, o piel de seda negra,
$ 14.90



Nuestra organización industrial y comercial y nuestros recursos nos permiten ofrecer por este precio lo mejor que puede fabricarse en calzado.

GRANDE ES LA PATRIA

(EMOCION DE VIAJE)



DIAS pasados, anhelantes de descanso y de paisaje nativo, de cosas y almas vernáculas, hemos dejado por un tiempo al bullicioso Buenos Aires para llegar hasta los valles preandinos del Norte.

No hay emoción más exquisita y honda que la emoción de viajar. Acaso no hay tampoco una disciplina mejor para el conocimiento de la ciencia y poesía de la vida. Y es por eso que tiene razón Stendhal, cuando insinúa que es más sabia la sabiduría que se recoge en los caminos que la adquirida en las bibliotecas.

Pero, antes que el ingenioso y genial escritor, ya creyeron lo mismo los clásicos de la novela picaresca al crear aquellos héroes trotacalles, especie de pequeños Quijotes andariegos, sin otra adarga ni escudo que su alegría de vivir y de sufrir. Y basta de citas. El hecho es que hemos viajado al interior del país, sedientos de oxígeno, de sol, de panoramas, y del alma sencilla y profunda de la patria, que por eso mismo, por ser tan honda y tan incompleja, no acabamos nunca de comprenderla ni de sentirla.

De la urbe del Plata, por la llanura bonaerense, por los morenos y rubios campos de Santa Fe, a través de las llanadas verdes y de las sierras azules de Córdoba, y a lo largo de los valles de La Rioja y Catamarca, hemos ido a contemplar los «Menires» de la región calchaquí; y de nuevo nos hemos descubierto ante estos monolitos de pórfido, númenes misteriosos de las razas que fueron... Durante días y noches, el tren, el automóvil, la diligencia y las briosas mulas, nos transportan de pueblo en pueblo, de panorama en panorama; y siempre, al horizonte alcanzado, otro horizonte, y otro, y el país que no termina nunca, cual si se proyectara al infinito. Cansados de andar y de mirar, y, cada vez con el espíritu más ensanchado a fuerza de ver a la aurora levantarse de llanos distintos, y ponerse el sol en diferentes y lejanas montañas, hemos exclamado al fin, llenos de entusiasmo heroico y de religiosa unción: ¡Qué grande es la patria!

Mas, entiéndase bien: no tan sólo es grande por su extensión, por su amplitud, sino por su variedad de paisajes y su hondura de alma. Alguien preguntará: ¿qué es eso de la hondura de alma? Y bien, se nos ocurre una respuesta. Es la unidad del espíritu nativo, la armoniosa unidad de costumbres, virtudes amores y dolores, idioma, poesía y hasta de los errores y vicios que van desfilando a nuestro paso, a medida que nos adentramos en eso que Ricardo Rojas ha designado con esta bella palabra hecha de plata y bronce: argentinidad. Y es claro, en el fondo de la argentinidad late el corazón de España y vibra su temple, junto al instinto de las razas aborígenes, que si bien desaparecieron geográficamente, dejaron la herencia de su sangre y los rasgos de su fisonomía. Y para que la unidad espiritual sea más íntima, más acabada y donosa, lo intelectivo y noble de la madre patria no mató los valores instintivos, epónimos de la vieja América. Por el contrario, todo se armonizó y cobró vitalidad perenne en esto que estamos llamando la grandeza de la patria.

II

Pero la España fundadora y las razas preexistentes, al crear tamaña grandeza geográfica y moral, no lo hicieron todo; no pudieron hacerlo todo porque no contaron con el factor Tiempo. De ahí que al legar tan enorme herencia a las generaciones del porvenir, tácitamente, en el testamento escribieron la consigna de las graves responsabilidades que comportaba el legado. Los hijos, pues, la nueva raza indohispánica debía, por lo tanto, no solamente conservar el viejo patrimonio, sino extenderlo en perfección, elevarlo en belleza, en cultura, en justicia, en progreso y civilización.

¿Se ha cumplido la consigna testamentaria? Se nos ocurre evocar a Sarmiento y a Alberdi para responder la nueva pregunta que formulamos.

Sarmiento, el apasionado y genial escritor, por momentos tan contradictorio a fuer de haber trazado tan hondos surcos en distintos campos de la ciencia y de las letras, exclama un día:

«El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión.»

Vale decir que nuestro defecto, nuestra fuerza negativa está en la amplitud territorial, en los infinitos campos que confinan al occidente con la muralla de los Andes, y al oriente con el océano y los grandes ríos. ¿Es esto una verdad dolorosa y axiomática, o una de esas paradojas inquietantes que los grandes hombres han formulado en todos los tiempos? Vaya uno a explicar o contradecir las frases célebres... De cualquier manera, uno se lo imagina a Sarmiento — como buen montañés que era — parado sobre las cumbres del Tontal, su monte nativo, contemplando hasta donde se pierde la vista los valles sin principio ni fin, las solitarias pampas y las montañas, tan altas como el Tontal, que corren de sud a norte. Lo vemos de pie, hierático, visionario, frente a lo inconmensurable, frente a las anchas y soledosas tierras que él quisiera llenar de razas europeas, de escuelas, bibliotecas, granjas, talleres, fábricas y ferrocarriles. Pero como no es posible hacerlo todo de un golpe, ya que tan grande empresa és labor de siglos y generaciones, el prócer exclama con tristeza:

«El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión.»

Y la frase se hace sentencia social, verdad geográfica y un socorrido lugar común que los malos gobiernos emplean a su arbitrio para justificar su ineficacia y los pueblos perezosos para disculpar su inercia. Empero, no quiso tal cosa el autor de «Facundo». De todos modos, sus palabras tuvieron la virtud de difundirse como uno de esos gritos que, proferidos en la montaña, se agrandan a medida que el eco de las quebradas los transmite de cerro en cerro.

Hasta que otro argentino, parco y medido en el pensar y en el decir le responde:

«Gobernar es poblar.»

A Juan Bautista Alberdi corresponde la nueva máxima; a este gran incomprendido y solitario nuestro, que como Pascal, dijo cosas eternas y fué vidente sin salirse de la órbita. El, quiere poblar, llenar de vida rumorosa y civil los vastos campos, los desiertos y obras que para Sarmiento son el lastre que dificultará la marcha del país, hasta impedir, quizá, que la República Argentina llegue a la grandeza económica y moral que le deparan los tiempos.

He aquí pues, las sentencias de los dos grandes hombres que, habiendo sido adversarios toda la vida comulgaron, sin embargo, en las mismas aras del patriotismo. Con un dejo de tristeza la primera y con un tono de consejo la segunda, nos dicen al fin de cuentas que el viejo legado, en mano de las generaciones actuales, debe perfeccionarse en belleza, en cultura, en justicia y progreso, para que la extensión deje de ser un mal y para que lleguemos al gobierno que soñaba el autor de «Las Bases.»

Es decir, que la grandeza de la patria, la grandeza latente, casi virginal y legendaria que en estos días de viaje ha llenado de visiones inefables nuestras almas peregrinas, debe ser también la grandeza viviente, dinámica, en constante afán de siembra y vendimia.

— Sí, señores argentinos y extranjeros: id a recorrer el país y a comprender su espíritu y veréis que es muy grande la patria y lo será mayor, cuando las generaciones de hoy y de mañana cumplan la vieja consigna con que los abuelos nos legaron tan enorme herencia.

CÉSAR CARRIZO

HAZ QUE ESTA NOCHE...

Yo contemplé a la luna en mi fuente, una noche
en que octubre esparcía en el ambiente una
arrobadora esencia; esa noche a la luna
aprisionarla quise en mis manos... Un broche
magnífico y radiante semejaba en la fuente
cuyo espejo, en la sombra, parecía bruñido.
Entonces yo repuse: el astro refulgente
abandonó los cielos y ha dejado escondido
su tesoro en el agua... Señor, ya que hace tanto
que voy marchando en pos de la belleza, y todo
me arrebata sus dones, ya que hondo es mi quebranto
y mis penas encierro en la canción, a modo
de los antiguos bardos, Señor, ya que fortuna
no tengo, ¡haz que esta noche que me azota el desvelo,
puedan robar mis manos la plata de esa luna
aunque se quede a obscuras eternamente el cielo!

FELIX B. VISILLAC

De San Isidro



CLUB ATLETICO SAN ISIDRO. Grupo de jugadores que integraron las diversas parejas que tomaron parte en el torneo de pelota organizado por la C. D. de esta prestigiosa entidad deportiva.



ECOS DE LAS ELECCIONES

El diputado nacional doctor Verduga siguiendo desde el Comité Central de la U. C. R. la marcha del escrutinio.

PLVS VLTRA

El número de Marzo aparecerá el día

31

del corriente.

SUMARIO:

"Elogio del golf", por **Manuel Gálvez**. "Los nidos desechos", por **Héctor Pedro Blomberg**, ilustración de **Macaya**. "La salita íntima", por **Leonardo A. Bazzano**, ilustración de **Sirio**. "La Nicha", por **V. Ruiz de Galarreta**, ilustración de **Alvarez**. "El libro puro", por **Pedro Herreros**, ilustración de **Bonomi**. "Palingenesia", por **Fernán Félix de Amador**, ilustración de **Sirio**. "El caserío apañuscado", por **Ramón Gómez de la Serna**. "Los últimos araucanos", por **Eduardo Carrasquilla Mallarino**. "La villa Presidente Quintana", por **Carolina Adelia Alió**. "Pietro Mazzini, o el niño maravilloso", por **Teresa Clemenceau**. "El desnudo es el vestido del arte", por **Eduardo del Saz**. "El encanto de los lagos y las selvas", por **Emilio B. Morales**. "La fundación de Buenos Aires (historia de un cuadro)", por **José M.ª Salavería**. "Monreale", por **Rafael Símboli**. "Un enlace aristocrático, Sara Wilkinson de Santamarina - Alfredo de Sierra Valle". "Invierno deportista en Chamonix". "El repujador José Mario Maggione". Reproducciones a cuatro colores: Venus y Cupido (1494-1534) histórico óleo del **Correggio**. "Judit" (fragmento), óleo de **Julio Romero de Torres**. "Retrato", óleo de **Anselmo Miguel Nieto**. A dos colores: "Retrato de la señorita Marina Pilar Mauriño", foto de **Witcomb**. Ilustraciones de "Los últimos araucanos" y numerosas fotos artísticas.

De San Fernando

Baile de disfraz en el Club del Progreso

Angélica Menéndez Etchegoin.



Señoritas de Bianchi, Bendrame, Louto, Martínez y Mercadante.



Señorita Alcira Cueto.



Señori.a de Centurión Galasso.



Señoritas Angélica, Esther y Adela Johnson.



Señorita Elsa Buttafuoco.



Acaban de extinguirse las luminarias de fiesta: sus últimos destellos parece como si avivaran la nueva ilusión que palpita en la mirada de las que vivieron esas horas reideras y fugaces que a veces entrañan el instante decisivo para el romance apenas esbozado, o para el ensueño que se desvanece... flota aún en el ambiente luminoso la tenue vibración de la algazara que se aleja...

La corriente de la vida mundana vuelve a su cauce, después de la febril agitación de las pasadas fiestas, mientras que las gentiles figuras que supieron vivir intensamente esas horas de loca alegría, se detienen para dejarla pasar, plena la mirada de la nueva luz que en ella palpita, y que revela la profunda, indecible emoción...

Porque la crónica asegura que el balance sentimental de la temporada, anota primicias de verdadero interés, y que, hasta en plena *Feria de Vanidades*, vibra e irradia su luz penetrante, transfigurando la expresión de las pupilas, ese hondo y misterioso sentimiento del querer verdadero, que es el eje de la vida nuestra...

El comentario mundano no se da tregua ni reposo: cree haber descubierto que una encantadora jovencita de renombrada belleza y de esbeltísima silueta, cuyo nombre compuesto se substituye siempre por el cariñoso apodo con que se designa a la más niña del hogar, que lleva un apellido tradicional en la aristocracia argentina, que fué siempre sinónimo de opulencia y respetabilidad, ha decidido aceptar al simpático admirador que lleva el romántico nombre de los infantes de Aragón, y un apellido de origen español que evoca siempre el recuerdo de una de las firmas bancarias más importantes del país. No falta quien insinúe que el candidato no está muy seguro aún... ¿Que el epílogo del nuevo romance puede ser para él un desencanto? Otros creen, sin embargo, que en las pupilas tan azules de la bellísima jovencita de nombre bíblico, palpita una nueva y profunda emoción, y que tal vez sea esta la jornada decisiva de su vida.

Después se menciona el nombre de una porteña muy linda también, de esbelta y flexible figura, que lleva el mismo nombre de la bellísima princesa de la casa de Saboya, que supo vivir su vida sentimental, desdeñando el vetusto protocolo de las dinastías europeas... Llena de vida y de singular encanto, su armoniosa silueta se destaca en el pintoresco cuadro de los *links* a orillas del mar, como en el recinto del Golfo porteño, allá, rumbo a los viveros... Parece inclinada a aceptar los homenajes del simpático admirador, de tipo romántico, que lleva el mismo nombre de uno de los evangelistas y un apellido muy difundido y respetado en la vieja sociedad argentina, apellido que ilustró, honrándolo, una de las grandes figuras de nuestra evolución nacional. Como el apóstol, ha oído la voz misteriosa en el camino de Damasco... y espera sin duda que la encantadora jovencita se decida a poner en la suya la nerviosa manecita que triunfa con sin igual firmeza en los campeonatos del noble deporte británico...

Y siguen anotándose cifras en el balance sentimental... Si escuchamos el comentario incesante, éste asegura que un conocido hombre de letras, cuyo nombre figura entre los autores teatrales de éxito, persigue hoy un nuevo ideal, con una perseverancia digna de tan alta recompensa. Linda, de arrogante figura y llena de encanto, parecía hasta ahora inconmovible... de suave, armonioso nombre, y apellido compuesto, netamente criollo, y muy respetado en nuestra sociedad, puede que se deje convencer por el inteligente candidato, que lleva el mismo nombre de aquel rey de Francia que fué el rey caballero y al mismo tiempo el soberano célebre por su fascinación irresistible; cuentan también las crónicas que fué muy inconstante...

Al lado de la gentil porteña, cuyo destino pudiera realizarse antes de terminar la temporada, su hermana y constante compañera cuya flexible silueta se desliza con tanta gracia como elegancia en los más brillantes bailes de la *season*, y que lleva el mismo nombre de una soberana de eminente actuación, respetada y amada por el pueblo de España a pesar de su origen extranjero, parece inclinada a ceder también a la sugestión del ambiente; y no solo ella... La crónica insinúa que, muy cerca de ella, una frágil y delicada figura femenina, tan delicada como una primorosa estatuilla de Sajonia, estaría inclinada a rehacer su vida, aceptando el rendido homenaje del simpático caballero que organiza sin descanso largas excursiones con el propósito de poder acercarse a ella...

Al iniciarse la *season* oficial en la luminosa playa del sur, el comentario lamentaba que solo los colegiales dieran vida y animación a las fiestas de la *feria* tradicional; pero el balance que hace hoy el mismo comentario revela que hubieron sus excepciones...

Y no sólo se refiere a asuntos sentimentales; que *monsieur Potín* reclama sus derechos mientras recorre todas las *villegiatures* de moda, y nos cuenta que en la pintoresca región del norte, donde vibra aún la algazara que se aleja, se asegura que en un elegantísimo baile de fantasía, causó sensación una figura femenina que había elegido el parco atavío de la laboriosa araña, como último grito de la moda... El traje causó sensación, naturalmente, y mayor aún de la que sin duda ella esperaba...

La dama duende.

En los Toldos, marzo 12 de 1924.

MADRIGAL

POR

JACOBO PEÑA

JAMAS UNA FLOR EXTRAÑA
—YA SEA DE LA MONTAÑA
O DEL LLANO—
TENDRA PARA MI EL VALOR
DE LA QUE DEJO TU AMOR
EN MI MANO.

ESA FLOR TIENE ALGO TUYO;
POR ESO, AUNQUE FUERA YUYO,
YO LA AMARA,
Y SI LA FLOR FUERA ESPINA...
CON PLACER SU PUNTA FINA
SOBRE MIS LABIOS CLAVARA.



LA PERFECCION

alcanzada por nuestra fábrica en sus 43 años de existencia, nos permite ofrecer muebles construídos con arte, estilo, originalidad, solidez y finísimo acabado, a precios reducidos en más de un.................. 35 %

Si desean gastar bien su dinero, no dejen de visitar nuestra grandiosa exposición.

Lorenzini & Peretti

731 B. Mitre 745 *Buenos Aires*

DORMITORIOS

Elegantes, sólidos y de perfecto acabado, desde

$ 530.–

COMEDORES

Modelos originales y prácticos, desde

$ 550.–

De Carhué

LAGO EPECUEN



Señoritas de Irigoyen y Fiorillo comentando risueñamente alguna indiscreción del fotógrafo.

Simpático grupo de "sirenas" paseando por la playa.



Núcleo de familias que veranean en estos saludables lugares.



LA TOILETTE FEMENINA

complicada y difícil, se ha facilitado grandemente gracias a los progresos industriales. El delicioso

Polvo Compacto

Cielito Mío

artículo que a un delicado y exquisito perfume, une la calidad más excelente, es un ejemplo, pues siendo cómodamente transportable en la cartera o bolsillo, ofrece a las señoras la facilidad de su aplicación, en la toilette del momento, durante fiestas, paseos, excursiones, viajes, etc. Preparado en los colores **Blanco, Rosa, Mandarina, Brunette, Ocre y Rachel,** o sea para todos los tipos femeninos, constituye el más valioso elemento para embellecer el cutis. Precio: $ 0.70 la caja.

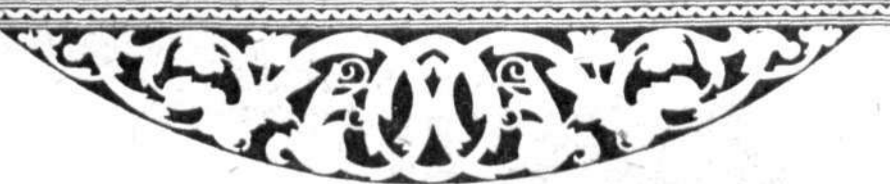
A él puede agregarse, como eficaz complemento, los

LÁPICES ROUGE

artículos de clase superior, del más bello y delicado carmín, ricamente perfumados, muy cómodos y manuables y dispuestos en lindos estuches de metal niquelado. Precio: número 9, $ 0.70; números 10 y 12, $ 1.75.

Perfumería Mendel

En Montevideo: Calle Cerrito, 673. — **En Buenos Aires:** Calle Guardia Vieja, 4439. — **En Asunción (Paraguay):** Calle Alberdi, 217.





La Obesidad

se cura con el Te del profesor **Densmore,** de New York, *sin dieta y sin la menor molestia.* No olvide que **engordar es envejecer.** Vea lo que dice el distinguido médico, doctor Rafael Serrano, ex médico de los hospitales Rawson y San Roque y ex jefe del servicio de vías urinarias del hospital Teodoro Alvarez. Consultas de 8 a 11 a. m. Calle Falucho, 1160.

«Señores M. Figallo y Cía. — Habiéndome dado espléndido resultado el **Te Densmore** en un caso de obesidad recientemente tratado por mí, les ruego se sirvan mandarme algunos paquetes gratis y literatura médica para seguir ensayándolo en otros enfermos. Saluda a ustedes atentamente

Firmado: **Dr. Rafael Serrano».**

Por instrucciones y precios, dirigirse a los únicos introductores: **M. FIGALLO y Cía., Buenos Aires, calle MAIPU, 212**



CASA
Gesell
Av. de Mayo 1431.
Proximamente Sucursal:
Esmeralda 370

APARATOS WECK

PARA ESTERILIZAR Y CONSERVAR ALIMENTOS

Un WECK, indistintamente esteriliza frutas, legumbres, pescado o piezas de caza, conservándolas durante muchos años frescas y aptas para ser gustadas. Un Weck permite que siempre se disponga en el Hogar de una reserva de alimentos tan sanos como nutritivos, preparados en épocas de la mayor abundancia. Los Weck se venden con libro de recetas. Pídanos precios y prospectos "W. C.".

De Trenque Lauquen



Comparsa "Los Hijos del desesperado" que obtuvo varios premios en los Concursos realizados en esta localidad, con motivo del Carnaval.

EL PRESIDENTE EBERT SÓLO GANA 110 PESOS

Como dato curioso, el «Berliner Tageblatt» y otros periódicos de esta capital, publican hoy la noticia de que el sueldo que actualmente percibe el Presidente de la República, Herr Friedrich Ebert, asciende alrededor de ciento diez pesos mensuales.

La prensa en general comenta elogiosamente el gesto del Ejecutivo al renunciar a la mitad de sus gastos de representación en vista de la aflictiva situación porque atraviesa Alemania.

¿QUÉ SIGNIFICA LA RISA DE UN NIÑO?

Así como no se puede pintar un astro ni describir la selva, deslumbradora por el sol que la caldea, así nadie llegará a desentrañar lo que significa la risa de un niño. Es el amor, la augusta inocencia asombrada, es la temeridad de la gracia; la gloria de ser puro; el orgullo de mantenerse en pie; la paz; un no sé qué ignorante que lo sabe todo. Esa risa es el cielo entrevisto; es Dios que por ese medio se hace visible.

VÍTOR HUGO.

EL ENCANTO DE LOS HUMILDES



LA MAÑANA

HASTA la cama llega una cinta de sol. Han cantado los pájaros. En la cocina, la madre, que se levanta al alba, golpea los carbones para encender el fuego. Se abre un postigo: la luz revienta como una carcajada. El más pequeño llora; otro salta de la cama y ríe; su risa es como un saludo sonoro al buen día.

Y el buen día reverbera en los cristales, se acuesta en el suelo, salta por las paredes, juega a las escondidas con amplias claridades y matices dulces y placenteros. En el patio cloquean las gallinas, sonríen las flores cimbreadas por la brisa, y la abuela, blanca en canas y vieja en años de bondad, da de comer al canario que suena estrepitosamente su flauta de cristal. Luego la madre corre presurosa al dormitorio; echa al suelo al mayor, consuela al más pequeño; ayuda a vestir a la niña; recoge trapos, abre las puertas, prepara para barrer y, sin saber porqué, canta como cuando era joven y hacía las cosas creyendo que el buen muchacho novio la estaba observando.

No tiene ya secretos la casa para la luz.

Corren ahora los chicos por entre las plantas; ríen, saltan, lloran. Sus risas, sus llantos, sus juegos se confunden con el sonoro canto de la madre que trabaja afanosa mientras la abuela bendice con su cachaza y su amor la paz serena de la vida. Y reina amplia y brillante la mañana.

EL PAN

SOBRE la mesa de comer orean sus panzas relucientes los cuatro panes que el panadero entrega como el producto anticipado de la jornada de labor. Rubias, brillantes las cortezas, atraen los dedos rosados de los chicos que observan glotones, y crujen bajo la presión, que hace saltar astillas de oro, descubriendo la impecable blancura de la miga, carne propicia al diente puntiagudo de la infancia.

Tiene algo de eucarístico el trigo hecho pan. Se antoja hostia bendita con que la madre buena conjura el hambre de sus hijos, en las mañanas, cuando a su alrededor se agrupan y piden, vociferando, manoteando, luchando como pichones despertados por la primera luz del día.

Tiene algo de beatífica su corteza, rubia como la cabellera del Nazareno, y de inocente su miga, blanca como la túnica del Señor.

Cuando de la calle entra en los canastos del reparto, trae consigo la fe alentadora y la alegría inocente.

Símbolo de la recompensa ansiada por el hombre que sólo aspira a trabajar y vivir, soporta impasible la maldad que lo niega en los hogares que más lo necesitan y lo amontonan en los que menos lo precisan.

¡Pan injusto que no visita la casa del obrero que lo reclama para sus hijos, y golpea la puerta del poderoso que lo malgasta! ¡Pan inocente que sufre el peso de la desigualdad! ¡Pan bondadoso que no ahoga al que lo arrebata de las manos del hambriento y no revienta los vientres de los perversos que lo devoran en la rica mesa costeada por el sudor de los desventurados!

¡Pan de todos que no se queja de llegar humeante a unos y hecho piedra a otros! ¡Pan que amasa el obrero, cuánto bien causas en las almas buenas cuando llegas oloroso, rubio, expresivamente resignado al sacrificio, en la mañana de sol, o de frío o de tristeza, o de felicidad! Bendícete la madre que te degüella con el cuchillo filoso; sonríete el niño que te devora; rézate interiormente el padre que te estrangula antes de partirte y te clava sus dientes formidables.

Y tú, sabedor de la felicidad que significas, oreas tu panza rubia sobre la mesa del comedor y miras a tus verdugos, ocultando con el rubio de tu tez, el blanco inocente de tu miga, mientras los chicos te acarician ansiosos y sobre la piedra de afilar rechina el cuchillo que hará de ejecutor.

Y pagas con la vida, tú también, la generosidad de darte al bienestar de los hombres.

LA SOPA HUMEANTE

OYENSE las sirenas de las fábricas; hormiguea en las calles un mundo de obreros; cae el sol a plomo anunciando la visita del verano; reina en el ambiente un sopor acariciante; la casa parece descansar de la fatiga de una caminata; las flores doblan su tallo y, en un recodo del patio, debajo de una tina, revuelca sus lomos el perro guardián, mientras los niños juegan sentados en el suelo y la madre tiende la mesa, presurosa.

En la cocina, hierve la olla del puchero; la abuela teje cuidándola, y entra el padre con la fatiga en los brazos y la alegría en los ojos.

Hay un momento de silencio; luego el alboroto del juego a manotadas, del caballito en las rodillas, de las corridas por las piezas.

Y, después, la voz de la madre que congrega a la familia toda, en torno de la sopa humeante que conforta, que recrea, que alegra el cuadro patriarcal.

Llegan las doce campanadas de la bendición. Y el padre, que no cree más que en su fuerza y en su bondad, bendice la hora en que lo junta a los suyos y le depara la gloria de mirar cómo paladean la sopa que costó a su cuerpo medio día de ardorosa fatiga.

F. DE F. FILIPPIS NOVOA

ILUSTRÓ DESARES



En todos los centros elegantes, el aperitivo de moda, lo constituye un "cocktail" preparado a base de esta exquisita bebida.

Tomándolo se espera con ansia la hora de comer.



La manera de vivir una vida cómoda dentro de los medios de cada uno, es gastar su dinero obteniendo el máximum de compensación.
Esto lo consigue Vd. incluyendo en esa táctica sabia, la adquisición del renombrado

Oporto DOM LUIZ

BUENOS AIRES, 29 DE MARZO DE 1924

AÑO XXVII

CARAS Y CARETAS

N. 1330

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



EL DR. ALVEAR EJERCIENDO SUS FUNCIONES DE CIUDADANO

UNA vez más, durante su período presidencial, el Primer Magistrado de la Nación Argentina, haciendo uso de sus derechos cívicos, comparece ante un comicio para depositar su voto a favor de sus candidatos preferidos. Este año, el sobre cerrado que prescribe la ley lo depositó en la urna de la mesa electoral N.º 1 que funcionó en la calle Junín 1557.

FOTO DE ARROYO

Hay que defender al feminismo.



¡Torello solo!



Mi voto es un secreto.





¡Justo toda la vida!

Yo soy Progresista.

LAS ELECCIONES



El Ministro del Interior, doctor Gallo, en su despacho, con el director general de Correos, doctor Mihura, el subsecretario del ministerio, señor Espeche, y personal superior, siguiendo la marcha de las elecciones.



Me reservo para la "Guardia Vieja."

Señor Jacinto Oddone, candidato socialista a diputado, saliendo del comicio.



El Ministro de Marina, almirante Manuel Domecq García, depositando su voto.



Doctor Enrique Dickmann, candidato socialista a diputado, en el balcón del Comité.



Ni que hablar; Zurueta.

Mi lista son los unitarios.



¡Viva el partido Radical!



Independiente puro.




No entiendo lo de Georgista, por eso voto.


De todo corazón por los comunistas.


Me gusta de Andreis.


¡Qué lástima! No puedo cobrarlo.

NACIONALES


El Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Angel Gallardo, depositando su voto en el comicio instalado en el Hotel de Inmigrantes, cuya mesa electoral era presidida por su hijo.


Mi voto es una fija.


Doctor Guillermo Sullivan, candidato a diputado de la U. C. Radical, después de haber votado.


Los señores Honorio E. Roig y Rafael Carosella, candidatos demócratas progresistas a diputados.


Doctor Pedro Podestá, vicepresidente de la Unión Cívica Radical, candidato a diputado.


Cumplo con mi deber de ciudadano.


Guillot en punta.


Voto por el Partido Salud Pública.


Siempre fiel a la Lanteri.


¡Qué otarios! No saben votar.

N O T A S V A R I A S



El general Agustín P. Justo



El general Luis F. Dellepiane.

Por apreciaciones de las que, según versiones públicas, se hiciera eco el general Dellepiane y que considerara desfavorables para su persona el Ministro de Guerra, éste, previa renuncia de su alto cargo ante el Presidente de la República, le envió sus padrinos, realizándose un duelo a espada, de 12 asaltos, y resultando heridos ambos combatientes.



Retrato de la Sra. Delia Gowan de Alvarez de Toledo, por Alejandro Márquez.

Almuerzo de despedida al Ministro de Francia



El señor J. Roger Clausse, representante de la República amiga en nuestro país, rodeado de un grupo de destacados connacionales que le obsequiaron con un banquete organizado por el Comité de las Sociedades Francesas, con motivo de su viaje a la patria en uso de licencia, acto que constituyó una significativa prueba de simpatía para el distinguido diplomático.

Demostración



Amigos y compañeros que obsequiaron con una comida en el "Aue's Keller" al señor José E. Rodríguez para celebrar su nombra[illegible]

Srta. Luz García Velloso



Ha fallecido, cuando apenas vislumbraba la edad risueña de la juventud, la hija de nuestro estimado literato y colaborador el Sr. Enrique García Velloso, causando su deceso un hondo [illegible]tre sus numerosas amistades.

...SI...NO...NO...SI...



Frente del edificio de la calle Lavalle 215, en Junín, donde nació Luis Angel Firpo.

Puerta de la pieza en que vió la luz primera el "toro salvaje de las pampas".

A bordo del vapor que le condujo por primera vez a Norte América.

Tracey "Knock out" en el 4.º "round".

Maxted. "Knock out" en el 7.º "round".

Brennan. "Knock out" en el 12. "round".

Mc. Aulitte. K. o. en el 3er. "round".

Willard. K. o. en el 8.º "round".

Lodge. K. o. en el 5.º "round"

Spalla. "Knock out" en el 14. "round".

La "enigmática" sonrisa de Firpo

De Forrest, uno de sus primeros entrenadores

NUESTRO campeón se retira del «ring», según sus reiteradas declaraciones a la prensa, alejándose de las peripecias, de los aplausos, de los provechos y de las críticas que, por ser manifestación pública, le venía proporcionando el viril deporte. La noticia, por inesperada, ha sorprendido a todos los aficionados del mundo, suscitando diversos y contradictorios comentarios. Luis Angel vuelve el pecho y presenta sus robustas espaldas al boxeo, declarando, sin embargo, que cumplirá sus previos compromisos, incluso un probable «match» con el campeón británico; y como estos compromisos pudieran ser tantos y tales que de nuevo le animaran a continuar su brillante y rápida carrera, aparte de que *de sabios es mudar de consejo*, ¿por qué sus admiradores no hemos de abrigar la esperanza de contemplarle reverdeciendo sus laureles? ¿Se tratará de un mutis más bien que de una retirada definitiva? Puede ser que sí, acaso no... inclin

HUESPEDES DISTINGUIDOS



El príncipe de Wittgenstein.



El príncipe de Lippe.



El príncipe de Karolat.



El barón y la baronesa de Blumenthal.

Deseosos de cooperar en el desarrollo de nuestras grandes riquezas naturales, tres próceres alemanes de gran posición social y financiera nos visitan con el propósito de recorrer las vastas zonas rurales del país y establecer en ellas amplios negocios agrícolas.



El maestro Amadeo Vives.

Al frente de su compañía lírica, se halla entre nosotros el famoso y popular compositor español Amadeo Vives, que se presenta ante el público porteño estrenando su última producción «Doña Frasquita», obra que constituyó un clamoroso éxito en España.

EL SENSACIONAL ASUNTO DEL PETROLEO EN WÁSHINGTON



El almirante Robert S. Griffin, que se opusiera a que pasaran a la jurisdicción del Ministerio del Interior las reservas navales de petróleo.



El señor Harry F. Sinclair, opulento industrial del petróleo que figura en el resonante asunto de las concesiones, acompañado del señor J. W. Zeverly, su hombre de confianza.



El contraalmirante John K. Robinson, quien se declarara a favor de las concesiones después de conferenciar con el petrolero multimillonario E. Doheny.



Los contraalmirantes Latimer, Gregory y Griffin prestando declaración ante el Comité de Asuntos Navales de la Cámara.



Señores A. E. Watts, J. W. Zeverly y G. L. Stanford, socios de la Sinclair Oil Company, que declararon como testigos.



Mr. Silas H. Strawn, abogado representante del Gobierno.

Es indudable que, además de la significación económica que revisten las sensacionales revelaciones petroleras hechas en Norte América, existen, en todo este complicado negocio, fuertes y ocultas influencias políticas, tanto más agudas cuanto que nadie desconoce las actividades que los diversos partidos despliegan a favor de sus respectivos candidatos con motivo de la proximidad de las elecciones presidenciales, acontecimiento nacional que al presente apasiona los ánimos de todos los habitantes de la gran nación del Norte.



Mr. Tomás Watt Gregory, otro de los abogados oficiales.



El ex-secretario de Marina, míster Edwin Denby.

AJEDREZ

El Torneo Internacional de Maestros en Nueva York



JOSE RAUL CAPABLANCA (Cubano).— actual campeón mundial que derrotó al Dr. Lasker en 1921.





ALEJANDRO ALEKHINE (Ruso).--Vencedor del reñido torneo internacional de Carsbad.



E. BOGOLJUBOW (Ukraniano) .— Vencedor del torneo internacional de maestros en Carsbad, en 1923.



EDUARDO LASKER (Alemán). — Ha vencido últimamente en los torneos de Londres y Berlin.



GEZA MAROCZY (Hungaro). — Vencedor en el torneo internacional de maestros en Carsbad, en 1923.



FRANK J. MARSHALL (Norteamericano). — Campeón de Norteamérica que ganó el U.S. 9º Congreso.



RICHARD RETI (Checoeslovaco). — Vencedor en el torneo de Amsterdam en 19'0.



DAVID JANOWSKY (Polaco). — Vencedor en el torneo de maestros celebrado en Nueva York en 1921.



F. D. YATES (Inglés).— Campeón británico. Aun no ha vencido en torneos de importancia internacional.

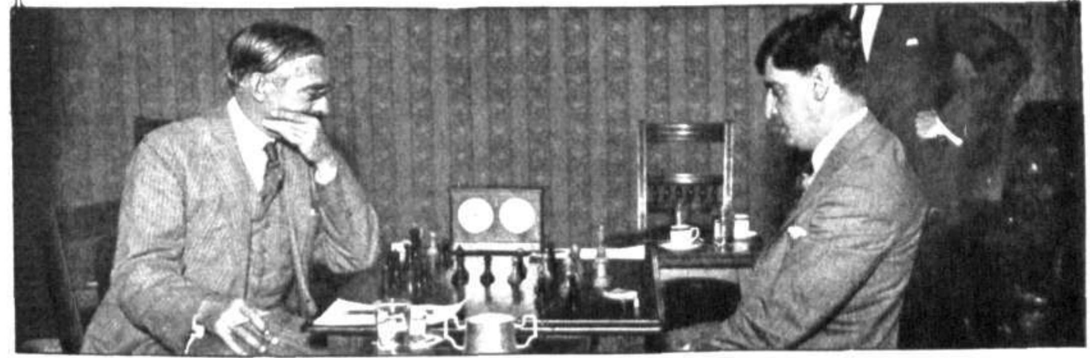


DOCTOR SAVIELLY TARTOKOWER (Ukraniano). — Segundo en el torneo internacional de Viena, en 1923.



DOCTOR MANUEL LASKER (Alemán).— Ex-campeón del mundo, título que mantuvo durante 27 años.

CAMPEONATO ARGENTINO



De izquierda a derecha: Benito H Villegas y Damián Reca disputando una de las partidas correspondientes al campeonato argentino de ajedrez.



Un conjunto de aficionados comentando las alternativas de la partida.

El «Club del Progreso», evocador de las viejas tradiciones del ajedrez, en cuyos salones actuaron los señores Julián Balbín, Miguel Angel Gelly, Eugenio Zamudio, Cupertino del Campo y otros eximios aficionados de la época, que dejaron bien sentada la reputación de nuestros ajedrecistas, hace más de 20 años, venciendo a brasileños y chilenos, ha vuelto a albergar a dos «gladiadores» del juego-ciencia, que se baten como tales por el campeonato argentino de ajedrez.

El veterano Villegas, campeón argentino de ajedrez, defiende sus posiciones frente a su digno adversario, el señor Damian Reca, ajedrecista de corta pero brillante actuación, empeñado en la lucha con todo el entusiasmo que le es característico, y que de por si constituye una ventaja.



Dr. C. A. Querencio, president de la "F. Argentina de Ajedrez".

ABORDAJE DE LOS VAPORES "TERRIER" Y "REINA VICTORIA EUGENIA"

El grave percance marítimo ocurrido a la entrada del canal del Indio entre el vapor español «Reina Victoria Eugenia» y el noruego de carga «Terrier», pudo haber revestido proporciones más catastróficas de no haber maniobrado hábilmente, todo lo que le permitieron las apremiantes circunstancias, el práctico uruguayo que comandaba el primero, según se desprende de las declaraciones prestadas. Sin embargo, el choque resultó formidable; el «Terrier», en viaje de Rosario para Nueva York, embistió con su proa al «Reina Victoria Eugenia», que procedía de Montevideo, arremetiéndole por el lado de babor, a popa, frente a la bodega 3, produciéndole serias averías y recibiéndolas también de mucha importancia. La confusión y el pánico que se apoderó de los pasajeros fué enorme, pero gracias al capitán y al resto de la tripulación no tardaron en serenarse los ánimos de todos, que temían un inmediato naufragio. Se registraron ocho heridos, algunos de bastante gravedad.



José Tur Marí, herido.



José Villanueva, herido.



Aspecto que presentaba la destrozada proa del "Terrier" después del violentísimo choque de las dos moles flotantes, habiendo esta última embarcación perdido las anclas y la instalación de radiotelegrafía.



Desembarco de Gaspar Lloret, que falleció en el H. Rawson.



Eladio Torres Barril, herido de gravedad.





Otro de los heridos — Enrique Díaz Carro — siendo conducido a tierra por los marineros del "Reina Victoria Eugenia".



Estado en que quedó la primer cubierta del "Reina Victoria Eugenia" a consecuencia de la embestida del "Terrier" por el costado de babor, a popa, causándole la rotura [illegible]

María Bibián Molina, otra de las víctimas de la imprevista colisión, con varias fracturas.



FIGURAS DE ACTUALIDAD
POR SIRIO

DOCTOR PABLO TORELLO

Como secretario de Estado durante la presidencia Irigoyen don Pablo Torello se distinguió por su fidelidad a los principios políticos radicales. Dentro del partido, donde realizara una vasta obra, su nombre tiene gran crédito, merced a la constancia que puso en la labor opositora y en las tareas dirigentes. Los convencionales de la Unión Cívica Radical le han proclamado, en reñida elección, candidato a la senaduría por la capital.



La Página de la Moda

Últimos Modelos

LA GRACIOSA BAILARINA DE LA ÓPERA VIENESA, TILLI LOSCH, LUCIENDO DOS NUEVAS «TOILETTES» MUY ELEGANTES: UN TRAJE PARA DEPORTE DE «JAQUETTE» VERDE CON CUELLO DE PIEL DE OSO Y FALDA A CUADROS, Y OTRO DE PIQUET DEL MISMO COLOR CON ALTO CUELLO DE CASTOR, MUY ATRACTIVO Y SENTADOR EN SU SENCILLEZ.

FOTOS DE NUESTRO CORRESPONSAL EN VIENA



¡YO QUIERO VER A ROOSEVELT!

Por LINCOLN COLCORD

Esta es una historia de la guerra Hispanoyanqui, pero ante todo es la historia de un marino. La oí de labios de un amigo que había viajado mucho, mientras almorzábamos juntos en la «India House», desde donde se ven vapores para cualquier lado que se mire. Aun en la forma en que yo la oí, esta historia tiene el estilo de las narraciones antiguas que se guardan en mi memoria. Pero el ayer es el pasado, y los gigantes viven la actualidad.

—¿Os acordáis de Dashing Bill Harriman? —empezó por preguntarme mi amigo.

—Nunca vi a ese hombre, pero he oído hablar mucho a su respecto.

—Sí, hay muchas historias circulando sobre su persona. Un genio raro y consistente, al menos. Tenía una predisposición firme por la ginebra de Cu-

razao. Otras marcas de licores acostumbraba a beberlas si llegaba el caso; pero la ginebra de Curazao seguía siendo su amor de los amores. Su carrera desde la infancia era excitante, y sus episodios formaban material de leyenda.

En una ocasión fué almirante de la escuadra de un país centroamericano, consistente en dos cañoneros y un yate transformado en navío de guerra.

Pero distrayendo al presidente de esa república a bordo de ese buque insignia, una noche, con una abundante dosis de Curazao en el cuerpo, tuvo una seria reyerta con el primer magistrado de ese país.

El presidente lo había desafiado a pelearse, usando tirabuzones como elementos de combate. El resultado de este duelo produjo un cambio en el gobierno y Bill perdió su puesto en aquella administración.

Esa era su forma de vivir. Luego se fué a la China. Después a Alaska, pero siempre volvía a la vida de mar.

Llegó hasta ser piloto de buque, y uno de los mejores. Lo último notable que hizo fué atreverse con los submarinos alemanes durante la guerra última. Veinte veces cruzó la zona infestada de submarinos, y dos veces tuvo que ocupar los botes de salvamento, mientras se hundían lentamente las naves en que viajaba. A la tercera vez, y en el veinte y uno de sus cruces por la mencionada zona, ya no pudo escapar con vida.

Pero del tiempo de que os estoy hablando, todavía estaba en su juventud, era uno de los más destacados marinos.

Era delgado, simpático, de ojos negros y de color cadavérico. Vivía para gozar de sensaciones, cualesquiera que fueren. Un hombre salvaje a despecho de todo. Su vida era una sucesión de disparates llevados de la idea a la acción.

Caminaba dando grandes zancadas, aunque con aire elegante. Probablemente tenía una superabundancia de vitalidad, y debía buscar entretenimientos al parecee incomprensibles, a fin de tener baja su presión interna.

Un día apareció por mi oficina antes del tiempo en que habíamos acordado que viniera. Sabía que el vapor en que él viajaba estaba por llegar, pero ignoraba que hubiese atracado ya. Siempre venía a visitarme antes que a nadie. La experiencia me decía que debía descontar ese día del calendario. Era hora de tomar el «lunch», y salimos a la calle.

Bill pidió ginebra de Curazao. La mezcló con agua pura. Probó la bebida y pidió más. Su rostro impasible tomó las características que demandaban las circunstancias: sólo sus ojos negros llameantes daban la sensación de peligro, como luces distantes, que señalan desde lejos lo que ha de acontecer.

— Esta guerra — susurró en voz baja y hablando como en sueños — no la comprendo todavía bien, ni a este hombre llamado Roosevelt. ¿De dónde ha caído? Habladme de él.



De esta manera es que me vi obligado a hablarle de la guerra — de la guerra hispanoamericana — mientras Bill tenía su boca completamente libre, para usarla en lo que él llamaba los «propósitos naturales». La guerra acababa de estallar, y, por ello, todo el mundo andaba muy excitado. Yo recalenté los viejos antecedentes, pues Bill estaba fresco del viaje, sin ninguna noticia anterior, lo que lo estimulaba en el mayor grado.

Para él, ese Roosevelt, debía ser un «tío con todas las agravantes» como él decía con admiración.

No estoy seguro de haberle hecho resaltar las cualidades de Roosevelt en toda su magnitud, durante mi relato. El ex presidente no había alcanzado en aquellos días la cúspide de su popularidad. Los hombres de quienes yo más le hablaba, eran Mackinley, Sampson, Miles y Shafter, y el resto de menores constelaciones que dejé a cargo de los historiadores su descripción más acabada. Pero Bill no prestaba ninguna atención a estos nombres. Probablemente habría oído el nombre de Roosevelt en otras ocasiones, pero yo me inclino a creer que algún motivo oculto lo dominaba en aquella ocasión.

Para mejor o peor, la guerra Hispanonorteamericana llevaba desde un principio el nombre de Roosevelt mezclado en forma que casi la hacía la misma cosa, y para Bill, desde aquel momento, no podía haber diferencia alguna entre Roosevelt y la guerra.

Habló luego de Roosevelt durante todo el «lunch», sin poderlo apartar un segundo de su mente; quería saber la historia de su vida, su última actuación, conocer la actuación de los voluntarios y la forma en que un hombre joven podría incorporárseles, qué era necesario para ello...

— No sea tonto, Bill — yo le previne. — Ese es un regimiento de vaqueros. Usted parece feliz. ¿O es que quiere someterse a su vida semisalvaje?

— Justamente, estaba pensando en hacer eso — díjome Bill. — ¡Allí hay un «leader» para todos. Me gusta la forma en que lo hace.

Bill se sentó en la mesa y me miró con una expresión solemne, sin reparar en el estropicio que había hecho derribando platos, botellas y vasos. ¡Me gustaría ver a ese hombre!

— Bien, nada más fácil — me reí sin comprender la importancia de su declaración. — El no es invisible. Creo que hay hoy un desfile en Nueva York. Deme el diario.

Miré las noticias sobre la guerra y encontré lo que buscaba.

— Si es que está ansioso por ver a Roosevelt — volví a hablar — él pasará por la parte baja de la Quinta Avenida en estos momentos.

— ¿No? — gritó Bill incrédulo, con una voz que llamó la atención en los comedores del piso superior. ¡Venga... vamos!

Salimos. Salvamos la calle Fulton casi volando, hacia la Sexta Avenida, donde no había subterráneo en esos días. Tomamos el elevado. Bill estaba impaciente. El quería ver a Roosevelt. Su táctica era la de hacer paso entre marineros en la cubierta principal, con procedimientos jerárquicos.



Encontramos una abigarrada multitud que hacía imposible el tránsito a la terminación de la calle Catorce y a todo lo largo de la Quinta Avenida. El desfile se había iniciado. Aplausos y exclamaciones saludaban su paso, mientras se oían los acordes de las bandas militares.

— ¡Empujad! — me dijo Bill. Sus ojos ardían de ansiedad. — ¡Yo quiero ver a Roosevelt!

Aparté a Bill de la muchedumbre.

— Guarde sus municiones — le dije. — No las dispare hasta que no sea el momento.

Y nos pusimos a dar empellones para abrirnos paso entre el gentío.

Con gran prudencia pude adelantar unos pasos, dejando a Bill que hiciera lo mismo por sí solo. El no necesitaba ayuda para eso, y nada bajo el cielo podía contenerlo.

Pronto, más fuerte que las marchas marciales que se ejecutaban, comenzamos a oir un gran murmullo, que poco a poco íbase convirtiendo en una ovación clamorosa. Parecía que había estallado una conmoción.

Alzándome de puntillas, alcancé a ver el ondear de las banderas y una galerita volando por los aires. Pude luego ver totalmente un trozo de pavimento. Al instante no pude ver más. Un enorme irlandés obstruía mi vista.



Detrás de él, como una tromba, habíase colocado Bill.

— ¡Cierre el paso! ¡Eso es! — le gritó Bill indignado, mientras el irlandés lo contemplaba azorado e incomprensivo.

Sonó un pito, la multitud se estrujaba a más no poder. La columna al parecer se había nuevamente puesto en marcha y pude dar un respiro de satisfacción.



Bill, sin sombrero, sin saco y con media camisa, hecho un demonio, un remolino de destrucción, estaba peleando con tres gendarmes a la vez. Habíale arrancado el garrote a uno de éstos, que quedó tendido en el suelo. El irlandés rojizo y un cuarto vigilante habían ya quedado fuera de combate. Mientras peleaba, sus golpes iban acompañados con gritos injuriosos y exclamaciones de triunfo. Estaba gozando de una ocasión adorable.

Apareció un policía a caballo con trote lento. Una figura hecha por la naturaleza para justas de gladiadores. La multitud pareció reconocerlo. Por los gritos de jubilosa bienvenida, comprendí que se trataría de un hombre afamado por su bravura y su fuerza física, un campeón digno de su enemigo. Sangrando y vencidos, los otros tres representantes de la ley se retiraron de la contienda, y se agazaparon detrás del compañero recién llegado. Bill estaba solo en medio de la calle.

Permanecía solo, inconmovible, dibujándose una suave sonrisa feliz en su cara, nunca más simpático que en ese momento. Era un espíritu hermoso, inocente, con las intenciones más puras. Hacia él avanzó el campeón con aire gallardo. Era un bello par. Se miraron el uno al otro, fría y fijamente.



—¿Qué es lo que intenta usted hacer? —preguntó el representante del orden, haciendo tiempo.

— Deseo ver a Roosevelt, ¿y usted?

Fué una pelea histórica en los anales del departamento de policía de Nueva York. Duró veinte minutos y nadie se interpuso. En su vecindad los espectadores se agrupaban para presenciar el espectáculo. Roosevelt en esos momentos representaba un papel muy secundario ante esta otra gran exhibición. Exclamaciones de asombro y alegría llenaban los aires.

Bill no era muy experto en el arte de dar y atajarse bofetadas, pero ahora las circunstancias así lo demandaban, y Bill boxeaba como no había boxeado nunca. Estaba defendiendo el honor del mar contra el filibusterismo terrestre. En su cerebro escuchóse el llamado de la tradición; la aguda voz del deber. Oía a los enemigos del océano proclamar su muerte. Peleaba bravamente y con vigor, obligando a su adversario a una paz terrible. Y la magnitud del atleta se abatía ante los dos brazos de Bill, que eran — valga el símil — como dos botellas de Ginebra de Curazao.

A los diez minutos se golpeaban furiosamente el uno al otro. Bill cayó por un fuerte puñetazo bajo el hombro, que fué para éste un incidente sin importancia. Se levantó en el acto y le aplicó un terrible golpe en la mandíbula al policía. El gigante — debería pesar unas cincuenta libras más que Bill — cayó redondamente al suelo, moviendo su cabeza como un toro herido. Le aplicó luego con toda su fuerza uno de sus golpes cortos, cuyos efectos es-

pantosos eran motivo de interminables habladurías entre las gentes del mar.

En ese preciso momento pasaba el coronel Roosevelt, con su famoso cuerpo de tiradores. Un aplauso resonó por todos los ámbitos. Miré fijamente para obtener una impresión indestructible del héroe popular. El recuerdo de sus dientes no se me olvidará jamás. Pero si aun viviera, no tengo duda de que recordaría el incidente.

La diversión momentánea había sido fatal para Bill. Mientras yo miraba a la distancia, un oficial de las fuerzas, para salvar el prestigio de su cuerpo, saltó a tierra y acabó con mi incomprendido amigo de un garrotazo. Corrí hacia él antes de que la multitud, que comenzaba a dispersarse, pasara por encima de su cuerpo. Estaba en el suelo con serias heridas en la oreja izquierda.

— ¿Roosevelt? ¿ya pasó? — me preguntó cuando estuve cerca de él.

— Sí, grandísimo lunático — le respondí. — Le dije al oficial que Bill era mi amigo, que me hacía cargo de él, y que todo lo acontecido no era más que «consecuencias atmosféricas».

— ¡Bueno, bueno! — me contestó el oficial mascullando: él quizás pase la noche en el juzgado. De todas maneras es un gran boxeador en desgracia.

Di nuestros nombres y direcciones y nos fuimos. Era el procedimiento usual en estos casos. El caso fué sometido a la justicia a la mañana siguiente, y pasó con una sonrisa y una reprimenda de los jueces, aunque yo me pasé la noche anterior buscando influencias para que el fallo fuera ese.

Bill bajó las escalinatas de la corte rápidamente, pero agriado.

Había sabido que el coronel Roosevelt partiera para el campo de operaciones.

— ¡Se ha ido! — exclamó Bill. — He perdido la oportunidad de verlo.

— Bien, pero él lo ha visto a usted. Esto puede confortarlo — le observé.

Bill miróme con cara de pocos amigos.

— Esto no es broma, yo sé lo que digo.

— Iré a verlo donde sea.

Lo perdí de vista por un par de días. Pasado ese tiempo, apareció en mi oficina, muy nervioso. La vida — supuse — le habría proporcionado algún nuevo y valioso motivo de absurdo.

— ¡Ya lo he obtenido! — exclamó con tono de gran excitación.

— ¿Qué ha obtenido?

— Mi incorporación a la marina de guerra.

— ¿También usted se ha contagiado de la fiebre de la guerra? Más útil sería usted en sus ocupaciones habituales.

— ¡Oh, la guerra! — dijo, mientras hacía un gesto despectivo con una mano.

— Usted sabe que quiero ver a Roosevelt.

— ¡Usted es un brillante «spécimen»! — le respondí riendo. ¿Cómo espera ver a Roosevelt enrolándose en la armaba? ¿Tendrá que alistarse como marino, supongo?

— Seguramente. Ya lo he pensado.

— En primer lugar, yo no puedo incorporarme a las fuerzas de tierra; las cosas en ésta son muy sucias. Usted es herido y cae al suelo en medio de la sangre, y hay chinches e insectos por todos lados. A bordo, uno está en un barco limpio si es que cae herido. Si cae por la borda, el mar también es limpio. Nada de gusanos; quiero pescados y agua salada. Pero Roosevelt se ha ido a Cuba, donde se efectúa la lucha, y el único camino por el cual puedo acercarme a él es enrolándome en la Armada. ¡Quiero ver a ese hombre!

Lo miré con admiración. ¡Así es que se ha enrolado en la Armada! — murmuré con un tono un poco burlón. — Se vestirá de blanco y se someterá a la disciplina; saludará a los oficiales y acatará los sones de la corneta. ¡Bien! ¡Bien! Siga con su propósito y verá a Roosevelt. Lo verá usted en la primer oportunidad que desembarque en la Habana, en los alrededores del «Morro Castle». Cuando lo vea, mírelo bien.

— Así se hará — respondióme Bill con tono decidido.

Pasaron meses. No tuve noticias de Bill, a pesar de leer los diarios con gran detención. Para decir la verdad, era por él que los leía con tanto interés. Pero, cosa bastante extraña, sus progresos meteóricos hacia la realización de sus deseos, no se hacían manifiestos. Se habían ya producido los sucesos de Santiago y San Juan. La excitación había alcanzado las alturas de la fiebre, y el patriotismo se había sobrepasado a sí mismo. El momento de la victoria había llegado y había pasado. La guerra había concluído.

Una mañana vi acercarse a mi mesa de la oficina a Dashing Bill Harriman. Sus pasos eran tan rápidos como de costumbre, su cara bronceada tenía siempre su aspecto diablesco. Se sentó en una silla a mi lado y me miró con una amplia sonrisa de hombre feliz.

— He visto a Roosevelt — me dijo.

— Yo sabía que conseguiría usted verlo. Cuénteme cómo fué.

Inclinó su cabeza contra el respaldo de la silla y rió como un chicuelo.

— Me costó bastante conseguirlo, pero me dió un rato de amenidad — fué su respuesta.

La historia que oí está por completo de acuerdo con su autor principal. Después de alistarse, Bill se fué al mar por Hampton Roods, en un crucero ligero, destinado a merodear por las costas de Cuba. Lo que ocurrió a su bordo parecería prohibitivo aún para las imaginaciones más dadas a la fantasía. Con la irreverencia de un verdadero marino de buque mercante, despreocupábase totalmente de las formalidades de los navíos de guerra. No se conocen con toda exactitud los incidentes que tuvo, pero se recuerda que éstos dieron comienzo el primer día de su embarque por una palabra y luego fueron aumentando y abultando como una gran bola de nieve, y antes de que éste se diera cuenta, había zamarreado de lo lindo a un elegante oficial. Las peleas se extendieron de inmediato, y, claro está, por espacio de media hora tuvo en jaque a to-

da la tripulación del crucero. Esto, es natural, le valió castigos, pero también le valió acontecimientos imprevistos. En tiempo de guerra, usted sabe que la psicología de las gentes cambia. Las peleas espectaculares habían cautivado las simpatías de todos los que iban a bordo; aún aquéllos que habían tenido que sufrirlas, se mostraban prestos a reconocerle su gloria. No había nada de vulgar en lo que Bill hacía; era ésa una de sus cualidades mayores. Se supo luego que era un marino de grande experiencia, un oficial de la marina mercante. El capitán del crucero había sido lo mismo años atrás.

Lo conoció.

Después de un par de días de encierro me llamó al puente — dijo Bill. — Era un anciano simpático y fino. Escuchó mi historia y me explicó muchas cosas en forma que yo no las había conocido anteriormente. Pude ver luego con un solo ojo todos los asuntos que se relacionaban con su cargo. Me hizo su oficial favorito.

Bill progresó en su nuevo cargo. El interés que había despertado en él su nueva ocupación hacíale desempeñarse con entusiasmo, pero al tiempo comenzó a aburrirse. La responsabilidad de su puesto le era cada día más pesada. Contra sus deseos, la misión del barco no era estar atracado en los malecones, sino explorar constantemente la costa cubana, tarea que demandaba vigilancia permanente y producía una excitación grande.

— Yo deseaba ver a Roosevelt, usted lo sabe, y en esa forma yo no iba a ninguna parte. Llegaron hasta nosotros rumores de encuentros en tierra y en el mar, pero no teníamos noticias fidedignas, ni la mitad de las que usted leía todas las mañanas en los periódicos, mientras tomaba el desayuno. Las cosas tomaban una dirección rara, y cuando aparecía un héroe, era algún muchacho que nadie conocía.

Se acercó a mí y agregó con acento confidencial.

— Una noche estaba desesperado, pensando en la vida que llevaba, cuando me vino un súbito deseo de llegarme a tierra. Estábamos cerca de la costa, en una noche obscura, sin que se viera una luz en tierra, ni una estrella en el cielo. Hacía un calor bochornoso y no había el menor álito de brisa y el aroma que se respiraba con olor de tierra era suficiente para enloquecer a cualquiera. Este olor me hacía su víctima. Yo quería mil cosas, y no sabía en realidad lo que quería. Me puse a pensar en Roosevelt, y pude fijar mis pensamientos en ese hombre. No sé cómo, pero la forma en que estaba pensando, terminaron por hacerme tirar al mar. Estaba solo en esa parte de la cubierta y comencé a nadar hacia tierra, como una milla y media, que es la distancia que había...

Me olvidé que las aguas por allí están llenas de tiburones, pero me acordé de lo que me había dicho en una ocasión un viejo marino amigo mío. Lo mejor era no pensar en estos peces y nadar lo más rápidamente posible, pues los tiburones, según él aseveraba, no acostumbraban a atacar a los cuerpos en movimiento, aserciones que yo no tuve más remedio que poner a prueba, en aquellos momentos, aunque de no muy buen talante. Bien; ahora puedo decir que él estaba en lo cierto.

— Por lo visto no le han desintegrado la contextura — observé muy serio.

— En nada, pero trabajo me costó. Estaría mejor si no los hubiera visto, pero durante los momentos que duró la travesía, creí que mis nervios iban a estallar. Yo me sentía como un niño en medio de una jauría de perros poco amables. En una ocasión un tiburón pasó rozándome una oreja, con una velocidad de cuarenta nudos por hora. Pero no le

presté ninguna atención a todo esto, como me había aconsejado mi amigo. ¡Y él tenía razón!

MARAVILLOSO! Llegó a tierra con un par de pantalones de la armada, teniendo que andar toda la noche, cruzando la selva en la esperanza de llegar a algún sitio habitado. Tuvo que ir y venir por diversos lados a fin de no ser visto por un regimiento de caballería norteamericana que pasó muy cerca de él. Esto lo alarmó, pues no tenía deseos de ser capturado.

Cruzó un camino, internóse nuevamente por los matorrales. Cuando llegó la noche siguiente estaba furioso por hallar algún alimento. Pronto pudo salir de la zona arbolada, y encontróse en campo limpio.

— Había llegado a uno de los extremos de un gran establecimiento azucarero, vi señales de vida por varios lugares que crucé y pasé cerca de varios trabajadores, sin que éstos les llamara la atención mi presencia. En esos momentos empezó a clarearme un poco la cabeza. Comprendí que por nada en el mundo debía caer en manos de las fuerzas norteamericanas. Por ello, esperé que obscureciera un poco más. Encontré algunas cosas con que alimentarme en las cercanías del ingenio, pasando la noche en la selva.

— ¡Gran Dios! ¿Y no le dió una fiebre?

— Ya tenía una en el cuerpo, pero no lo sabía. A la mañana siguiente me puse a caminar por los alrededores del ingenio, encontré frutas y alimentos en abundancia; evidentemente los peones no hacía mucho que debieron abandonar el lugar. Vi compañías de soldados cruzando los campos.

Por todas partes surgían grupos de soldados. Esto me hizo ser extremadamente cauteloso. Yo me había obligado a mí mismo a ver a Roosevelt y tenía para mí, que de ser aprehendido sería enviado nuevamente a mi buque en calidad de desertor.

Debía pasarme dos o tres días escondiéndome.

Es así que casi me era difícil creer en lo que decía. Casi desnudo, con una fiebre del trópico, este hombre que estaba sentado a mi lado vagaba por la selva cubana, y por un verdadero milagro lograba esquivar a las tropas norteamericanas, con quienes se hallaba a cada rato. Pero siempre marchaba hacia su fin.

— Una noche, vi que debería renunciar a mis propósitos — me dijo. — El hecho fué motivado después de instalar mi lecho en una de las interminables plantaciones de Cuba. Y no porque hubiere perdido la resistencia; la fiebre no era muy elevada, además yo siempre fuí muy propicio a los «deliriums», sino que durante ese día vi y oí cosas tales, que un resto de buen sentido me obligaba a hacer un alto.

Lleguéme a una choza cercana, en cuya entrada estaba una vieja india.

Siempre había desdeñado los lugares habitados, pero en esta ocasión descuidé algo mis aficiones. En realidad había perdido el rumbo y no sabía con exactitud dónde me encontraba. La pobre india al verme metióse rápidamente en la choza, lo que era explicable. Yo debía tener un aspecto raro y salvaje. Pero tenía mis pensamientos puestos en mi casa, y no sé cómo me acordé de mi madre. Tendí mis dos brazos alrededor del cuello de la anciana india, y la besé en su rostro curtido. Ella me dió tan fuerte empujón por ello, que fuí a dar contra un catre en un rincón. Sin duda, yo debería estar mucho más débil de lo que creía. Y esto es lo último que recuerdo de aquel día.

Cuando me desperté era la mañana siguiente. La vieja india estaba caminando en la choza, ella me oyó desperezarme y vino hacia mí mascullando. No me sentía enfermo, pero la cabeza me parecía pesada y vacía a la vez. No podía recordar cómo me encontraba en la choza, ni porqué pude haber encaminado mis pasos hasta allí. Fuera se oían ruidos extraños y el estallido de armas, algo así como la celebración de un 4 de Julio. ¿Qué significaba todo eso? Se lo pregunté a la india, pero ésta por lo visto no hablaba inglés. Intenté levantarme, pero ella me sujetó con un brazo que me pareció un alambre. Después me trajo una sopa de porotos negros. Nunca olvidaré lo bien que sabía.

A FUERA el ruido crecía, parecía que éste venía del lado izquierdo en que estaba acostado. Alguien, al parecer, se entretenía disparando tiros. El ruido me irritaba. A mi alrededor flotaba una idea, como una pluma en el aire. Sólo me daba cuenta de que no debía permanecer donde estaba. Recobraba mis fuerzas por momentos.

Cuando la vieja india apartóse de mi cama, aproveché el momento para levantarme y dirigirme hacia la puerta.

Ella ya había sospechado mis intenciones y se tiró sobre mí como un tigre; ya había conseguido el día anterior revolcarme por el suelo, pero en ese momento yo era demasiado para ella. Por último no tuvo más remedio que dejarme partir. Cuando iba a dar vuelta a la choza, me trajo apurada unos pantalones, puesto que los que llevaba ya no parecían tales.

Me los puse junto con una camisa roja de algodón, que ya me había dado y me fuí sin decir palabra ni volver la vista.

Es vergonzoso decirlo, pero hay que tener en cuenta que yo no era responsable de lo que hacía; mi mente estaba absorta por otros asuntos...

¿Se da cuenta de lo que ella había hecho por mí? El cielo sabe cuánto tiempo estuve allí y que clase de lunático soy, y más aún cuando tengo más fiebre que de costumbre. Pero ella lo hizo todo por mí, sin preocuparse de saber quién era yo, ni porqué había entrado en su choza. ¡A esa gente nosotros les llamamos indios!

Cuando comencé a caminar, el sol brillaba con todo su esplendor, y la brisa me vivificaba.

Me encaminé hacia la parte en que se oían los disparos.

Pronto pasé una breve zona de árboles corpulentos y llegué a un campo, al pie de una colina. No era tanto como una colina, sino más bien una bella loma, con una especie de casa de piedra en su parte más alta. El campo estaba lleno de hombres que corrían y disparaban tiros. Encima de la colina pequeñas nubes de humo se elevaban al cielo, como pólvora. Todo esto me excitaba en forma que está demás describir. Un poderoso deseo de acción apoderóse de mi espíritu. La fuerza de diez parecía haberse incorporado a mi cuerpo.

Instantes después iniciaba mi ascensión a la colina...

—¿No tenía ninguna arma? —le interrumpí preguntándole.

—No, pero bien pronto encontré una. En mitad de la cuesta tropecé con un cuerpo uniformado de kaki, y me detuve a considerar cómo pudo haber llegado hasta allí. Recuerdo su cara, como en el momento que lo vi. Pero él no decía ni palabra, ni daba un gemido. Tomé el rifl que estaba a su lado y continué la ascensión. Era esa la batalla de San Juan de la colina, ya sabe usted...

—Por cierto, no esperaba que fuera a otro sitio...



Pero en esta ocasión estaba pegado a los soldados. Pude desviarme de ellos, pero mi cabeza no sabía mayormente lo que hacía. Lo único que entendí es que todos se dirigían a la casa, y que yo debería hacer lo mismo. Algunos hombres todavía al penetrar en la casa seguían descargando sus armas.

Mis conocimientos en armas de fuego eran limitados, y no se me había ocurrido aprovisionarme de municiones, de la cartuchera del soldado de quien tomé el rifle. Pero casi por instinto tomé el arma por el cañón y me di cuenta de que podía servir su culata como garrote. Cuando terminaron las descargas, yo me encontraba como a cinco pies más allá de la línea, distancia en la que me mantuve. Los más cómicos sonidos llegaban hasta mí, pues me parecía que eran los tiburones que se movían en el agua.

Luego todas las manos alcanzaron la cima de la colina, y yo comencé a usar mi improvisado garrote.

Uno puede imaginárselo. El marino furioso, venido de Dios sabe dónde, en pleno delirio, con los ojos enrojecidos como tizones, siendo arrestado, a pesar de su actuación bizarra en la lucha por llegar a la colina de San Juan. Los que estuvieron en ese lugar recordarán esa extraordinaria figura, llena de rabia maniaca. Pero él mismo no recordaba nada de lo acaecido. El resto son puntos suspensivos hasta que un hombre de siete pies de alto lo recogió en sus brazos.

—Aquí, extranjero —le dijo el gigante. —Sentaos un rato y descansad. Ellos no tenían necesidad de «gastar el fuego en esa forma».

Bill intentó libertarse y miró a su alrededor con sorpresa; ¿dónde estaban los otros?

—Por bastante tiempo estabais peleando con aire libre. Venid conmigo; habrá algo para tomar ánimo. Aquí traigo unas gotas de curazao.

Bill decía que estas palabras le llegaron como cuchilladas. ¡Quién podía esperar tanto! Le pareció que se levantaba una cortina y que todas las cosas se convertían rápidamente en fáciles y sencillas.

—¡Yo deseo ver a Roosevelt! —gritaba, voceando su pensamiento que tanto le costaba expresar.

Había una serie de movimientos y una confusión de voces. Bill volvió a descubrir una cantidad de hombres uniformados que lo rodeaban, unos tirados por el suelo llenos de suciedad o corriendo apresurados, presos de gran ansiedad. El espectáculo era de lo más raro y contradictorio. De en medio de todos destacóse un hombre de estatura más que mediana y de recia contextura, interrogando:

—¿Quién quiere verme?

—Este extraño es el que ha gritado eso, coronel.

—Bien; ¿quién es él? ¿De dónde viene? ¿Qué quiere?

—No sé decirle de dónde viene, coronel, pero si me permite aventurar una opinión, se trata indudablemente de un peleador. Se abrió paso hasta aquí, luchando a brazo partido y dejándonos a todos detrás.

—¡Bien, muchacho! ¡Todos para ti! Cualquiera que

sepa pelear es bienvenido aquí. — Sus dientes famosos fulguraron con una de sus sonrisas y Bill en el acto reconoció su héroe.

— ¿Usted es Roosevelt? — preguntó deliberadamente. No podía aún estar seguro de ello.

El coronel púsole uno de sus brazos sobre los hombros y le preguntó:

— ¿Qué le pasa, compañero? — con un tono de gran camaradería.

— ¿Compañero? ¿Cómo lo sabéis, capitán?

— Aquí hay un coronel — le observó con tono irritado uno de sus acompañantes.

— ¡Dejadlo solo! — gritó el coronel Roosevelt. — ¿No os dáis cuenta de que pasa algo extraño con él?... ¡Cielos, que figura de hombre!

— Nada extraño, capitán — volvió a equivocarse de graduación Bill. — Me gusta la forma en que hacéis las cosas. Nada tiene de extraño que haya querido verle. Eso es todo. Por eso vine...

— ¿De qué estáis hablando? — demandó Roosevelt, quien aun tenía el brazo alrededor de sus hombros, mientras le miraba a los ojos.

— Soy un desertor, señor — respondió Bill rápidamente, en parte influenciado por el curazao.

— ¡Ah! — gritó Roosevelt, golpeándole en las espaldas. — ¡Dadme miles de desertores como éste para la primer tarea que tenga!

Bill cayó al suelo, en un instante sus piernas se habían aflojado repentinamente, mientras sostenía la cabeza con las manos y estalló en sonoras carcajadas. Dos cosas le divertían extraordinariamente en forma extravagante: la imposibilidad de aclarar su situación y la falta de necesidad de hacerlo, y la forma en que había llegado en medio del fuego y del agua por ver a Roosevelt, con la perspectiva de encontrar una reprimenda por la menera de llegarse hasta él.

— Mire, capitán — dijo riéndose aturdidamente, — yo quizás sufra dificultades por haberme llegado hasta aquí. Pero me sentía obligado a veros. Mi nombre es Bill Harriman. ¿Me ayudaréis si las cosas no marchan bien para mí?

— ¡Puedo apostar que lo haré! — díjole Roosevelt, mientras le miraba a los ojos y le tomaba de las manos. ¡Pero este hombre está ardiendo de fiebre! Doctor, procurad que vaya con los heridos y cuidad por él lo mejor que podáis.



Y esto es todo. Bill pasó uno o dos meses en el hospital y un par de semanas buscando a la anciana india que le había ayudado en aquellos momentos tan críticos para él. Pero la choza había sido incendiada y no quedaba la menor traza de su inquilina por los alrededores. Volvió a su casa, averiguando luego que no lo consideraban como desertor, sino como extraviado. Se suponía que los tiburones habían dado cuenta de él.

Dejó que el Departamento de Marina siguiera en esa creencia, y no se ocupó más de su carrera como oficial de la armada.

No se preocupó tampoco más de Roosevelt. Me atrevo a creer que ésta es la parte más notable de su aventura. Esa era su característica genial, que diferenciaba a Bill del resto de la arcilla humana. Al año, el país estaba lleno de personas que habían conocido a Roosevelt, y había centenares que por eso sólo se creían acreedores a la celebridad. Entre los millares que lo habían conocido no podría probablemente contarse más de una docena que no se hubieran beneficiado con su relación, y que después de haberlo visto una vez no movieran el cielo y la tierra para hablar con él nuevamente y utilizar la entrevista con un fin personal. Esa es la norma de las gentes de la política.

Y usted sabe: Bill había obtenido su entrevista en forma única. Mucho podría esperarse de tan feliz iniciación. Roosevelt gustaba de los hombres que vivían para las sensaciones fuertes.

Pero Bill no era ni un político ni un muchacho capaz de aprovecharse de una amistad. Había satisfecho una repentina y abrumadora curiosidad. Había querido ver a Roosevelt y lo había visto. Se le habían opuesto obstáculos de todo orden, pero venció al fin. Las incidencias que tuvo que sufrir habían sido la parte de lo acontecido que le parecía más natural. ¿En qué objetivo mejor pudo pasarse unos meses?

Casi en seguida que vino a Nueva York dedicóse nuevamente al mar. Embarcó en un buque que iba para la China.

F I N

ILUSTRACIONES DE MACAYA.



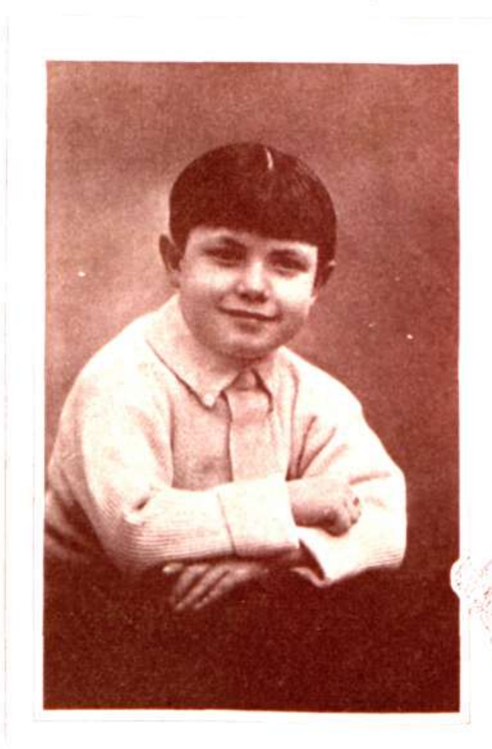






Página Infantil









ARTE ARGENTINO

"RAPSODIA"

ÓLEO DE DANTE CANASI

DEL SALÓN WITCOMB

PRESENTACION DE LA COMPAÑIA DRAMATICA ARGENTINA *Camila Quiroga*



LA EXIMIA ARTISTA CAMILA QUIROGA, CUYO ARTE EXQUISITO LA COLOCA A LA CABEZA DE LAS ACTRICES NACIONALES.



CON «Aurora Boreal», comedia en tres actos del señor José González Castillo, inauguró su temporada en el teatro Odeón la compañía nacional de doña Camila Quiroga. Fué un éxito de autor e intérpretes. Una sala muy bien concurrida supo premiar con largos aplausos la brillante labor de la compañía y las excelencias de la obra, cuyos tres actos transcurrieron entre vivas manifestaciones de agrado.



ENRIQUE ARELLANO, PRIMER ACTOR.



ELISEO GUTIÉRREZ, PRIMER ACTOR.



UN SUTIL TALENTO DE INTERPRETACION Y UNA FIGURA JUVENIL, JUSTIFICAN LOS TRIUNFOS DE NUESTRA PRIMERA ACTRIZ.



CARLOS BOUHIER, PRIMER GALAN JOVEN.



ANA ARNEODO, PRIMERA DAMA JOVEN.



JOSÉ OLARRA, PRIMER ACTOR CÓMICO.



JULIO SCARZELLA, PRIMER ACTOR DE CARÁCTER.



CONSUELO ABADD, PRIMERA ACTRIZ DE CARÁCTER.



ANGEL WALK, GALAN JOVEN.



ANTONIO ZAMORA, CARACTERÍSTICO.



OLGA CASARES PEARSON, DAMA JOVEN.



DELIA MARTINEZ, PRIMERA ACTRIZ DE CARÁCTER.



MARGOT SEGRET, DAMITA.



MARIA GOICOECHEA, GENÉRICA.



ADOLFO NUÑEZ, GENÉRICO.



RICARDO PALOMBA,



LUIS [illegible]





La fiebre nacional se encarna con entusiasmo en estas evocativas escenas de criollismo, causando el delirio de actores y público.

¡Una sorpresa de Caperucita Roja!

¿Y el albo esplendor de la montaña?

¡No sean "giles" con su charla!

Un secreto del pobre Gulliver...

¡Mamá no quiere intrigas!



El primer violinista del Teatro Infantil, Oscar Goldestein, que ya es prodigio.

TEATRO INFANTIL MVNICIPAL

Piruetas, carcajadas, chisporroteo de ocurrencias. Comienza de este modo a percibirse un leve aleteo de libélulas que cruzan el firmamento de la ilusión, acuden al castillo de la dicha, y mueren luego musicalmente con la misma dulzura, con idéntico estremecimiento con que finaliza una melodía de violín. Así, rosada, bella, fresca y sugerente, se presenta la visión del teatro de niños que cada domingo va de un lado a otro, enseñando a reír abiertamente, con franqueza, con deseo, a las muchedumbres porteñas. Ese jovial elenco que tiene actrices y actores, coros y orquesta, «figuras» y «partiquinos» con la misma prosopopeya con que luchan los artistas de verdad, realiza una ponderable tarea reformativa. Solamente que aquí germina una época de juveniles arrestos: la naciente rama del arbolillo sigue ya, desde pequeña, sin dobleces, el recto ascenso hacia la escala del éxito. Se cultiva el sentimiento y se abren con amplitud los sentidos a las multiformes emociones del arte por la vida: es decir, el tierno actor que ve y oye cerca de sí el rumor de los dolores,

Dos "ricuras" de la pequeña falange artística, en una escena que luego deriva en clásica danza normanda y arranca ovaciones.

Comencemos por hacernos la rabona...

Primera tiple que gorjea dulcemente.

Cuando crezcan mis bigotes... así.

Primera actriz en trágico suceso.

Romántica faz de una bailarina.

PEQUEÑOS CULTORES DE LA ESCENA

humanos, aprende a reflejarlos en su escenario bajo la impresión de una escuela que le ha dicho: *estudia la realidad, y en ella encontrarás abundantes tesoros de inspiración.*

Lo mismo, aquel que siente un profundo anhelo de ironía, o sabe hallar en las cosas el flanco ridículo, satura su temperamento en la modalidad que surge de cada escena, de cada sujeto; y al poner el pie sobre el escenario hace reir sugiriendo la misma risa espontánea que él ha tomado de la verdad. La obra de semejante institución, que hubiera parecido un simple acontecimiento para el mundo de las infantiles quimeras, ha servido también para que, tras del niño converso a la nueva incitación ofrecida a sus ojos y a su alma, hayan ido los hombres y las mujeres a mezclar la rudeza de sus convicciones entre la sutil hojarasca donde retoza y se estremece el alma de los niños. Miles de seres que debían transcurrir los domingos en la triste reclusión del conventillo, o en inútiles andanzas por calles y esquinas, han encontrado en el Teatro Infantil un motivo de grande y sano esparcimiento con que



Los "negritos" que deleitan al auditorio con su porte y ocurrencias.

La triste panderetera que vió abatirse el airón de sus ensueños.

El primer gran actor cómico, caracterizando al patotero elegante.

Una bella y fiel caracterización de la época de Luis XIV.



Los lindos y graciosos elementos que integran los cuerpos de coro y baile

poner alas a su fantasía, y retrotraer las alegrías idas que es retornar a las irisaciones de la infancia y amar la existencia.

Actúan setenta niñas en los papeles y coros, y cincuenta y cinco niños, de los cuales, en total, ciento diez y siete son argentinos. El año anterior se dieron sesenta y cuatro funciones con cuarenta y siete piezas en cartel y unos veintidós estrenos. Esta labor se ha desarrollado en treinta plazas o parques, ocho salones, seis establecimientos hospitalarios y veinte escolares. En suma, por este diagrama, que concentra más elocuencia que los adjetivos, fácil es reconocer cómo se practica una obra de bien, de patriotismo y de culta reforma que tiene latente y sin

SANTIAGO FUS

Los pequeños actores, desbordando entusiasmo, ensayan un juguete cómico.

Escena de "Juanito", comedia en la que luce sus condiciones el "elenco".

El clásico quinteto que completa los espectáculos de la infantil compañía.

decaimientos el espíritu de un público regocijado por los pequeños actores.

Hay en la intimidad de estos gérmenes artísticos una tendencia casi exaltada por evers. Implica ello abrir el espíritu enormemente para que la luz de las ideas penetre de lleno. Dijésemos, un inmenso afán de saber, un delirio de clarividencia. ¿Y quién puede prever el porvenir? Acaso — y aun sin acaso — ¿es improbable que de ahí surga el guión de una transcendental metamorfosis escénica?

Por de pronto, la caravana de actorcitos siente un amor lírico por su rol. El tiempo y el estímulo, dos incubadores de celebridades, podrán hablar mejor.

TER CASTRO



¡Graves, bien puestos? — Así nos colocamos para evocar las exóticas costumbres ... chinos. ¡Y eso divierte tanto al mundo infantil!

ITALIA



El Hon. Mussolini en el acto de firmar el tratado de Roma y pacto de amistad entre Italia y Yugoeslavia, ceremonia que tuvo lugar en el Ministerio de Relaciones Exteriores.



Marinos norteamericanos visitando las históricas ruinas del Coliseo.



Los estudiantes de Génova, a su regreso de la Argentina, rindiendo homenaje al Soldado Desconocido en nombre de sus compañeros de Buenos Aires.



El famoso violinista Kubelik, que octuvo un resonante éxito en el Augusteo.

FRANCIA



Mr. León Berard sacando del pedestal de la estatua de Voltaire la urna que contiene el co-



Estatua del ilustre filósofo, situada en la Biblioteca Nacional, en cuyo



Mr. Roland Marcel mostrando a un grupo de descollantes personalidades el estuche que guarda

ESPAÑA



El general Aguilera, que presidió el Consejo Supremo de Guerra y Marina.



El general Cavalcanti y Alburquerque, uno de los altos jefes procesados.



El general García Moreno, fiscal del proceso por el combate de Tizza.



El general Tuero, procesado.

TODA la opinión pública española siguió con vivo interés el ruidoso proceso militar. La sentencia dictada por el Alto Tribunal fué favorable al General Cavalcanti. A los restantes procesados se les apreciaron atenuantes, quedando suspensos de empleo y sueldo e inhabilitados para el ascenso durante el tiempo de sus condenas.



El coronel Lacanal, procesado.

El coronel Sirvent, procesado.



El general Saro, defensor.



El coronel Ruiz Fornell, defensor.



El coronel Martínez Piñeyro, defensor.



El coronel León Fernández, defensor.





Enrique Borrás, el notable actor español, en el homenaje popular que le tributaron sus admiradores del distrito de La Latina, de Madrid. [illegible] República Argentina.


Señor Francisco Haedo Suárez.


Señor R. Arraga Vidal.


Ingeniero Rodolfo de Arteaga.


Señor Martín Lasala.

NUEVE representantes de la guardia vieja del Club Uruguay, cuyas tradicionales efigies trasuntan la poética y vaga melancolía de épocas pasadas. Son debidas al humorista, aun cuando no profesional lápiz, de otro de los viejos veteranos, destacada personalidad de la vecina orilla, que bajo el seudónimo de «Pasquino» pretende disfrazar su inquietud artística.



Doctor Luis Piera.


Señor José A. Nierlich.


Señor Justino G. Buda.


Doctor Julio Muro.


Señor Martín Lasala.


Señoritas de Lareo Soola y Gama Riveiro, dirigiéndose a tomar el baño.


Señoritas Beatriz y Tixa Estévez y Adela Symons, paseando por la playa.

El Aceite COMPLETO
de Jugo de Oliva



NO IMPORTA LA MARCA

Cualquiera que sea la marca del aceite de oliva que usted come, es desodorizado (incompleto) si le causa los siguientes trastornos: Poco a poco se va produciendo en el estómago un estado de intolerancia que se traduce en una sensación aceitosa que persiste y deja en la boca un manifiesto sabor incoherente. Este trastorno digestivo que origina la pérdida del apetito se debe a la ingestión de un aceite de oliva **INCOMPLETO** inasimilable por falta de los elementos que se le han sustraído con la desodorización.



SOMBREROS

POR

LUZ Y SOMBRA

Después de tanto discutir y profetizar sobre la segura muerte del sombrerito «cloche,» tenemos que reconocer que, afortunadamente, triunfa aquél una vez más en las colecciones de otoño, y que cuando se trate de pintar, en el libro de las modas, la elegancia del siglo XX, se pintará una silueta esbelta, con «robe-chemise» y «cloche».

Se había creído probable una reacción en contra del sombrerito metido hasta la mitad de la cara, y habíase notado recientemente una predilección casi general para las alas de los fieltros blancos levantadas adelante; pero no fué más que un tantear. El ala volvió a arrojar su sombra sobre los ojos de las elegantes, no quedando sino algunas excepciones; y otras fueron las modificaciones.

La forma clásica es una pequeña «cloche» irregular, ya sea que el ala de delante se alargue ligeramente y casi no exista de atrás (tipo gorra de jockey, bonito y sentador), ya sea que uno de los lados se extienda bajo el peso de una suple fantasía «a fleco».

La copa es invariablemente alta y poco regular.

El gorro y la toca, ambos de terciopelo, siguen inmediatamente la «cloche».

La segunda es práctica y discreta en su elegancia, como esa última: tiene la ventaja de permitir mayores variedades y ser muchas veces más sentadora. Puede hacerse drapeada hacia atrás y completada por un moño grande del mismo terciopelo, o es simplemente redonda, parecida al gorro vasco, y rejuvenecida por un gran fleco de cinta u otro adorno colocado a un lado y cayendo hasta más abajo del hombro. El gorro — que no conserva más que el nombre — es una faja trabajada en «nido de abejas» en oro o plateado, que ciñe la frente, y sostiene un inmenso drapeado de terciopelo — de color fuerte — colocado artísticamente haciendo casi punta sobre un hombro. De ese mismo lado, de abajo, sale un moño colgando de terciopelo negro.

Otro sombrero en gran boga es el Imperio, un poco transformado, y más precisamente un sombrero de ala levantada en parte, o redondo, colocado recto en la frente y que deja bien libre la línea del cuello, adornado por un gran moño de cintas o plumas colgando. Además hay, como siempre, una variedad infinita de cubre-cabezas. Hay el fieltro de bordes trabajados, turbantes y hasta unas formas que recuerdan el sombrero masculino Directorio.

Los colores preferidos por la mayoria son el negro y el marrón; pero los colores fuertes arrojan su nota alegre sobre los vestidos y tapados negros. El paño negro y mordoré ha tenido ya mucho éxito en estos meses de otoño en Europa; el paño y el terciopelo rojos han sido destinados para vestidos de lujo. Hay, además, sombreros de satin, muchos de crepé, pocos de moiré y de piel. La cinta, los adornos de piel, las plumas, sobre todo las de avestruz, la puntilla y el tul son los adornos más vistos. Hay bonitos bordados en metal, cintas doradas, hebillas y broches ovalados y medallones, en substitución de la abusada flecha de diamantes.

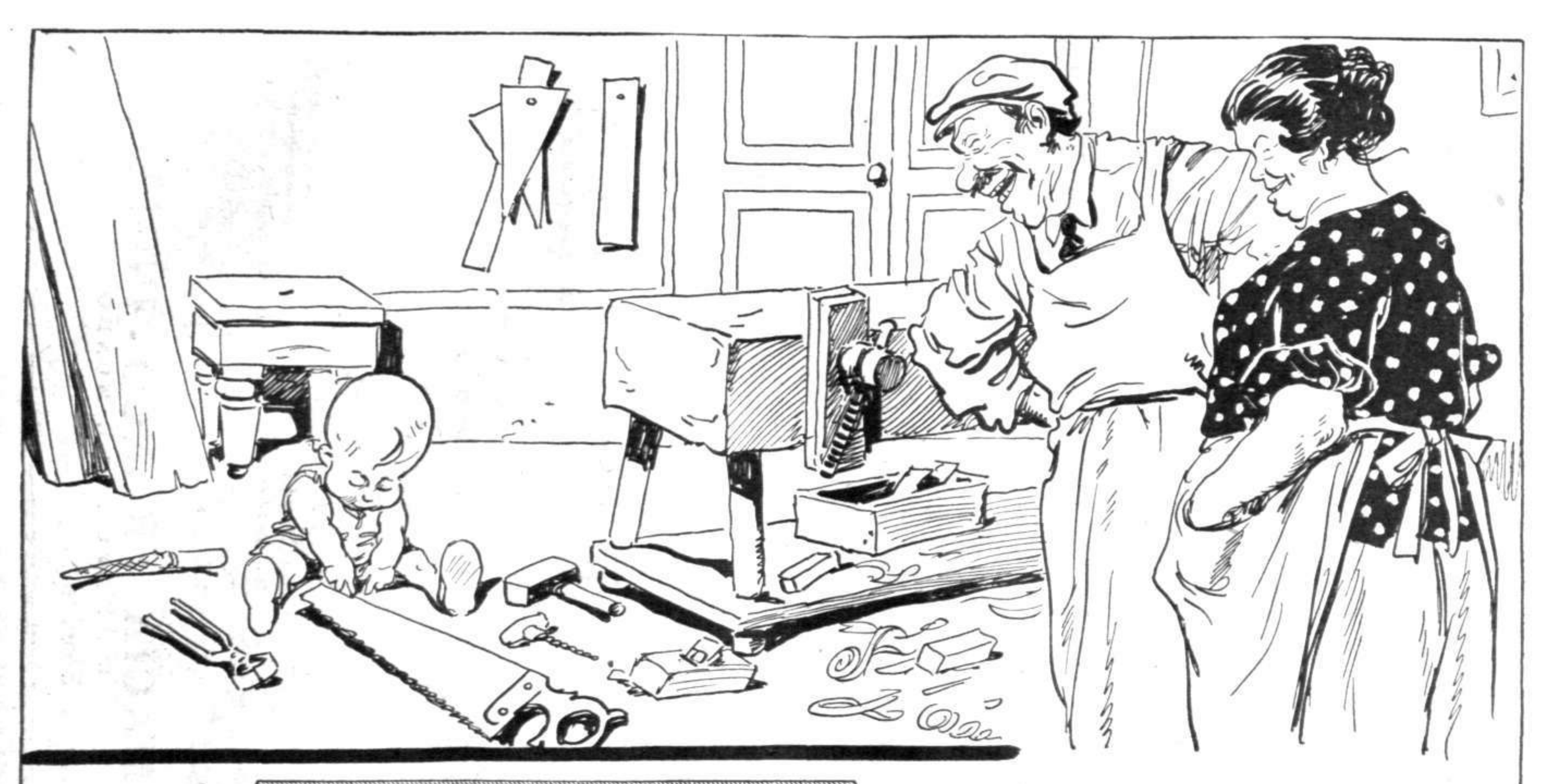
Las hebillas chinescas rojo-laca con inscripciones en oro, son elegantes adornos para las «cloches» de piel negra.

En general se prefiere ahora el oro al plateado, y es natural, pues negro y plata es un enlace bien fúnebre, mientras que oro y negro es suntuoso. Nada más que el oro para realzar el marrón, el rojo, el mordoré. Hay bonitos bordados en acero sobre galón, para cubrir la copa de una «cloche» muy obscura; hay caídas de plumas glicerinadas para los sombreritos de terciopelo festoneados. También se ve uno que otro adorno de estilo antiguo; pero en general, se prefiere la caída o la cresta de plumas de gallo, «aigrettes» negros, pompones, avestruz, adornos juveniles y muchas veces vivaces.

Para nuestros pequeños, el sombrerito «mandarino» en piel o paño verde fuerte es una bonita novedad. Las «cloches» son siempre las preferidas; ya sean en terciopelo negro con adornos de armiño para las... visitas; o en duvetina «bleu-roi» cruzada de una a otra oreja por un arco de «skungs» terminado en fleco.

Las grandes formas de terciopelo adornadas de «agnella» y completadas por una «echarpe», serán asaz sentadoras sobre las cabecitas que ya cuentan con diez primaveras. Y para la hora del paseo, un sombrero de peluche acompañará deliciosamente el tapado estilo «trois pieces» de terciopelo de lana verde a cuadros grises bordado de peluche.





NOTA COMICA DEL

GLAUDA VERMOUTH ARGENTINO

—A ese chico hay que dedicarlo a la música.

—¿Y por qué a la música y no a otra cosa?

—No ves mujer que siempre está tocando el serrucho?

De El Paraíso, F. C. C. A.



Grupo de vecinos que integra la Comisión directiva del club "El Ombú", a cuyo cargo estuvo la organización de las romerías españolas realizadas recientemente en esta localidad.

Núcleo de señoritas que prestó su valioso concurso en las romerías españolas antes citadas, obteniendo un brillante éxito en la venta de rifas y cédulas.

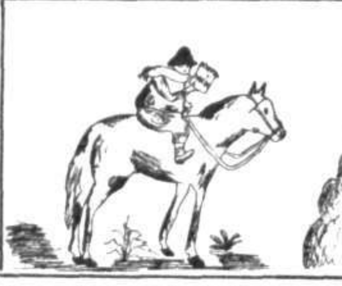




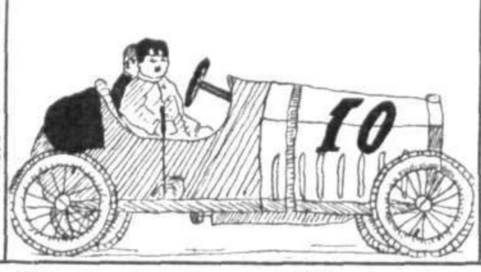
CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



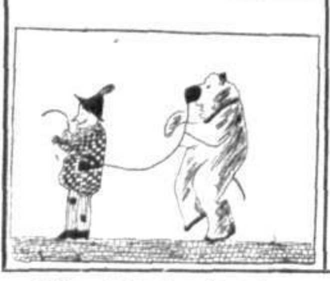
1656 — Dos horas de camino para conseguir CARAS Y CARETAS.
ASUNCIÓN GARCÍA BRIALE.



1657 — Vencedor de la carrera La Pláta - Buenos Aires.
ENRIQUE CASAJÚS.



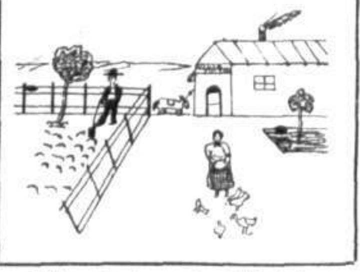
1658 — Mi tio de guardia.
JOSE R. MOHANDO.



1659 — Mis primos jugando.
NELIDA RISSO.



1660 — Sarrasqueta bañándose.
HORACIO M. NORIEGA.



1661 — La chacra de mi tía Zulema.
HÉCTOR D. PALAFOX.

De los dibujos publicados durante el mes de Febrero han sido premiados los siguientes números: 1613, 1615, 1616, 1619, 1621, 1624, 1625, 1627, 1628, 1630, 1632, 1633, 1634 y 1636.



PROTECCIÓN

Así como, para un navío que navega en la proximidad de la costa, un faro constituye una efectiva protección, así también, para su hogar, es una protección valiosa la que un COLT le brinda contra los invisibles peligros de la noche. Los Revólveres y las Pistolas COLT siempre han sobresalido por la confianza que en ellos se puede depositar y también por su precisión, seguridad e infalible funcionamiento. Por estos motivos es que las COLT son las armas oficiales de las fuerzas de tierra y de mar de los Estados Unidos de Norteamérica. Ninguna otra arma puede, como un Revólver o una Pistola Automática COLT, realizar una eficaz protección de su hogar y de sus bienes. ¿Por qué, entonces, no insistir en obtener la mejor?

ILUSTRACION DEL "SEGURO" DE UN COLT, UNA DE LAS CARACTERISTICAS QUE PROTEGEN AUTOMATICAMENTE A LOS POSEEDORES DE ESTAS ARMAS CONTRA TODO ACCIDENTE. INSISTA EN OBTENER UN COLT.

Vea a su proveedor y dele una oportunidad para que le explique detalladamente todas las características y los factores de seguridad propios de las armas COLT.



COLT'S PATENT FIRE ARMS MFG. CO.
Hartford, Connecticut, E. U. de N. A.

EL ARMA DE LA LEY Y DEL ORDEN



RECUERDOS E INTIMIDADES DE LA VIDA ESCOLAR

BONTEMPO

OBRE Bontempo!... Ha de ser ya un hombre. ¿Recordará aquello que le ocurrió siendo un niño de ocho años?

Me iniciaba en la enseñanza cuando fuí nombrado maestro en una pequeña y ruinosa escuela del centro de la provincia de Buenos Aires. En aquel pueblo en el que dejé algunas obras, no mal inspiradas, a cambio de ingratitudes y de malevolencias, tenían las autoridades municipales la costumbre de distribuir caramelos a los niños de las escuelas públicas con motivo de las fiestas patrias.

Terminado el acto que se verificaba invariablemente en la Plaza principal del pueblo, desfilaban las columnas infantiles, pasando por la puerta grande de la Municipalidad, donde eran obsequiados con un paquetito de confituras.

El día del aniversario patrio constituía una fiesta ansiosamente aguardada por aquellas criaturas pobres, porque no faltaban comisiones vecinales que les dieran un trajecito, botines y medias, concluyendo por endulzarles la boca...

Mi escuela, es decir, la escuela donde yo ejercía el magisterio, estaba ubicada próxima a un hospital y en uno de los barrios más pobres. En él vivía la familia de los Bontempo, célebre por lo numerosa y más aún por los andrajos con que cubrían malamente sus carnes.

Un 25 de Mayo por la mañana, organizábamos las filas en el pequeño patio, cumpliendo disposiciones superiores. Cosa rara. Mientras era extraño pasar revista de aseo a los pobres muchachos en los demás días del año, esa mañana teníamos la consigna de observar detenidamente la ropa, las manos y la cara de nuestros alumnos. En momentos que las filas se movían en dirección a la puerta para dirigirse a la plaza principal, un muchachito se incorporó a ellas. De su pantalón lleno de remiendos salía furtivamente un jirón de su camiseta y las lenguas mugrientas de sus medias aparecían en la punta de sus alpargatas.

— ¡Señorita! ¡Señorita!... ¡Ha venido Bontempo! Mírelo allá adelante...

En efecto. El pobre Bontempo estaba allí, casi en primer término, con los ojos enormemente abiertos y haciendo milagros para esquivar la severa mirada de la directora.

— ¡Cómo es eso!... ¿Falta usted todo el año a las clases y tiene la audacia de presentarse hoy con esa facha?...

Yo intervine. El infeliz chico habría soñado con los caramelos de esa mañana. Al fin nadie se fijaría en él. Un muchacho se pierde fácilmente entre cien.

— ¡No señor! ¿Esa gente cree que va a jugar con la escuela? ¡Qué se vaya a su casa!

Y Bontempo se fué, soportando impasible la mirada burlona de sus compañeros. Al llegar al umbral de la puerta se detuvo para dirigirnos una mirada iracunda de niño grande, como si hubiera querido acusarnos de tanta maldad.

Viéndole salir lloré interiormente y me dió por pensar que desde aquel día la sociedad podía tener un enemigo más...

◘ ◘

CONCLUÍDO el reparto, los señores municipales tenían el mal gusto de arrojar los paquetes que quedaban en el fondo de los canastos, a los numerosos vagabundos que formaban grupos en la ancha acera, celebrando con estúpidas risotadas las escenas que provocaban, para deleite de los desocupados y curiosos.

Entre el montón de desgraciados que se estrujaban por un sobre de confites, estaba Bontempo... Las manos ensangrentadas por los pisotones de los mayores y la ropita más desgarrada que nunca.

JOSÉ D. FORGIONE

Amanecer en la granja

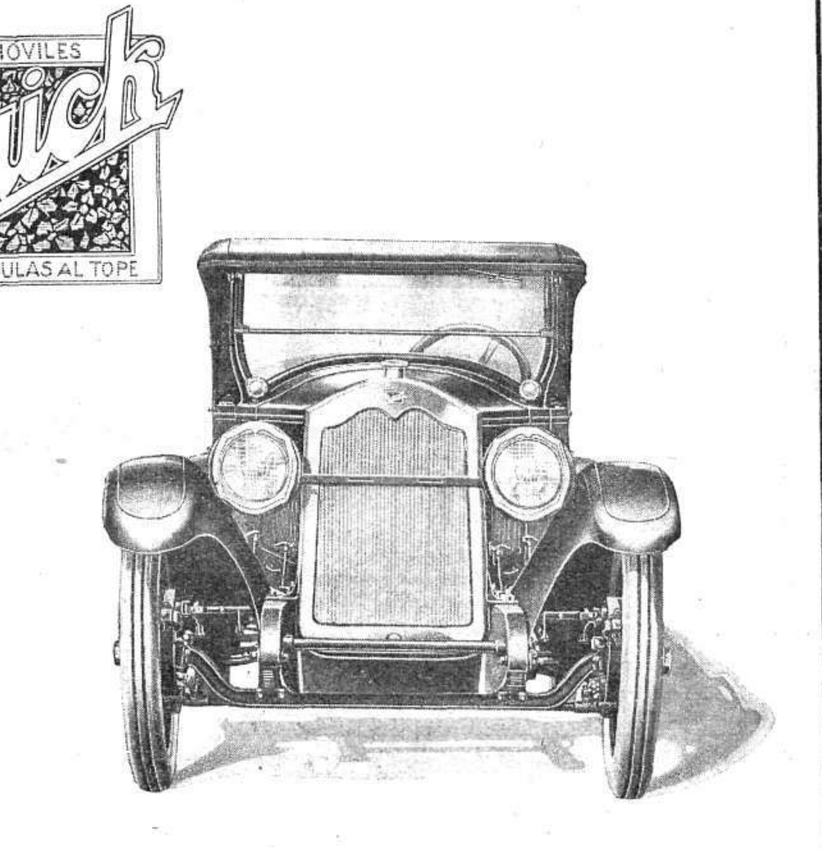
Claridad matutina.
En el corral, las vacas
con las ubres henchidas
aguardan...

La graciosa granjera
de pequeñita planta,
resbala por los charcos que, del pozo
al caer, forma el agua;
y el balde del ordeñe
juega en sus manos blancas.

Y yo — mientras aguardo
que me brinde una taza
de espumosa bebida — pienso, sueño,
en las horas pasadas...

(Con la misma presteza
iban sus manos blancas
por las teclas del piano—¡oh, viejos tiempos!—
que en las ubres rosadas...)

Eduardo María de Ocampo



Sólo el propietario de un automóvil con

FRENOS EN LAS 4 RUEDAS

sabe lo que significa

ABSOLUTA SEGURIDAD

Los automóviles BUICK de 1924 llevan frenos en las cuatro ruedas que funcionan suave y eficazmente en todo tiempo.

HENRY W. PEABODY & Cía.

BMÉ. MITRE, 1746 — BUENOS AIRES

NUEVA YORK
LONDRES

TALLERES:
BOLIVAR, 1650

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.

Se otorgarán **CIEN PREMIOS**, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el Concurso Infantil de CARAS Y CARETAS. — N.° 104

Nombre y apellido...

Domicilio...

Población...

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

Los cien premios ofrecidos para los niños que revelaran más condiciones artísticas y de buen gusto para colorear el dibujo del Concurso N.° 103, han correspondido a los firmantes con los nombres que a continuación se expresan:

Argañaraz, M. Adolfo.
Alfionsi, Esther.
Aguilera, Valeriana.
Aso, Aida.
Andrada, H. Roque.
Acevedo, Luis Félix.
Angrisani, Héctor.
Aguirre, Damián.
Anseloni, Palmira.
Arnold, Antonio.
Antenucci, Roberto.
Bertini, Jerónima.
Bonifacio, E. Elena.
Bernini, Cesarino.
Bessega, L. Lucía.
Bojan, Florinda.
Borassi, Virginia.
Benavidez, Guillermina.
Buzzi, Alba J.
Britos Suffern, Elenita.
Barderi, M. Enriqueta.
Berges Jofre, A.
Brenlla, Estrella.
Cuba, Antonio.
Campos, M. Carlos.
Costa, Sarita Inés.
Correa, E. Gustavo.
Castellini, Blanca.
Cirigliano, Inés.
Chiappe, Nelly.
Crecente, Manuel.
Colombot, Juan L.
Dufrane, M. M. Dalia.
D'Espósito, Norberto.
Di Nucci, Julio.
Díaz, A. Argentina.
De la Torre, Vicente
Dávalos, M. Teresa.
Dabrione, Miguel.
Décima, José Alberto.
Della Valle, Carlos.
Esqué, Fernando.
Fulle, Oscar.
Filosi, Luis.
Faterini, Alfredo M.
Farizano, Celeste A.
Fontanetto, A. Lucía.
Gubitosi, María Luisa.
Galián, Francisco.
Ghilarducci, Cecilia.
Gómez, Federico.
González, Dora.
Hondaneyte, Enrique.
Herrera, Mercedina.
Hernández, Angélica.
Imperiale, Armando.
Ibarguren, Tito.
Jiménez, Miguel.
López, G. José.
Luzzi, Demetrio.
Lorenzo, Carmen.
López, Fernando.
Llosas, Pedro.
Méndez, Florial.
Marenco S., Justina.
Mazzoni, Adolfo S.
Mariasis, León.
Mihalovich, Rosa.
Mari, María Elena.
Moreno, B. Juan.
Morilla, Aurora
Miniaci, Domingo.
Nicastro, Mario.
Ocampo, Dora Alicia.
Oro, Carmen.
Pinto, Luis.
Petrino, Fernando Luis.
Portaluri, Antonio.
Plantón, E. Eduardo.
Picorella, Juan.
Pietroni, Alfredo.
Pedreira, Pedro.
Palomeque, C. Alberto.
Pastore, José.
Ramírez Picó, José.
Russo, F. Lorenzo.
Riccio, H. Francisco.
Robledo, Aureo.
Rossetti, José A.
Racca, Lucas.
Simoni, Angel Romeo.
Suárez, Luis Elías.
Santagata, Luisa.
Sik, Atilio.
Sánchez, Zulema.
Toldra, Celia.
Torrella, S. Pelayo.
Villarreal, Julio Enrique.
Vázquez, Guillermo.
Zuccarelli, A. Lucía.

Los niños premiados residentes en la Capital deberán presentarse a retirar sus premios a esta Administración los días 2 y 3 del próximo mes de 9 a 12 y de 15 a 18. — A los que residan fuera de la Capital, rogamos soliciten sus premios por carta.

CUERPO MEDICO DEL CIRCULO DE LA PRENSA

Aráoz Alfaro, Gregorio; Santa Fe, 2405.
Althabe, Alberto; Brasil, 1351.
Brandam, Javier; Maipú, 523.
Basavilbaso, Jorge; Tucumán, 531.
Ballesteros, Ildefonso; Libertad, 225.
Benavidez, Manuel D.; Cangallo, 1012.
Bastos Rodríguez, Mario; Charcas, 1619.
Cabred, Domingo; Pueyrredón, 936.
Calandrelli, Matías; Rivadavia, 1170.
Crispo, Félix C.; Viamonte, 953.
Caride Masini, P.; Montes de Oca, 1051.
Colecchia, Alejandro; Victoria, 1189.
Dito, Flaminio; Catamarca, 895.
Escobar Bavio, Eloy A.; Las Heras, 1877.
Flores, Adolfo; Cerrito, 551.
Feinmann, Enrique; Rivadavia, 1425.
Gandolfo, Antonio C.; Maipú, 948.
Gordillo, Lucio; Viamonte, 1037.
Gourdy, Celestino Augusto; Chacabuco, 359.
Gaing, Ernesto; Charcas, 1693.
González, Benjamín S.; Tucumán, 573.
Galíndez, Lorenzo; Cangallo, 834.
Gareiso, Aquiles; Paraguay, 1583.
Isleño, Félix; Billinghurst, 1633.
Luchinetti, Felipe; San Martín, 398.
López Gomara, E.; Santiago del Estero, 486.
Labaqui, Pedro; Charcas, 1656.
Manson, Enrique; Montevideo, 927.
Moldes, José M.; Paseo de Julio, 693.
Marenco, Julio E., Paraná, 869.
Mackintosch, Martín; Rivadavia, 3516.
Oyarbide, Santiago F.; Paraná, 255.
Piccinini, A. C.; Bolívar, 1244.
Quiroga, Marcial V.; Lavalle, 1762.
Roldán Vergés, Carlos F.; Serrano 2318.
Spinetto Alfredo L.; Rivadavia 1957.
Schnaibel Arturo; Callao 481 (2.° piso).
Simeone Pedro; Humberto I 1433.
Sicilia Mariano; Bolívar 1059.
Sánchez Aizcorbe César; Av. de Mayo 1157.
Soto Mario; Sarmiento 2347.
Silva Dherbil Federico; San Martín 414.
Villa Angel J.; Maipú 523.
Viton Alfredo; Tucumán 730.
Villarroel Luis C.; Belgrano 1130.
Wimmer Leopoldo K.; Rivadavia 5396.

OCULISTAS

Soriano Francisco J.; Sgo. del Estero 730.
Tiscornia Atilio; Maipú 535.

DENTISTAS

Castiglioni Emilio; Libertad 192.
Dueñas José; Rodríguez Peña 178.
Luján Angel J.; Ayacucho 404.
Mattia Alejandro; Rivadavia 2786.
Oliveira Ricardo; Paraná 151.
Percich Nicolás; Bernardo de Irigoyen 86.
Palma Scala José; Rivadavia, 2732.

El Coche Cerrado más Liviano

El Sedán Ford de cuatro puertas pesa poco más que el Doble Faeton, y está provisto de todos los detalles que hacen agradable y cómodo un automóvil.

Para comprobar debidamente sus cualidades véalo en el salón del Agente Ford más cercano y

PIDA UNA DEMOSTRACION



AUTOS · CAMIONES · TRACTORES

IEN que Manuelito fuese de una familia acomodada, rara vez tenía un juguete. Sus padres, no sabemos porqué razón, le compraban costosos botones de camisa, una cadenita de oro y un reloj, bastoncitos con puños de marfil labrado, ropas lujosas, pero, juguetes no. De esa manera el niño se divertía con las sillas, la escoba, un cajoncito, en fin, como podía.

Hace pocos días su papá lo llevó a pasear por el centro de la ciudad, donde existen innumerables casas comerciales que, en suntuosos escaparates, lucen toda clase de objetos que atraen la atención del transeunte. Nada atraía a Manuelito. Su papá lo instaba para que pidiese lo que fuera de su gusto para comprárselo. Pero, Manuelito permanecía impasible. Llegaron por fin frente a una juguetería, la que ostentaba juguetes diversos. El niño gustó de un coche tirado por dos caballos. Su padre se lo compró y Manuelito experimentó con ello una gran alegría. Le parecía poseer un tesoro.

Anduvieron varias cuadras más y se encontraron frente a otra juguetería con enormes vidrieras.

LECTURAS INFANTILES

CORAZON GENEROSO

POR

ADELIA DI CARLO

Allí les fué dado contemplar un espectáculo que los conmovió. Varias madres vestidas humildemente, llevando casi todas a un niño o a una niña de la mano, se arrebataban, por así decirlo, cajas de juguetes. Los niños batían palmas, exclamando unos: — ¡Para mí, mamá, ese caballito! Y otros: — ¡No importa que le falte el brazo a esa muñeca, comprámela, mamá!

Una señorita que pasaba por allí también se detuvo para saber lo que ocurría. Y, al ver a aquellas muñecas sin brazos, sin piernas,



caballos sin patas y coches sin ruedas, que los hijos del pobre pedían se las comprasen para satisfacer su ansia de juguetes, tuvo que llevarse el pañuelo a los ojos humedecidos por el llanto que aquella escena le provocaba.

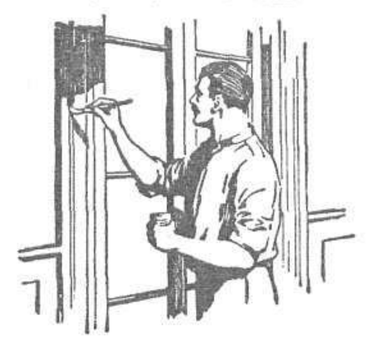
Manuelito y su padre, como también la señorita, se alejaron de aquel sitio. El niño se sentía triste. El entendía poco de que hay seres a los que todo les sobra y otros a los que todo o casi todo les falta.

Al día siguiente fué a jugar con él un niño que tampoco tenía juguetes. Manuelito observó poco después que su amiguito ardía en deseos de poseer el cochecito que su papá le comprara el día antes; tuvo piedad de él, y se lo regaló. El niño, sin aguardar más, lo tomó en seguida y corrió a su casa muy contento, mientras Manuelito se quedaba otra vez sin un juguete.

Sus padres, al conocer el hecho, lo colmaron de caricias e inmediatamente le compraron el más lindo y el más grande coche que encontraron en la juguetería.

¿Hay entre mis lectorcitos uno de alma tan buena y generosa como la de Manuelito, capaz de privarse de un objeto que le es querido, para dárselo a un compañero?


Jerez Quina
Tónico Reconstituyente
Pedro Domecq
Jerez de la Frontera
Jerez Quina
Pedro Domecq
Insuperable Vino Tónico Aperitivo
Su delicado sabor, a base de rancios vinos de Jerez, denuncia su excelente preparación.
Se elabora en las mismas famosas Bodegas donde se produce el renombrado
Coñac Domecq
IMPORTADORES: MERELLO Hnos. BUENOS-AIRES



Repare los rasguños y desperfectos de sus muebles y obras de madera con el

Tinte de Lustre SAPOLIN

NO hay más que pasar por encima un poco de tinte de lustre SAPOLIN del color apropiado para que todas las rayaduras y grietas que tanto afean a los muebles y ornamentos de una casa, se tornen otra vez como nuevos.

La aplicación de Sapolin es muy fácil y el resultado es igual en todos los climas. Cuídese de obtener el legítimo, es decir, aquel que ha venido dando buenos resultados desde hace más de 40 años. — Vea que el tarro tenga el nombre de esta manera: SAPOLIN.



Se obtiene en todas partes donde se venden pinturas

TINTE DE LUSTRE

SAPOLIN

Además:
Pintura de Lustre SAPOLIN para Carruajes
Aluminio SAPOLIN Resistente al Calor
Esmalte SAPOLIN para Tinas de Baño
Esmalte de Aluminio SAPOLIN
Lustre de Plata SAPOLIN
Colores lustrosos SAPOLIN para Pisos y Maderas
Lustre de Oro SAPOLIN
Esmalte SAPOLIN
etc., etc.

**Fabricantes: Gerstendorfer Bros.
Nueva York, E. U. A.**

Fabricamos también el Esmalte de Oro, lavable, que lleva por nombre "OUR FAVORITE". De económica y fácil aplicación y el mejor substituto del legítimo oro en hojas.

7-2-23



EL efecto refrescante y sedativo de esta crema blanca pura en una parte delicada o inflamado del cutis hace experimentar un grato alivio a quienes sufren de irritaciones cutáneas por efecto de labores o recreo al aire libre.

Para evitar o mitigar considerablemente las consecuencias de quemaduras del cutis por la acción del sol y del viento, aplíquese la Crema Hinds de Miel y Almendras antes o después de exponerse a la intemperie. Empléese también en la mañana y la noche para mantener suave la tez. Si el cutis se halla delicado o irritado o lastimado, humedézcase con la crema un pedazo de tela blanda o de algodón absorbente, poniéndolo sobre la parte afectada, o pasándolo con cuidado.

Repítase el tratamiento hasta sentir alivio. La crema alivia inmediatamente la quemadura, y generalmente cicatriza las lastimaduras de la noche a la mañana. No *frote* usted nunca una parte delicada del cutis, porque aumentará el dolor.

Tenga cuidado de no usar imitaciones ni substitutos de esta crema, que tan admirable éxito ha tenido. La única original y genuina Crema Hinds de Miel y Almendras es preparada solamente por la.

A. S. HINDS COMPANY
Portland, Maine, Estados Unidos

Se vende embotellada y embalada en forma atractiva y conveniente.

MAYON, LIMITADA
1245 Av. De Mayo 1257
Buenos Aires, Argentina

Representante exclusivo y agente para la Argentina y el Uruguay



EL CLARO DEL BOSQUE
(HISTORIA DE PESADILLA)
POR V. FERNÁNDEZ FLORES

Cuando divisé las lucecitas de la casa de Ricardo Mans, me arrodillé y besé tres veces la tierra húmeda. Había creído perderme en el bosque. Durante el día, los árboles, las matas, las hojas amarillentas, estuvieron quietas bajo la lluvia suave; tan sólo había un gran rumor llenándolo todo. Pero la noche despertó no sé qué extraña vida; fué más fuerte el rumor, como si dialogasen las encinas y los castaños de copa quemada por el otoño, y los pinos altos e inquietos, que rechinaban al moverse. Y entonces se sentía el volar de unos pájaros invisibles, y todo era susurro y actividad a mis pies, en torno mío, sobre mi cabeza; y muchas veces creí que unos brazos se habían abierto en la sombra para atenazarme. Unos puntitos de luz me miraban de cuando en cuando desde algún lugar escondido.

Cuando divisé la casa de Ricardo Mans, sentí a mi corazón dar un brinco de júbilo. La casita blanca y pequeña estaba en un claro del bosque, en el centro de un claro del bosque. Parecía como si alguien hubiese trazado un círculo perfecto, y que allí se hubiesen detenido las falanges de árboles que llenaban leguas y leguas de terreno. Parecía también que aquellos árboles se habían inmovilizado, hoscos, negros y amenazadores, para avanzar después por todas partes y estrujar la casita. Y la casita los miraba con los dos ojos encendidos de sus ventanas, grandes de espanto.

Ricardo Mans me abrió. Oí su voz dura tras la puerta recia.

— ¿Quién es?

Y sonó mi acento quejumbroso:

— Un pobre peregrino que va al Santo Apóstol.

Estaba encendido el hogar. El pote ventrudo colgaba de la chimenea sobre la hoguera bien nutrida con la leña del bosque. Quitéme mi sombrero

de fieltro y desee paz. Brillaban en mis barbas las gotas de la lluvia, como diamantes. Cuando oí cerrar tras de mí la recia puerta y me senté cercano a la lumbre, me pareció huir de un espantoso peligro.

Las tres hijas del dueño, sentadas en tres taburetes de nogal, me miraron. Las tres eran pálidas, delgadas y tristes; las tres tenían unos grandes ojos negros como las sombras del bosque, y el mismo ademán recogido; sobre sus trajes de luto, las manos cruzadas, ponían una idéntica mancha de blancura. Las tres hijas saludaron con la misma voz lenta. Llamábanse Octavia, Ofelia y Otilia. Octavia tenía los labios rojos como si rezumase sangre la suave piel, en la que brillaba un reflejo de la hoguera. Sentada en medio de sus hermanas, no me miró al entrar, pero mis ojos pecadores la envolvieron largo tiempo en una mirada.

Un soplo de aire metió en la casa el rumor del bosque; entonces, los troncos que ardían en el hogar, crepitaron más fuerte, como si contestasen a sus hermanos, los troncos verdes. y una legión de chispas salió por la chimenea, portadora de mensajes misteriosos que escribirían fuera, sobre la inmensa negrura. Decía el bosque a sus troncos secos

— ¡Eh! Vosotros, ¿qué hacéis?

Y las pavesas marchaban a responder en lo alto:

— Arden y se retuercen aquí, en la casita del claro.

Y por todo el bosque inacabable corría un largo gruñido de cólera.

—¡Mala noche — opinó Ricardo Mans —para pasarla sin techo!

Y una voz gangosa inquirió tras de mí:

— ¿Viene de muy lejos el peregrino?

Miré. Un hombrecillo sin piernas, con la abultada barriga protegida al ras del suelo por una funda de cuero, me sonreía. Tenía la cabeza redonda y, en lo sumo, los escasos cabellos grises alborotados daban la ilusión, en su tenuidad, de un breve humo que vacilase en desprenderse de ella. Cerca de sus manos estaban los dos tarugos de madera claveteada de que se servía para impelir su cuerpo mutilado, arrastrándose por la tierra. La blusa, que era todo su traje, tenía el mismo color que el cuero manchado de barro en que se asentaba.

— ¿Viene de muy lejos el peregrino?

— De muy lejos vengo. Quince leguas han corrido mis pies cansados. Todos los caminos son lodazales.

Ricardo Mans comentó:

— El sacrificio ha de atraer más aún la piedad del Santo.

— ¡Así sea!

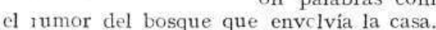
El hombre mutilado agregó:

— Yo voy también a Compostela. Vengo de la costa. En las playas más bravas han cogido mis propias manos todas las conchas de mi sayal.

Y agitó la blusa y todas las conchas sonaron con un ruido extraño de vajilla rota.

Del pote ventrudo se desbordó el hirviente caldo, y cayó en la hoguera; y como si el líquido hubiese quemado a las ascuas, las ascuas dieron un bufido y lo volatilizaron en una nubecilla blanca. Entonces las tres hijas de Ricardo Mans se pusieron en pie. Una extendió un mantel sobre la humilde mesa; otra colocó los platos rameados de azul; otra vertió el condumio en la honda fuente. Se movían sin hablar, casi sin ruido, con cierta vaguedad en los grandes ojos, tras los párpados semiabiertos, como si durmiesen, como si sus almas estuviesen lejanas y no quisiesen volver.

Comimos, tras una alabanza al Señor. El mutilado devoró el guiso en su rincón, perezoso de arrastrar el cuerpo achatado. Frente a mí se sentó Octavia. Un momento se alzaron sus ojos y me miró. Parecía la suya una mirada de complicidad, de inteligencia, un poco burlona. Tenía en el fondo de los ojos negros esa vaga chispita de luz que se enciende cuando, despiertos, soñamos sueños de fiebre, sueños de deseo o de ambición, en que toda nuestra alma se abstrae. Entonces cruzó por mi espíritu la inquietud de un recuerdo que quiere despertarse. ¿Dónde había visto yo una mirada igual, la misma lucecita de misterio, la misma fiebre?...



Poco a poco la tez pálida, los negros cabellos, aquel subido bermellón de los labios de Octavia, aquel cuerpo delgado envuelto en luto, fueron levantando inconcretas remembranzas de conocimiento. ¿Dónde había conocido a la hija de Ricardo Mans?... Medité, pero los párpados obscuros habían vuelto a caer sobre los ojos; la reminiscencia huyó. Quedó en mí tan sólo, un desasosiego extraño como si mi alma se hubiese inquietado y ella tuviese el secreto de mi recuerdo y luchase por decírmelo y no pudiese. Y, en la inquietud, estos pobres nervios míos llenaron de fantasmas el recinto: en los rincones obscuros, me parecía que se animaban las sombras, y creía oir palabras confusas en el rumor del bosque que envolvía la casa.

Al alzar los manteles, el cuerpo de Octavia se apoyó levemente en mí. Sentí entonces la blandura de sus carnes, una blandura enervante, como de caricia, misteriosa, como si su cuerpo fuese todo él hecho de plumón suave.

Pensé otra vez:

— ¿Dónde han sentido mis carnes la rara blandura de estas otras carnes?

Y un fuego corrió por toda mi espalda, y creció mi angustia, mientras mi alma se retorcía como amordazada, como ansiosa de gritar con espanto una confesión.

Ricardo Mans ordenó, desde su sillón de cuero:

— Arreglad una cama para nuestro huésped.

Y yo supliqué:

— Mejor he de pasar la noche junto a la hoguera. Dejadme aquí. Hace años que no duermo en cama mullida. Tengo una choza allá donde nace el Sil y aullan los lobos en el invierno, y en el suelo de la choza se tendía mi cuerpo todos los días al ponerse el sol.

— Gran virtud es — alabó el padre, — pero digo que yo no renunciaría jamás al placer de una cama templada. En ningún pazo de las cercanías se dormirá mejor que en casa de Ricardo Mans. Mis hijas y yo tenemos los lechos que pueda tener un príncipe;

mis colchones son de blando plumón y los cortinajes del dosel no dejan pasar ningún ruido. Lo mejor de la vida es el sueño; yo quisiera dormir durante la vida entera. La hora de la alegría es la hora en que el alma se desprende del cuerpo para no volver a él hasta despertar.

Las tres jóvenes asintieron sin hablar, como si aprobasen ya desde la última delicia del sueño.

Gemí al confesar mi triste cuita:

— Yo no puedo dormir. Hace un mes que no se han cerrado mis ojos más que para la meditación de mi desdicha. Una noche he tenido una terrible pesadilla. Al despertar, no quedaba en mí ni el más leve recuerdo. Pero todo yo estoy invadido de espanto desde entonces. La pesadilla truncada me espera para volver a torturarme, y mi alma lo sabe y no quiere huir del refugio de mi triste cuerpo, temerosa de que en el sueño la aceche y la oprima otra vez el monstruo que la ha estremecido. Yo no puedo dormir; todo en mí es profunda fatiga. Hace un mes que me envuelve este terror. A veces creo que mis pies no tocan al suelo, porque el cansancio ha ido matando mis nervios.

Ricardo Mans, asombrado, se solivió en su sillón.

— ¿No puedes dormir? ¿Es verdad que no puedes dormir?

— Es verdad, ¡ay de mí!... Voy a besar las reliquias del Santo Apóstol, para que él me proteja y devuelva la paz a mi espíritu y el descanso a mi cuerpo.

Ricardo Mans me miró fijamente

— Es extraño que no puedas dormir.

Y el hombre mutilado gruñó, santiguándose desde su rincón.

— Eso es obra de los Malos Espíritus. Yo conocí en mi tierra a un labrador que no podía dormir. Es preciso que alguien recite sobre su cabeza las palabras benditas de San Juan.

Ricardo Mans se alzó iracundo:

— Entonces *tú estás embrujado*. Debes irte. No consentiré nunca que un embrujado pase la noche bajo el mismo techo que yo.

Supliqué:

— Déjame junto a la hoguera. El bosque está negro. Cuando raye el alba, marcharé.

— Te irás ahora. Los espíritus que hay en el bosque no dañarán a un hombre como tú. Es posible que seas tú uno de ellos. Un hombre que no duerme no puede estar bendito por Dios.

Me alcé; todo mi cuerpo dolorido pensó desfallecer ante la amenaza del largo calvario. El viento había aumentado y parecían esperarme fuera los secretos rencores del bosque, para aniquilarme. Las jóvenes semejaban no haber oído nuestra charla. Octavia me acompañó, alumbrando, hasta la puerta. Protegía la luz con su mano transparente, y toda la luz iba a su cara lívida y a sus grandes ojos de ensueño y a sus labios rojos como la sangre, que entonces parecían más rojos aún. Sus pisadas no hacían ruido. Al abrir la puerta, me detuve acobardado ante el negror espantable de la noche. Miré a Octavia, como en súplica de piedad. Octavia me miró también y otra vez me turbó el brillo remoto de sus pupilas, y se angustió, impotente, mi memoria. Y Octavia puso un dedo sobre sus labios, como en una ordenación de silencio. Pensé yo que, en el contacto de los labios, el dedo se había manchado de sangre. Avancé. Me batió una ráfaga. Cegado, en las sombras densísimas, me detuve. La puerta se había cerrado ya; pero me pareció que, al través de ella, los ojos de Octavia me seguían mirando.

Entre la maraña de la fronda vi el resplandor de la ciudad y a ella fuí. Había cada vez más nubes en mi cerebro. El cansancio de la caminata había hecho nacer la fiebre. Pensaba lentamente, veía las cosas como al través de una gasa; estaba como sumido en un sopor. Más de una vez me senté dispuesto a dormir, a saciar aquella ansia de sueño, pero el alma me sacudía en un estremecimiento de espanto; volvía a andar, y, poco a poco, volvía la penumbra a envolver mi espíritu: los objetos tenían una forma vaga, mis pasos eran maquinales; habían dejado de dolerme los pies, y sólo sentía como si fuesen de plomo y me costase un enorme trabajo levantarlos del suelo. En las primeras calles, la luz de los faroles brilló para mí como al través de una niebla.

Anduve, anduve... En la ciudad no había un solo soplo de viento, ni un grito, ni una pisada, ni un rumor... Las calles estaban desiertas, todas desiertas; las casas, cerradas; las llamas del alumbrado se recortaban inmóviles, y, por eso, las sombras estaban quietas también, como dibujadas en los rincones y en las alturas. Recorrí una vía, otra vía... Mis pasos sonaban; parecía que una voz se iba a alzar para ordenarme silencio... Era una extraña ciudad. Jamás volví a ver otra igual, tan quieta, tan callada, tan sola... Pasé por anchas calles en donde las hojas de los árboles no tenían ni un ligero temblor; recorrí callejuelas angostas y pinas donde una llamita brillaba, inmóvil, sobre un vaso de aceite, como sobre un corazón. La soledad y el silencio caían desde lo alto del cielo negro. Y todo aquel silencio era monstruoso y estremecedor; hubiera preferido los mil rumores de la vida misteriosa del bosque. Llegué a creer que, de repente, aquella quietud estallaría en un estruendo furioso, y que aquella soledad sería rota por millares de engendros que acudirían por las puertas, brusca y unánimemente abiertas. Un momento en que me detuve, se acentuó el silencio y entró en mí. Entonces me acerqué, aterrado, a una casa. Pugné por alzar el llamador de hierro, pero, como en las pesadillas angustiosas, no logré separarlo del yunque.

Me senté en el umbral, desfallecido. Os juro que no puede darse una más terrible impresión que la de esta soledad persistente en el corazón de una ciudad desierta. ¿Qué misterio guardarían todas aquellas casas herméticas? ¿Qué horror gigantesco se había ocultado en ellas?

El edificio en cuyo umbral me había sentado tenía un pórtico cerrado por una reja, por grandes columnas de piedra en las que unas estatuas parecían concretar la inmovilidad del pueblo entero. De pronto, tras una de las columnas se oyó distintamente un ruido como de vajilla que se rompe. Senén, el hombre mutilado, apareció junto a mí, dando sus brincos de sapo.

— ¡Eh! — me dijo riendo; — ¿qué hace el hermano peregrino?...

Había descendido el escalón y estaba frente a mí, en la acera, con su cabeza achatada pegada al cuerpo sin mediación de cuello, brillándole los ojos

socarrones. En el ala levantada de su sombrero, amarilleaba una concha.

— No sé cómo estás aquí — murmuré.

El rió más, apagadamente:

— Y ¿por qué no he de estar aquí también?

Pasé la mano por mi frente.

— No sé... Hoy pasan muchas cosas extrañas... Yo no puedo pensar.

Volví a oir su risa.

— En esta ciudad no hay nadie más que nosotros; no he encontrado a nadie... Los relojes no suenan, el *viento no silba* y *las sombras están* clavadas en el suelo. Yo creo que la ciudad entera murió y que dentro de esas casas se pudren los cadáveres, y que esta noche es eterna y que no volveremos nunca a ver el sol.

Sonaron otra vez las conchas del sayo, sacudidas por la risa ahogada del monstruo.

— Tengo ganas de gritar — añadí, — de gritar mucho, para romper este silencio.

Entonces el hombre-sapo extendió una mano hacia mí:

— ¡No grites; por el Santo nombre, no grites! Las gentes no están muertas. Duerme, nada más, la ciudad entera. Sus almas están muy lejanas; hasta las almas de las cosas han desprendido el sueño y cada una va adonde su afán la lleva. Tú no sabes... Esta noche no se puede gritar. Sin embargo, tú y yo estamos más solos aquí que en un cementerio.



Había hablado con gran solemnidad, con algo de apremio en sus palabras.

Pero volvió a su rostro la expresión preferente de burla.

— ¿Qué pensarás tú de todo esto; tú, que no puedes dormir?... Sería curioso saber lo que un hombre de otros mundos donde no se durmiese diría ante tanto cuerpo tendido, tanto cuerpo que no ve, que no oye, que no habla, que tiene el alma perdida durante horas y horas... ¿Qué piensas tú, hermano?...

— ¡Oh, yo quisiera dormir!...

— Apenas se ven tus ojos enrojecidos en la abertura de los párpados. ¿Quisieras ahora, en la casa del claro, un lecho como el que tienen las hijas de Ricardo Mans?

— Ricardo Mans es un hombre cruel.

— ¡Cruel, cruel!... — se rió el peregrino. — Tú no sabes, hermano... ¿Viste a las hijas de Ricardo Mans?... ¿Y no has comprendido?...

Se acercó más a mí:

— En esa casa... Las hijas de Ricardo Mans están siempre dormidas, eternamente dormidas. Mientras cenábamos, mientras parecían templarse al fuego, sus almas recorrían sabe Dios qué espacios, perdidas en aventuras que nadie podría conocer. Dícese que han hecho un pacto demoníaco... Sus sueños no son vaguedad, sino realidades; gozan y sienten más intensamente aún que si estuviesen despiertas. Y así viven una vida maravillosa. Ellas buscan sus sueños. Los demás tenemos los que nuestras almas tropiezan en su camino, cuando nos abandonan. A veces ellas juegan también con nuestros espíritus. Los acechan, invisibles junto a nuestras camas, y, dormidos ya, se adueñan de ellos y los torturan o los inundan en felicidad. En ocasiones son tan terribles sus caprichos que nuestras almas, atemorizadas, no dejan a nuestro cuerpo dormir.

— Es verdad — gemí.

— ¿Has oído hablar de los vampiros?... A veces algún hombre amanece muerto en su cama y nadie conoce la horrible tragedia de su muerte...

— ¿Y qué sabe ese viejo de sueños ruines? — pronunció una dulce voz a mi lado.

Y Octavia ciñó mi cuello con la blanda carne de su brazo.

Entonces Senén, ante la aparición repentina, hizo un gesto de espanto y quiso huir arrastrándose, pero su sombrero cayó a nuestros pies y él se detuvo.

Octavia conservada aún su negro traje; brillaban todavía más sus ojos enormes, y había en toda su figura así como una tenuidad de transparencia.

Cerca de mi piel, su mano tenía una suavidad casi incorpórea. Me miraba con un mirar amoroso. Entonces, el recuerdo que pugnaba por salir de mi alma se levantó, categórico. Pugné por separarme con espanto.

— ¡Tú eres — grité, — Tú eres la mujer de mi pesadilla!... ¡Yo te he visto en sueños en mi choza *del monte, y fuiste tú la* que llenaste de terror mi alma!... ¡Tú has querido beber mi sangre, en un sueño angustioso!... ¡Fuiste tú!...

Ella sonreía, cercana a mí, con aquellos labios rojos y frescos como la misma sangre.

¡Senén! — supliqué. — Dime si *me* he dormido otra vez! ¿Todo esto es mi pesadilla reanudada, Senén?... ¡Yo quiero despertar de nuevo!...

Pero Senén no estaba ya: creía oir lejos el ruido del chocar de sus conchas.

La cara pálida de la mujer rozaba la mía; los grandes ojos hipnóticos llegaban hasta el fondo de los míos; ¡era tan suave, tan conmovedora su voz!... Y su voz decía:

— Tú me has amado, Mauricio. ¿Te acuerdas?... Yo iba todas las noches a tu choza del Sil y tus manos se tendían hacia mí, ansiosas, y he jugado con la negrura de tus barbas, y te he arrebatado hasta lugares de delicia. ¿Qué era tu vida sin esas horas en que te buscaba yo?... Por el día te sentabas sobre las rocas y tratabas de evocar mi rostro, y cuando te tendías en tu choza, al ponerse el sol, deseabas otra vez mi visita. ¿Te acuerdas, Mauricio?... Hace un mes que voy a recoger tu alma y tu alma no está. ¿Por qué no la dejas venir a mí, Mauricio?

La grata voz iba avivando recuerdos, iba sumiéndome en dulzura y en descanso. Pero recordé aún el instante horrible de la última noche. Dije:

— Yo no podré dormir jamás.

— ¿Y cómo podrías arrastrar esa desdicha?... La miseria de tu *existencia* sería *la* más terrible de las miserias humanas. Cuando duermes, tu espíritu es dueño de los mundos; entonces va adonde el cuerpo no podría llevarle, puedes poseer tesoros

que jamás tuvo nadie, y brillar entre tus manos las piedras preciosas como las estrellas, más que las estrellas del cielo; puedes llegar cerca de la mujer que viste pasar ante ti, puedes matar a tu enemigo y gozar de su agonía prolongada. De todo el mundo van junto a la tuya almas que no tropezarías jamás en tu vida entera; porque ellas se encuentran en el aquelarre de los sueños. A veces ves personas desconocidas, paisajes que despierto no puedes recordar; y es que tu espíritu voló muy lejos aquella noche. Y las almas de las cosas, que ahora no adviertes, dialogan después con la tuya; y en los caminos del ensueño, el alma rudimentaria de una estatua puede volar junto al alma de un ciprés, de un tigre y de un hombre... Tú dormirás, amado mío, porque yo espero tu sueño para entregarme a ti.

Era tan melosa su voz como no lo fué nunca voz de mujer. Me adormecía en ella como en un descanso de toda mi fatiga y rebrotaba aquella pasión que me hacía retorcer, en sueños, sobre la tierra apisonada de mi choza. Las lucecitas de sus ojos eran como lamparillas de las alcobas donde duermen niños medrosos.

—¡Hace un mes que voy por las noches a buscarte!...

Me ofrecía los labios bermejos; los besé; quedó en los míos un sabor a sangre. Me pareció entonces como si las negras vestiduras de Octavia hubisen caído sobre mi cabeza. No vi ya las luces de la ciudad.

Sentí nuevamente el rumor de la fronda del bosque, como el rumor de un mar. Los brazos amorosos de la mujer me sostenían. El susurro crecía.

—Son almas, son almas que pasan—me dijo levemente su voz.

Sobre el cielo negro se destacaba, más negra aún, la masa de árboles del bosque. Pero en la negrura había como cierta luminosidad. Yo sé que vi a Ricardo Mans, alto, alto, alto, con su barba ahorquillada; tenía a su lado a Senén, más achaparrado aún, más ancho; nos miró y gritó, con voz atiplada:

—¡Eh, divertíos, divertíos bien, qué diablo!

Y se puso a fumar furiosamente su pipa. Todo el humo iba a rodear la cabeza achatada de Senén y formaba en ella una espléndida cabellera gris.

Senén reía con una risa que sonaba como el croar de las ranas. Pero se desvanecieron los dos. El claro se pobló después de sombras errantes que ocultaron la blanca casita. Salían del bosque y tornaban a él y parecía que de ellas brotaba el rumor de la fronda. Luego no vi más que los ojos de Octavia y su palidez, rota por el bermellón de los labios, y, de pronto, todo el divino cuerpo delgado, transparentándose en las tinieblas.

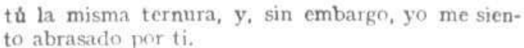
—¡Te adoro! ¡Te adoro!...

Sentía la misma sed amorosa, la misma pasión que en mis noches de durmiente. Todo el aroma del bosque nos rodeó.

—¡Te adoro!

Y quise ceñir el cuerpo adorable, pero mis brazos no tropezaron con él; al fin rocé la carne suave, blanda, como una crema contenida en una tela sutil. ¡Oh! ¡La delicia de aquella carne blanda, que hacía desmayar el corazón como si la misma felicidad lo hubiese acariciado!...

—Toda tu carne es ternura, eres



tú la misma ternura, y, sin embargo, yo me siento abrasado por ti.

Ella me miraba, sonriente, abandonada, y, entre mis brazos, su cuerpo fué suavizándose, hasta que no fué más que una sombra pálida entre ellos.

—¡Octavia!—gemí.—Octavia, ¿por qué es esto así?... ¡Eres ahora como cuando te veía en sueños?

Habló su voz dulcísima:

—Ahora sueñas también, pobre Mauricio.

—¡No, no quiero soñar, yo no quiero soñar ahora!...

Extendí mis manos ansiosas; pasaban ellas al través del cuerpo de Octavia como al través de un humo rosado. Era este también el martirio de mis sueños.

—¡Quiero abrazarte, Octavia!...

Ella se fué acercando; apoyó su cabeza contra mi pecho y me miró. Volvía la blanda consistencia de sus carnes.

—Mauricio, ¿recuerdas cuando te envolvía en mis cabellos?

—Recuerdo.

—¿Cuando te sostenían mis brazos sobre un abismo y tú creías que el apoyo te iba a faltar, y despertabas?

—Recuerdo, recuerdo.

—¿Cuando mis besos quemaban tu rostro?... ¿Cuando huía de ti, y llorabas lágrimas reales que mojaban la tierra de tu choza?

—Sí; pero ahora no habremos de separarnos jamás.

—Jamás.

Hablaba con la voz mimosa de una niña.

—¡Tengo frío, mi amor!

Abrió mi sayal y sentí sus manos heladas sobre mi pecho. Entonces me estremeció la misma sensación de destemplanza.

—¡Tengo frío!

Y unió su cara a mi piel, sobre mi corazón. Yo acariciaba las sortijas de su melena. Pero el frío sutil creció. Lo sentía ahora ya sobre mi pecho, sobre mi corazón. Bruscamente el terror de mi pesadilla volvió a acometerme. Di un rápido empellón a Octavia y corrí, desaforado, enloquecido, jadeando de miedo. Corría, corría en un esfuerzo desesperado; pero, como en los sueños, mis pies no se apartaban de aquel lugar; era como si la tierra corriese también debajo de mí, y los árboles que rodeaban el claro guardasen siempre la distancia. Sentada a mis pies, la mujer esperaba sonriendo con sus ojos terribles y con sus labios sangrientos. Al fin, caí, rendido, roto, dando unos débiles aullidos de temor. Y los blandos brazos me acogieron y volvió a hundirse el pálido rostro en la abertura de mi sayal, sobre mi corazón.

Y sentí como si mi piel y mis venas hubiesen estallado en aquel lugar de mi pecho, bajo los labios ansiosos de la mujer, y como si fuese fluyendo mi sangre lentamente, lentamente... El delgado cuerpo se ceñía a mí, como la correa de un látigo. Quise gritar y no pude gritar. Me invadió un sopor, una dulzura, una inconsciencia... Mis pies comenzaban a enfriarse sobre la hierba húmeda del claro... Un instante me acordé de las palabras del tullido... Pensé:

—Quizá haya de amanecer muerto...

Y nadie sabrá...

DIBUJOS DE E. PEQUENA ESCALADA

De Rosario

CARNAVAL



Señorita María Luisa Coll Casas y señor Luis Terrosa.



Núcleo de mascaritas que dieron realce y animación a la hermosa fiesta social.



Señoras de Díaz Guerra, Sánchez Granel, Mendía, Recagno, Rodríguez Llames, y señoritas de Guerra y Basaldúa.

De Rosario

Baile de fantasía en el Club Español


Haydée Stabile.


Pepita Tornatore.


Francisca J. Tornatore.


Distinguidas señoritas de esta ciudad y núcleo de jóvenes que asistieron al hermoso baile, que con brillante éxito se realizó en los salones del Club Español.


Inesita Echevarria.


Adolfo Greco.


M. Angel Biancofiore.

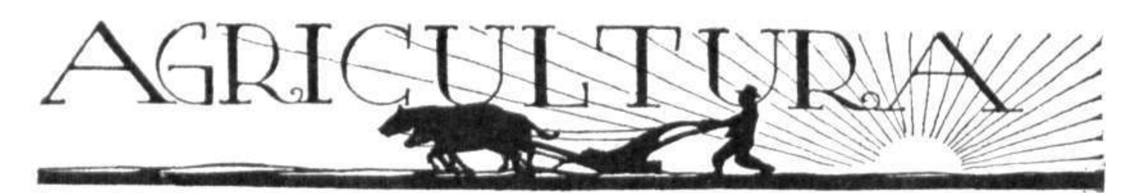


Con su carcaj milenario,
de dardos siempre munido,
todos los años Cupido
visita algún balneario.

Pero observa el picarón
que el que decide las bodas
y noviazgos, es en todas
ocasiones, el jabón.

Las que con REUTER se lavan,
son las niñas preferidas,
las más bellas, distinguidas
y a quienes todos alaban.

Pues del REUTER los efectos
son para el cutis notables
y hacen los rostros amables,
suaves, finos y perfectos.



FORRAJERAS NOBLES: EL RAY GRASS

Entre las gramíneas más útiles y apreciadas por sus condiciones culturales y sus cualidades forrajeras, el ray grass ocupa un lugar prominente, después de las cebadillas, para las cuales, a fuer de leales, confesamos nuestra predilección, como ya lo hemos consignado en otro artículo.

Se conocen tres especies de lalio o vallijó o cevalillo o ray grass: el ray grass inglés (Lolium peremne), el ray grass italiano (Lolium italicum) y el ray grass criollo (Lolium brasilianum).

El ray grass inglés es una planta forrajera de bajo tallo, no pasando generalmente de 40 a 60 centímetros de altura; está escasamente provista de hojas de color verde obscuro y no muy anchas; posee una mata extendida, formada de pequeños grupos de plantas unidas entre sí, por lo que cubre bastante pronto el suelo; su inflorescencia es una espiga larga formada por otras tantas espiguillas cuyas glumelas no tienen aristas; su duración es variable entre dos y cuatro años, según las condiciones de ambiente en que se desarrolle.

Mata de ray grass inglés.

El ray grass italiano es de más alto tallo que el anterior, pudiendo llegar hasta 60 centímetros a un metro; está ricamente provisto de hojas anchas y frondosas de color verde claro y lustroso; sus matas no son muy extendidas, sus rizomas más cortos, de modo que su césped resulta un tanto débil y ralo; su inflorescencia es parecida a la anterior, siendo más rica en flores y caracterizándose por sus espiguillas aristadas; su vegetación es anual, pero generalmente dura dos y hasta tres años a veces.

El ray grass criollo participa en sus caracteres de los dos anteriores, pero más tiende a los del ray grass inglés, por su estatura, que a veces alcanza hasta un metro y por la epidermis de su tallo que es un poco áspero; forma matas densas, pero poco extendidas; sus hojas bastante numerosas y regularmente anchas; su inflorescencia es bastante rica en flores y sus espiguillas provistas de aristas cortas; en buenas condiciones de producción dura apenas dos años; esta forrajera es espontánea en los campos de pasto tierno, habitando más o menos donde se encuentra la cebadilla criolla; se le ve con frecuencia en las laderas de los caminos, de los terraplenes y en los campos llanos no muy elevados y se encuentra extendido en la provincia de Buenos Aires, sur de Santa Fe, Córdoba, Entre Ríos, en Río Negro y Neuquén.



Mata de ray grass italiano.

El ray grass es planta de clima templado, fresco y húmedo o lluvioso; resiste los fríos intensos y las heladas; no tanto las sequías; en lugares sombríos frescos es donde prospera en las mejores condiciones; los calores excesivos y prolongados anonadan su vegetación, secándose su parte aérea.

En cuanto a suelos prefiere los de mediana consistencia aunque sean algo compactos; se desarrolla mejor en los campos llanos o bajos, que no en los altos, siempre que sean de fácil desagüe; y en fin, en las tierras fértiles, profundas y sanas, encuentra sus mejores condiciones.

Sobre tierra bien preparada, limpia y mullida por repetidas rastreadas, se siembra el ray grass a voleo, a fines de otoño o en primavera; la primera época es la más indicada, pues pasando el invierno, al llegar la primavera las plantas han arraigado bastante; mientras en esta última época están expuestas a los fuertes solazones del verano; cuando se siembra solo de 40 a 45 kilos de semilla por hectárea son suficientes; pero generalmente se mezcla con alfalfa y entonces con 10 a 12 kilos de semilla hay suficiente; algunos suelen sembrarlo también a campo limpio, es decir sin arar, con objeto de empastar el campo y en este caso conviene pasar la rastra para que las semillas queden un poco enterradas y germinen más fácilmente.

El ray grass, especialmente el criollo, inicia su vegetación en primavera, temprano, y según las zonas en noviembre o diciembre ya empieza a florecer; una vez cortado o pastoreado vuelve a brotar, siendo su producción más bien filiácea y tierna: el primer corte es el más adecuado para la obtención de semilla.

Sus aptitudes forrajeras se evidencian para el corte o el pastoreo; en el primer caso hay que cortarlo al principio de la floración; el ray grass italiano es muy productivo y puede dar varios cortes abundantes por año, dando un forraje tierno, alimenticio y muy apetecido por los animales; en las famosas «marcite» (prados irrigados) de la provincia de Milán, se obtienen hasta ocho cortes en el año; para pastoreo los ray grass son igualmente adecuados, resistiendo al pisoteo y volviendo a brotar pronto y repetidamente y empastando bien el campo.

Para formación de céspedes en parques y jardines el más adecuado es el ray grass inglés y mejor todavía una variedad del mismo, el «Pacey» de tallo más bajo y más provisto de hojas; sólo suele sembrarse muy tupido, empleando de 100 a 200 kilogramos de semilla por hectárea; pero generalmente se mezcla con otras gramíneas y algunas leguminosas, para formar un césped compacto y durable.

Los ray grass constituyen un forraje tierno, aromático y de alto valor nutritivo por su elevada proporción de materias protéicas; y mezclados con alfalfa resultan un forraje rico y completo tanto en estado verde como seco; son forrajeras en fin recomendables a todas luces y su cultivo y difusión serán siempre índice inconfundible del más avanzado progreso agrícola y ganadero.

HUGO MIATELLO
INGENIERO AGRÓNOMO

PERFUMERIA
J. & E. ATKINSON LTD.
LONDON



Los perfumes ATKINSON de reconocida fama mundial por su perfume delicado son los preferidos para el tocador de toda dama de buen gusto.

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS PERFUMERIAS, FARMACIAS Y CASAS DEL RAMO



Jana
Maru
Simba

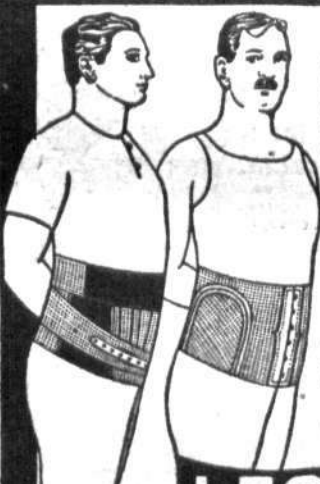
Fleur de Violette
» Jasmin
» des Anges

Fleur de Lilas
» Muguet
» Rose

Columbine
Royal Byar
Chypre-Eonia
Virelle
Ambre Chinois
Insouciance
Chef d'Oeuvre
Belle de Jour
Point du Jour

LOCIONES — EXTRACTOS — POLVOS — JABONES

FAJAS "Dr. DIVAI"



Estas nuevas Fajas en sus distintos modelos del *Dr. Divai*, de la Facultad de Medicina de París, para *Señoras* y *Caballeros*, dan una elegante conformación al talle, reduciendo las líneas prominentes del cuerpo, siendo al mismo tiempo las más eficaces para combatir la OBESIDAD, VIENTRE CAIDO, DILATACION DEL ESTOMAGO, RIÑON MOVIL, HERNIA UMBILICAL, EVENTRACION, y modelos especiales para el *embarazo* y *operados*, etc., etc.

Especialidad en fajas de caucho (goma), desde $ 20.

Pídase personalmente o por carta el *catálogo ilustrado* con *sesenta fotograbados*, que remitimos GRATIS, por retorno de Correo.

Dirigirse a Leonard Prodel, Avenida de Mayo, 1172. Buenos Aires.



LEONARD PRODEL

AVENIDA DE MAYO 1172 - Bs. As. ♦ CASA MATRIZ 11 rue SAINT LAZARE Paris.

Pears' Jabon
Para el Cutis



Aspecto del "hall' del Club del Orden, durante la brillante fiesta social a que dió lugar el baile de disfraz organizado por esa entidad.



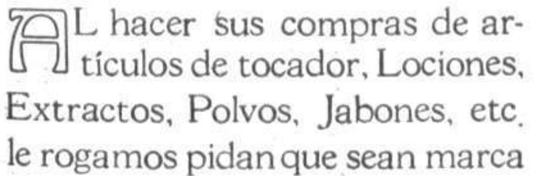
Señoritas de Iturraspe y Fraga con los señores Pérez Zav..lla e Irigoyen.



Señoritas de Freyre y Lamothe Zavalla y los señores Iriondo.



Señoritas de Passeggi y Del Rivero y señores Puccio y Elli



AL hacer sus compras de artículos de tocador, Lociones, Extractos, Polvos, Jabones, etc. le rogamos pidan que sean marca MYRURGIA, pues son superiores a sus similares por su delicado perfume y esmerada preparación.



"MYRURGIA"

PERFUMERIA ESPAÑOLA

Del país en que las flores son las más bellas del mundo.



"MADERAS DE ORIENTE"
LOCION, EXTRACTO Y POLVOS

Cada caja de polvo Maja Goyesca de MYRURGIA, contiene un obsequio para su compradora.



LIGAS PARIS

No Hay Contacto de Metal con la Piel.



Compre las Ligas Paris de Elástico Ancho por su estilo, y úselas por su confort. Larga duración en cada par —siempre más altas en calidad que en precio. Diga "PARIS" al comprarlas.

ELÁSTICO DE 1½ PULGADAS DE ANCHO



A. STEIN & COMPANY
Chicago, U.S.A. - New York, U.S.A.

De Santa Fe



CENTRO ESPAÑOL

Distinguido núcleo de señoritas en la terraza del Centro Español durante un intervalo del baile de fantasía organizado por esa entidad, en honor de las familias de sus asociados.



CIRCULO ITALIANO

Parte de la hermosa concurrencia femenina que dió realce al brillante baile de disfraz realizado en los salones del Circulo Italiano.


A todo hombre le deleita que su esposa sea fuerte, robusta y cariñosa y nada sino abundante salud puede dar esas cualidades. Si esta salud falta, ahí está la verdadera fuente de robustez para los debilitados, la justamente famosa
EMULSION DE SCOTT

EL MAL ALIENTO

es a menudo causado por el estreñimiento o sequedad de vientre. Cure pues su intestino y se verá librado de esta molestia tan grande.

Tome SANTEINA

(Dioxidriftalofenona)

y verá Vd. cómo se siente mejor. Las digestiones se harán más fáciles, la lengua de cargada se volverá rosada; la cabeza se le despejará y el buen humor volverá en seguida. - Con el intestino bien libre se evitará Vd. enfermedades graves.

Farmacia Franco-Inglesa

La mayor del mundo

Sarmiento y Florida — Buenos Aires

Su Hijo Puede Llegar a Ser Un Leader

De entre los escolares de hoy, que se encuentran en estado de crecimiento, deben salir los futuros dirigentes del mundo.

Nuestros niños deben ser preparados para la responsabilidad que sobre ellos deberá pesar más adelante.

Es esencial que se conviertan en hombres fuertes, sanos, robustos y de sólida mentalidad.

Su médico le dirá que los 16 elementos vitales requeridos por todo niño durante su crecimiento, para su poder mental, nervios, energía y buena dentadura, se hallan en el QUAKER OATS, que es igualmente beneficioso para los adultos.

El QUAKER OATS se vende en latas enteras y medias, comprimido y herméticamente cerrado — único envase que asegura la retención indefinida de su frescura y sabor.

El artículo legítimo lleva siempre la marca

Quaker Oats



EL INACCESIBLE

POR

R. G. BROWNE



CORDELIA DIX llamó en la puerta de la oficina del editor con suaves golpecitos, entró, y sonriendo amablemente dijo:

— ¿Me había llamado, señor Maxwell?

El editor del *Daily Record* levantó la vista:

— Sí, siéntese, señorita Dix.

Cordelia se adelantó y tomó la silla que estaba frente a él. Cordelia era una muchacha alta, de pelo negro, con unos ojos castaños de mirada grave y una boca de risueña expresión. Su posición en la redacción del *Daily Record* nunca había sido exactamente definida, pero para el diario valía ella un Potosí. Generalmente figuraba en sus columnas como «Nuestra corresponsal especial», pero de cuando en cuando aparecía un artículo firmado con las iniciales «C. D.». Maxwell que sabía lo que ella valía, le profesaba un gran respeto.

— ¿Ha tenido usted a su cargo alguna vez algo de crítica dramática, señorita Dix?

— He ayudado al señor Ashton en algunas ocasiones — contestó Cordelia, — pero en cosas sin mayor importancia. Maxwell cabeceó.

— Ya me lo imaginaba. Ashton ha caído enfermo con influenza, y esta noche es la primera representación de la nueva comedia de King en el Regency. Yo, personalmente, debería hacerme cargo de esa crítica, pero esta noche me es imposible. Tengo idea de que usted podría hacerlo. ¿Le gustaría probar?

— ¡Oh, sí! — exclamó Cordelia con prontitud.— Me encantaría. Y creo, señor Maxwell, que usted no quedará descontento.

— Yo también lo creo — dijo Maxwell sonriente. — Todavía no he encontrado un trabajo que usted no pueda hacer. Pero claro, esta es una ocasión especial. Los débuts de King siempre lo son.

— ¿Wentworth King? — dijo Cordelia. — ¿No es con él con quien usted trató de obtener una interviú no hace mucho?

— El mismo, pero no la conseguí. King nunca quiere recibir a los repórters. Cree que con ello enriquece su dignidad, y no me parece que se equivoque. Es una persona demasiado consentida. La cosa es, que ninguno ha logrado entrevistarlo hasta ahora — el editor sonrió de nuevo. — ¿Estaba usted pensando en tratar de conseguirlo?

— No sé — dijo Cordelia vagamente. — Verdaderamente sería un gran triunfo para nosotros, ¿no le parece?

— ¡Ya lo creo! — afirmó Maxwell. — Pero me temo que no hay esperanzas. Sin embargo, inténtelo si quiere.

— Creo que lo intentaré — dijo Cordelia levantándose. No me gusta mucho la gente envanecida. Hasta luego, señor Maxwell.

□□

WENTWORTH KING, el eminente dramaturgo, ocupaba una posición bastante elevada en la vida teatral de Londres. Había escrito pocas comedias, pero buenas. El empresario que tenía la fortuna de asegurarse una de sus obras podía confiar tranquilamente en los llenos que se producirían durante los varios meses que ésta fuera puesta en escena.

King vivía una rara existencia en su cómodo y amplio departamento de soltero. No admitía entrevistas y cualquier publicidad que le pidieran era negada rotundamente; sabía que no la necesitaba.

No hacía el menor caso a las proposiciones de los reconocidos editores, ofreciéndole sumas fabulosas por sus estimadas opiniones. Se mantenía retraído, dignificado, imposible de llegar hasta él; escribiendo en su forma lenta esas satíricas comedias de la vida social que le hicieron tan renombrado en Europa y Norteamérica. En realidad, era personalidad, y él estaba poseído de ello.

Cordelia Dix se hallaba muy al corriente de estos hechos, pero no la impresionaban mucho. No era partidaria de las tareas rutinarias, prefería afrontar lo imposible, o por lo menos lo extremadamente difícil. La idea de entrevistar a King se había apoderado de su imaginación; el hecho de que ningún otro lo hubiera conseguido antes, era para ella simplemente un incentivo más para llevarlo a cabo. Y, como había dicho, cuando una ambición de cualquier clase llegaba a meterse en la cabeza de Cordelia Dix, esa ambición podía desde luego considerarse realizada.

A las cuatro de aquella misma tarde se encontraba Cordelia reconociendo el exterior del palacete que habitaba King, en una apartada calle de las afueras del parque Lang. El dramaturgo ocupaba la planta baja, y el aspecto exterior de ésta daba una discreta muestra de su gusto artístico. Cordelia se acercó a la puerta y apretó el botón del timbre.

Después de un buen rato se abrió la puerta y se vió frente a un sirviente ya de edad y canoso.

— Buenas tardes — dijo Cordelia animadamente. — ¿Está el señor King?

El mayordomo la miró con cierta frialdad.

— No puedo decirle, señorita. ¿Podría decirme qué es lo que necesita del señor King?

— Quería verlo — dijo Cordelia.

La altanera fisonomía del mayordomo tomó una expresión casi de dolor. Cordelia comprendió que se había equivocado de tecla. El correcto proceder era evidentemente de solemne ritual; para el mayordomo aquella exigencia brusca sonaría como una simple vulgaridad, y ella se apresuró a cambiar de táctica.

— Siento mucho incomodar al señor King, pero si me permitiera un momento le quedaría grandemente agradecida.

El mayordomo hizo una pequeña reverencia.

— Lo siento, señorita — dijo, — pero el señor King no recibe sin previo aviso. Si usted quiere decirme cuál es el carácter de su visita, averiguaré si puede recibirla.

— Yo también lo siento — dijo Cordelia bajando la voz, — se trata de un asunto particular.

El mayordomo se estiró de nuevo e hizo un ademán de cerrar la puerta.

— Entonces, señorita, el único remedio es arreglar por carta una entrevista.

Cordelia empleó su última arma, la que había estado reservando para la necesidad. La sonrisa de Cordelia era de alegre y contagiosa variedad; se sabia que había evocado un responso de un obispo, moldeado un chófer a su deseo, obtenido entrada a uno de los inaccesibles salones de la Casa de Gobierno. Perros, muchachos y la mayoría de los hombres sucumbían instantáneamente. Aun en el mayordomo causó un efecto perceptible.

— Por favor — rogó Cordelia, — pregúntele al señor King si quiere recibirme. ¡Se lo agradeceré tanto!...

El mayordomo titubeó, vió la sonrisa, se acentuó... y se perdió.

— Muy bien, señorita. Si tiene a bien esperar aquí, averiguaré.

Cordelia lo vió acercarse a una puerta del fondo del corredor, llamar discretamente y, después de una pausa, entrar. Dos minutos después reapareció y se acercó a ella.

— Lo siento, señorita, pero el señor King no recibe.

— Pero... — empezó Cordelia. El mayordomo, lamentando ya el haber olvidado su deber, recobró su arrogante actitud.

— El señor King no recibe — repitió. La puerta se cerró suave pero irrevocablemente, y Cordelia se encontró una vez más en la calle.

— No recibe, ¿eh? — exclamó fijándose en la cortina verde que tapaba una de las ventanas. — Tendré que mostrarle, señor King, que esas fingidas cortesías de nada pueden servir.

Se dió vuelta y se alejó con paso apresurado.



□□

El début de una de las comedias de Wentworth King era, como Maxwell había dicho, un acontecimiento especial. Mucho antes de que se levantara el telón para el primer acto de «El conejo blanco», los alrededores del teatro Regency presentaban un aspecto tal de esplendor como para avivar las llamas de envidia en los corazones de los menos afortunados empresarios de teatro. Lujosos automóviles aparentemente construídos de cristal y plata se acercaban a la puerta; taxímetros a docenas depositaban sus cargas menos plutocráticas; otros llegaban a pie de todas direcciones. Todo era confusión, charla y anticipada excitación.

En el interior del teatro la escena era igualmente sugestiva. Cordelia, abriéndose paso desesperadamente entre la muchedumbre, encontró que su asiento estaba en el centro de la tercera fila de plateas. Este raro favor se debía en parte al prestigio del *Daily Record* y en parte al hecho de que Ashton era el más temido, respetado y poderoso crítico de Londres. Cordelia, sentada cómodamente, agradecía la ausencia de su colega.

El recinto se llenó rápidamente con todas las celebridades: eminentes actrices, con todo el aire de haber pagado por sus asientos, entraban majestuosamente, cuidando de ofrecer a los palcos los detalles de sus perfiles; amigos del empresario saludando con corteses y lentas reverencias a sus conocidos; críticos dramáticos, poseídos del extraño desdén por las convenciones que son materias primas de sus profesiones, entraban pisoteando a los concurrentes que les obstruían el camino a sus asientos.

Cordelia notó que el asiento de su derecha quedó vacío hasta que el telón estuvo a punto de levantarse. Entonces, con una palabra de disculpa, un caballero maniobró entre rodillas y espaldares y tomó el asiento que estaba desocupado. Cordelia le echó una ojeada y vió que era un hombre ya de edad, ligeramente grueso, bastante canoso y una barbita gris en punta; vestía de etiqueta y llevaba en el ojal un pedacito de cinta roja.

«El conejo blanco» demostró ser una buena comedia. Al final del primer acto, recibido con un nutrido aplauso, Cordelia contribuyó en parte en el estruendo. El caballero que estaba a su lado no dió el menor signo de satisfacción, lo que causó a Cordelia cierta sorpresa. El segundo acto probó ser mejor que el primero. King se había sobrepujado a sí mismo con la brillantez de su pluma, el detalle de sus observaciones y el mordaz efecto de su sátira. El público lo recibió con un atronador aplauso.

Cordelia, desistiendo de sus apreciaciones, notó de nuevo que su extraño vecino no hacía demostración alguna. Lo miró por un momento con cierta gravedad, y después acercó disimuladamente la cabeza a él. Para Cordelia, convencerse de algo, significaba prácticamente un placer, especialmente si en ello podía conseguir algún objeto.

— ¿No le gusta la obra?—le preguntó sin más preámbulo.

Su vecino de pelo gris se sorprendió ligeramente y volvió la cara hacia ella. Ella notó que su expresión tenía algo de solemne, la expresión de uno quien, aunque sea en su propia opinión, es de considerable importancia. El la estudió por un breve momento, algo altanero, después sonrió con una débil sonrisa de condescendencia.

— Para serle franco — le dijo, — no me agrada.

— ¿Pero, por qué? Es una obra maravillosa.

— A mí no me parece así — dijo él. — Creo que es una obra bastante inferior.

— ¿En qué forma?

— En todo sentido. La parte humorística la encuentro fuera de lo natural, las caracterizaciones no tienen nada de extraordinario y en cuanto a las escenas... las encuentro de origen muy vulgar — sonrió de nuevo, como si al dar esta cándida opinión confiriera un favor al autor.

— Es una lástima — dijo Cordelia. — ¿No le gusta ninguna de las obras de Wentworth King?

—Muy pocas—respondió él.—Son todas parecidas.

— ¿Todas parecidas? ¿Cómo puede ser?

— En esta clase de obras hay solo una parte aceptable, como usted está viendo ahora. Todos los dramas de King son del mismo estilo.

— Yo nunca lo hubiera creído — dijo Cordelia.— ¿Entonces cómo explica usted la gran popularidad del autor?

— No sé. Presumo que es porque da al público lo que éste cree que necesita.

— ¿Conoce usted al autor?

— Lo he visto una o dos veces.

— Entonces, ¿por lo que usted conoce de él cree que lo que usted dice puede ser cierto?

— Sin duda que es así — respondió él sonriendo de nuevo.

— Comprendo — dijo Cordelia pensativamente. — Así que, según su opinión, las obras de Wentworth King no tienen verdadero valor, sino que son una olla revuelta porque al público le gusta así.

— Puede llamarlo así. Pero...

En ese momento el telón se levantó de nuevo y el compañero de Cordelia quedó silencioso.

Al finalizar el último acto, Cordelia se levantó, tomó su abrigo y se despidió de su vecino con una pequeña reverencia. Un taxi la condujo hasta las oficinas del *Daily Record* y entró en su oficina particular. Tomó la pluma y escribió por unos cinco minutos. Al leer lo que había escrito, una sonrisa apareció en sus labios; tomó el abrigo y salió.

Camino de la calle se detuvo un momento en la oficina del editor de noticias, uno de sus más prestigiosos admiradores.

— Señor Manning — le dijo. — Si dispone de media columna, podré darle dentro de media hora un reportaje de Wentworth King.

El editor la miró sorprendido.

— ¿Wentworth King? ¿Está hablando en serio, señorita Dix?

— No lo tengo todavía — dijo ella, — pero voy a buscarlo. Lo traeré yo misma o se lo daré por teléfono.

ΩΩ

Dos minutos después salía en un auto hacia el Este de la ciudad. El chófer, obedeciendo instrucciones, la dejó en el parque Lane, desde donde ella se dirigió a pie hacia la casa de King.

La casa, como ella lo esperaba, estaba toda a obscuras. Cordelia, después de una corta inspección del frente, dobló una de las esquinas y se acercó al fondo de la casa, donde esa misma tarde había visto una escalera de escape de esas que se colocan en muchos edificios por el lado del patio, y que sirven para escapar en caso de incendio.

No había señas de vida; pero por una de las ventanas superiores salían los rayos de una luz amarillenta. Quedó pensativa por un momento, y después, recogiéndose el abrigo, empezó a subir la escalera con calma.

Al llegar al nivel por donde salían los rayos de luz se detuvo para mirar al interior de la habitación. Pareció satisfecha con lo que vió, pues sin la menor vacilación y con la agilidad de una colegiala, pasó por la ventana al interior. La habitación en donde Cordelia se encontró era espaciosa; las paredes estaban literalmente cubiertas con estanterías, y tan ridículamente amueblada como poco confortable. Un alto pedestal sostenía una lámpara de enorme pantalla amarilla; bajo ésta, completamente ajeno de la presencia de ella, estaba un hombre leyendo un diario. Cordelia se adelantó hasta el centro de la habitación y tosió ligeramente. El efecto fué instantáneo. El hombre del diario dejó escapar un grito de sorpresa y se puso en pie de un salto, mirándola lleno de espanto.



— ¿Qué diablos?... — empezó a decir, casi balbuceando.

— No se asuste, señor King — dijo Cordelia como si estuviera pacificando a un niño. — Debo disculparme por haberlo incomodado. No soy un ladrón ni cosa por el estilo; simplemente una periodista, y he entrado en esta forma porque estaba bien segura que no me dejarían entrar por la puerta de la calle. Vengo para hacerle un reportaje.

King, ya repuesto de la primera sorpresa, mirábala de pies a cabeza con una expresión de abierta hostilidad.

— ¿Usted es una periodista? — dijo ¿y quiere hacer un reportaje? Admiro su descaro, pero me temo que no conseguirá su objeto. Así que, si no tiene inconveniente... — le indicaba con la mano la misma ventana por donde ella había entrado.

— Cuando dije que venía para un reportaje —

dijo Cordelia plácidamente, — no me expliqué con exactitud. En realidad he venido para obtener su aprobación de la entrevista que tuvimos esta noche. Se la leeré para que se entere.

La sorpresa de Wentworth King iba en aumento.

— ¿Qué? — exclamó. ¿Entrevista con usted? ¡Tonterías!

— Oh, sí, claro que sí; — respondió Cordelia sacando unos papeles de su bolsita.

— ¿No se recuerda?... En el teatro.

— ¡Ah! Así que usted es la joven con quien... Ya me parecía que la había visto antes en alguna parte.

— Precisamente. Yo no lo reconocí a usted en el primer momento, pero después recordé haber visto su fotografía en las revistas. Fué por eso que le hablé, aunque jamás me esperaba que usted disimulara su parte tan hábilmente. Me parece que usted pasó un momento agradable descalificando sus propias obras, ¿no es cierto? Verdaderamente fué una buena idea divertirse a costa mía... algo de qué reir después. Yo también pasé un rato divertido. Ahora le leeré el reportaje.

Sacudió el papel y, mientras King la miraba lleno de estupor, empezó a leer lo que al momento reconoció como la descripción de la opinión que le diera en el teatro. La dejó terminar. ¿Había él realmente criticado sus obras en tal forma? «Las caracterizaciones no tienen nada de extraordinario, y en cuanto a las escenas, las encuentro de origen muy vulgar». King se movía nerviosamente en la silla cuando Cordelia terminó su lectura.

— ¿Tiene alguna alteración que hacer? — le preguntó Cordelia al doblar de nuevo los papeles.

El dramaturgo, como despertando bruscamente de una especie de pesadilla, se levantó.

— ¡Usted no puede publicar eso!

— ¿Por qué no? No puede negar que son sus mismas palabras.

— Pero no para una publicación. Era una broma.

— En este caso esperamos que nuestros lectores lo comprenderán — dijo Cordelia envalentonada.

— Pero temo que muchos no lo entenderán así.

— Pero eso me haría un daño terrible. Si eso llega a publicarse en su infernal diario los pleitearé.

— Creo que usted perdería — respondió Cordelia con una sonrisa desafiadora. — Las leyes no aceptan bromas, y además, sería una excelente propaganda para nosotros... y para usted.

Al hablar de propaganda, King tembló perceptiblemente.

— Nadie lo creería — dijo. — No parece lógico que yo hubiera dicho semejante cosa de mis propias obras.

— Pero el caso es que es cierto. Si usted quiere publicaremos su disculpa al día siguiente, aclarando que era su opinión particular, y no para publicación.

El acorralado dramaturgo no podía contener su desesperación.

— ¡Si usted publica esa infame noticia, yo... yo...!

— Hay una forma de arreglarlo — dijo Cordelia con la mayor tranquilidad. — Si usted pudiera reemplazar este reportaje con uno auténtico...

Siguió un largo silencio, durante el cual King la miraba fijamente y pensativo. Poco a poco el enojo fué borrándose en las líneas de su cara, la arrogancia desapareció, una sonrisa se esbozó en sus labios. De pronto echó hacia atrás la cabeza con una ruidosa carcajada.

— Mi querida joven — dijo, al recobrar su dominio. — La felicito; me entrego. Comprendo que estoy vencido. Dígame exactamente qué es lo que quiere.

FIN





ALTA GRACIA. — Grupo de veraneantes gozando del saludable ambiente de estos pintorescos lugares.

Familias del doctor Piccinali y Ambrosini durante una excursión por las sierras.

HOSPEDERÍA PARA SOLTERAS

En el presente año se inauguró y quedó abierto en la calle 44 Oeste de Nueva York, una casa destinada para alojamiento de mujeres solteras o viudas que ganen cortos emolumentos o jornales con su trabajo.

La casa es de trece pisos y tiene 400 habitaciones-dormitorios. Un salón general de recibo y descanso, que se utiliza también como salón de baile, biblioteca, cafetería, comedores, lavaderos, panadería, repostería, etc., y todas las dependencias y comodidades que exige la vida culta y cómoda a que se halla acostumbrada la generación actual.

La pensión completa, que da derecho a un dormitorio, desayuno y dos comidas diarias, oscila desde pesos oro 8.50 a pesos 12 semanales.

Todo verdadero trabajo es sagrado; en todo verdadero trabajo hay algo de divino. El trabajo, grande como la tierra. Sudor de la frente y subiendo de ésta al sudor del cerebro, sudor del corazón.

CARLYLE.

Ultima y Extraordinaria oferta de

TRAJES MODELOS

Necesitamos venderlos todos para dedicarnos pura y exclusivamente al Departamento de Medida, que cada día nos exige mayor espacio y atención. HEMOS RESUELTO, por consiguiente, marcar estos trajes, a un precio de indiscutible conveniencia.

TRAJES

Modelos,

en elegantes y delicados casimires negros, azules, lisos o fantasías, cuyo valor ya rebajado era de pesos 70, ahora, a

$ 44.—

Sólo nos queda un número limitado de modelos, por lo cual le conviene apresurar su visita, para elegir lo mejor.

No deje de aprovechar tan interesante oportunidad.

SASTRERIA DE LUJO

(La más grande en Sud América). No tiene sucursal.

M. ALVAREZ
B. AIRES
B. MITRE ESQ. ESMERALDA

SASTRERIA DE LUJO
(La más grande en Sud América)



NO TIENE SUCURSAL

EN LAS SILUETAS VARONILES

que evidencian elegancia y distinción, está, por lo general, el sello de nuestra casa, la más importante, la mejor organizada en Sud América y la que siempre se encuentra en contacto con los últimos dictados de la moda masculina.

Actualmente ofrecemos de medida

Trajes de Media Estación

en casimires extranjeros, al precio rebajado de

$ 120.—



Remitimos gratis

muestras de casimires, indicándonos color y precio aproximados.

AL INTERIOR

enviamos gratis nuestro catálogo de figurines.

Nuestra casa no tiene sucursal.

GRAN CARRERA DE AUTOS BUENOS AIRES - CORDOBA. — Mariano de la Puente que se clasificó primero.

Bernardo Duggan, entró segundo.

Los controladores recibiendo instrucciones.

El Gobernador, doctor Julio Roca, que concurrió a presenciar la llegada de los corredores.



AUTO - MOTO - AVIACION

LAS PROXIMAS PRUEBAS AUTOMOVILISTICAS

El desarrollo del «Gran Premio 1924» ha producido gran entusiasmo en todos nuestros círculos deportivos, y como consecuencia de ello se habla de otras pruebas, como la la que se realizará el domingo próximo 30 del corriente en el circuito de Morón, carrera ésta que bien puede llamarse la de los «ases» por hallarse inscriptos los mejores volantes nuestros.

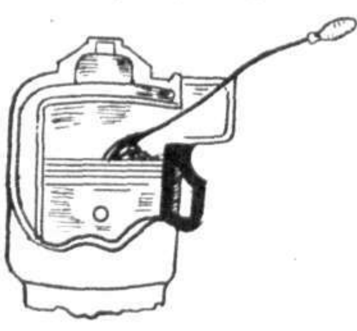
Después de esta carrera y a mediados del mes próximo deben realizarse las que organizan el Buenos Aires Automóvil Club y el Automóvil Club Córdoba, con premios importantes. La primera tendrá lugar en el «circuito grande de Morón» y la segunda en el de macadanizado de Córdoba.

A estas pruebas, seguirá luego, en mayo, el Tercer Circuito La Plata, del Automóvil Club de esta ciudad, con premios hasta para el clasificado en el tercer puesto, mayores a los que se discernieron en la prueba similar del año pasado.

PROCEDIMIENTO PARA QUITAR EL CARBON

EL MÉTODO MANUAL

Hay dos procedimientos más en uso para quitar el carbón de los cilindros, y es el llamado comúnmente a la «raqueta» y al oxigeno.



En el primer método haremos lo siguiente: En ciertos motores se puede sacar el carbón sin necesidad de desarmarlo, para lo que podemos usar de la herramienta que muestra el grabado, con lo que, haciendo subir el émbolo en un punto muerto superior, se introducirá por el agujero de la bujía o por los tapones de la válvula, así se raspará el émbolo, las paredes y culata del cilindro. Luego con trapo mojado en kerosene y atado a la extremidad de un alambre se quitarán las partículas que puedan quedar.

COMO PUEDE DISMINUIRSE EL COSTO DE LAS LLANTAS

El costo de las llantas es una de las más importantes partidas en los gastos de mantenimiento de un automóvil. Para obtener el mayor servicio al menor costo, las llantas deberán inspeccionarse frecuentemente y todas las pequeñas cortaduras o agujeros repararse o taparse a fin de evitar que entre caucho y la tela entre agua y basura que cause ampollas o bolsitas de arena.

Nunca deberán tenerse las llantas desinfladas parcialmente, pues las paredes laterales se doblan excesivamente y la tela recibe tensiones que causan lo que se llama cortadura de la corona. El peligro de perforaciones se disminuye mucho manteniendo las llantas propiamente infladas, pues una llanta dura presenta menos superficie de rodadura que una blanda, y además aplasta objetos aguzados que penetrarían en una llanta blanda.

Al hacer marchar el coche con una llanta desinflada, aun por corta distancia, será costoso de seguro. Es mejor marchar con la corona de la rueda, muy despacio y con cuidado, que con una llanta desinflada.

Téngase presente que el marchar a gran velocidad y el deslizamiento acortan la duración de las llantas. Evítese el retener las ruedas con el freno, pues no hay llanta que resista el que se la arrastre sobre el pavimento de esa manera.

Evítese también el marchar por las vías de los tranvías, en surcos o rodados y el chocar el lado de la llanta contra la orilla de la acera.

Las coronas de las ruedas deberán pintarse todas las estaciones y tenerse exentas de herrumbre.

Cuando un automóvil haya de estar sin usarse por algún tiempo, deberá suspenderse en crikes para quitar el peso de las llantas. Si el coche ha de estar guardado por muchos meses, es mejor quitarle las llantas y envolver las cubiertas y las cámaras de aire separadamente, y guardarlas en lugar obscuro que no esté expuesto a temperaturas extremadas. Quítese la grasa o aceite de las llantas limpiándolas con gasolina. Téngase presente que el calor, la luz y el aceite son tres enemigos naturales del caucho.

PROCEDIMIENTO PARA REPARAR EL CHASIS

Si en algún choque se hubiere deformado y torcido el chassis, se debe enderezar en frío, teniendo después mucho cuidado en evitar cualquier nuevo accidente, que puede fácilmente romper el chassis.

CHASSIS REMACHES

TROZO DE HIERRO DULCE

Si esto sobreviniera, se unirán los dos pedazos con un trozo de hierro dulce y se le sujeta con remaches al caliente, como lo indica el grabado adjunto, y soldando luego con soldadura autógena o eléctrica estos hierros al chassis. Esto se hace en la parte interior, pues por la exterior se sueldan ambos trozos entre sí.

En vez de colocar remaches al caliente, se puede usar provisionalmente tornillos con tuerca bien apretados, luego se suelda todo alrededor de la chapa y entonces se quitan los tornillos y con la soldadura autógena se rellenan perfectamente los agujeros.

Este es un arreglo que durará muchísimo, siempre que esté bien hecho.

EL ACONTECIMIENTO DE LA TEMPORADA

GRAN PREMIO 1924

La nota más sobresaliente del automovilismo nacional lo ha dado seguramente el «Gran Premio de 1924», disputada del 6 al 9 del corriente bajo los auspicios del Automóvil Club Argentino. Prueba de resistencia y habilidad de hombres y máquinas, la carrera de este año, por su distancia (1.520 kilómetros en total) y las dificultades que el mal estado de los caminos ofrecía, ha sido una de las más grandes llevadas a cabo hasta hoy en Sud América.

Y si algo hemos de hacer resaltar como consecuencia de sus resultados en pro del progreso de las manifestaciones de carácter automotriz, es que, a su conjuro, nuestros poderes públicos, las simples comunas vecinales y hasta las comisiones de fomento particulares, han realizado una obra muy meritoria en bien de la vialidad de tres provincias: Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba, porque las carreteras sobre las que se ha disputado, fueron objeto de diversos arreglos para ponerlas en condición de «andar» por ellas. Y con todo ello, los competidores, esos bravos muchachos, que haciendo gala de un corazón a toda prueba, se lanzaron a la batalla cruenta, han pasado mil peripecias, perdidos entre inmensos lodazales, al punto que sus fuerzas físicas han sido, muchas veces, impotentes para vencer las «barreras de barro» levantadas en el camino por obra de las lluvias de esos días, y el paso de las pesadas carretas de bueyes y mulas, que como resabios de épocas pasadas pululan aún por nuestras campiñas...

Hay que ver — nos dicen — la carreta, nuestra vieja carreta de las homéricas cruzadas del progreso — como dijo alguien por ahí, — a través de nuestras pampas, la que todos conocemos por las leyendas, la misma que parapetó las avanzadas de nuestra expansión comercial de los ataques de la indiada indómita, esa es hoy uno de los enemigos más cruentos de nuestras carreteras... No puede tildarse — terminan — de ingratitud nuestra hacia esos pesados armatostes; es que el progreso tiene sus exigencias y... para los campeones argentinos de carretera, no cabe en estos instantes en que aún persiste el eco de sus victorias, más que las loas entusiastas de sus admiradores...

A. Burgos Santillán.



EL MARAVILLOSO PROGRESO DE LA RAZA "ABERDEEN ANGUS" COMO PRODUCTORA DE CARNE DE PRIMERA CALIDAD, NO TIENE RIVAL.

Hace cosa de tres años, atendiendo una misera exhibición de novillos «Shorthorn» en la anual Exposición de animales gordos, celebrada en Palermo, el que suscribe fué bastante atrevido para aconsejar a los criadores argentinos acerca del ejemplar colorado, blanco y rosillo, el favorito en todo el mundo, previniéndoles que debieran darse por avisados para concertar y unir todos sus esfuerzos para defender los antecedentes relacionados con los Shorthorn como productores de carne, porque, en caso contrario, los cultivadores de la raza «Aberdeen-Angus», seguirán ganando popularidad y simpatizadores, todo lo cual reclamará la atención de los interesados en esa producción de carne vacuna, a los efectos de abastecer al público consumidor.

Por extraña coincidencia, muy significativa por cierto, casi la misma nota de alarma era dada por dos principales semanarios de la Gran Bretaña, especializados en los asuntos de ganadería y agricultura; pero, aparentemente, con escaso resultado, puesto que tanto en 1922 como en 1923, la raza «Aberdeen-Angus» y sus cruzas, ganó los primeros honores en las Exposiciones de Birmingham y Smithfield.

Aquí, en la Argentina, durante los pasados tres años, la raza «Angus» ha conseguido notoriamente los principales honores, así por unidad como por grupos, pero también es cierto que, numéricamente, ha estado mejor representada; y de los diversos embarques de novillos enviados desde Buenos Aires a los mercados extranjeros, la carne derivada de los animales de los criaderos de la raza «Aberdeen-Angus» ha sido la más profusamente elogiada.

Y aquí debemos decir que grande como es el prestigio de que disfruta la raza «Shorthorn», lo mismo en este país como en otros pueblos ganaderos, no es, sin embargo, lo bastante para permitir estas continuas postergaciones.

Los criadores de la raza «Shorthorn» con perfecto derecho claman, asegurando que el ejemplar colorado, blanco y rosillo ha resultado bastante más provechoso que el producto de cualquier otra raza en la mestización de los «stocks» de vacunos criollos de pobre calidad hasta colocarlos en el presente alto «Standard».

Pero resulta una verdadera lástima que los criadores de la raza «Shorthorn» no hagan mayores y más efectivos esfuerzos para atender y desarrollar el valor de sus productos para carne ante el público por medio de la presentación de animales gordos en las Exposiciones.

A este propósito, discutiendo y comentando la apatía de los criadores de la raza «Shorthorn» en Inglaterra, decía recientemente un importante diario londinense:

«En esta época, cuando el comercio extranjero ha disminuído sensiblemente, y cuando el precio de los toros es mucho más bajo ahora que lo fué hace años, no se han hecho tentativas por parte de los criadores de la primera raza vacuna para enviar algunos especímenes de primera clase a la Exposición Nacional de Hacienda Gorda, realizada en Smithfield (Londres) para conservar el prestigio de la raza. La competencia es demasiado reñida al presente para admitir tan deplorable actitud como la señalada con este ejemplo, y no hay que ocultar el hecho de que otras razas forjan sus planes para ir delante, aunque sea a saltos y corcovos... sin esperar que, después de esta temporada, los criadores de «Shorthorn» estarán mejor representados en nuestras nacionales Exposiciones de animales gordos... La raza, hablando en general, así productora de carne como de leche, nunca ha estado en mejores condiciones de producir tan magníficos ejemplares como al presente; y sin embargo, otras sociedades de criadores que están haciendo constante propaganda en la que ponen de relieve los méritos de sus animales, hacen lo posible por desalojar a los criadores de «Shorthorns» de las buenas posiciones que ellos ocupan circunstancialmente, lo que conseguirán si los primeros no desplazan mayores energías en conservar y desarrollar el valor de los productos de carne y leche de sus estancias».

Poco menos de 20 años atrás, algunos fuertes estancieros invirtieron largas sumas de dinero en fundar rebaños de ganado «Aberdeen-Angus»; pero después de consagrar, durante algunos años su atención a esta raza, cambiaron de parecer y de nuevo se dedicaron a la cría del animal blanco, colorado y rosillo, y esto lo hicieron principalmente por la razón de que la inmensa mayoría de las personas interesadas en la industria ganadera, no querían saber nada fuera de la raza «Shorthorn», considerada como excelente productora de reses para carne y demás beneficios propios.

Año tras año, los precios pagados por campeones y grandes campeones de toros «Shorthorn» en las Exposiciones nacionales de Palermo y en otras internacionales, se registraron en la proporción de 5 a 6 contra un modesto 3 y algunas veces 4 que alcanzaron los campeones de la raza «Aberdeen-Angus»; y, por otra parte, la situación de las razas hace diez años, nos demuestra que la «Shorthorn» y la «Hereford», fueron, por espacio de décadas, las más populares favoritas de los criadores argentinos.

No obstante todo esto, quedan muchos firmes admiradores de la raza «Aberdeen Angus», y los repetidos éxitos que obtienen sus novillos y sus cruzas en las Exposiciones de animales gordos en todas las partes del mundo, animan a sus cultivadores para multiplicar sus esfuerzos a fin de producir una clase de novillos de calidad que puedan abastecer debidamente las demandas de carniceros y frigoríficos y también la de los exportadores de novillos en pie para los mercados de Europa, que fueron abiertos para recibir el ganado argentino.

Un enérgico grupo de criadores, procediendo conjuntamente, formó una sociedad para el desenvolvimiento y protección de los intereses de la raza, y aunque es de lamentar que el número total de criadores de «Aberdeen Angus» no estén unidos, debe saberse, sin embargo, que ambos bandos o partes de estos criadores han hecho y están haciendo buen trabajo por el desarrollo y la popularidad de la raza que cultivan.

Además, hay que manifestar que en el ganado en pie y la industria lechera, los frigoríficos son un importante intermediario, porque hay que tener en cuenta que ni éstos ni los carniceros compran animales para su propio uso, sino que se proveen con propósitos de revender en la forma de carne lista ya para el consumo del público, para lo cual sus operaciones de compra de animales, tales como novillos gordos, vacas, vaquillonas o terneros, son naturalmente reguladas por la demanda de los consumidores y de los mercados.

Hablando en términos generales, el frigorífico, que representa el principal agente comprador para los productores, no tiene determinada y personal preferencia por la clase de animales que adquiere para ser sacrificados y convertidos en carne, con tal de que ellos le rindan la mejor ganancia. Dicho en pocas palabras: que a pesar de todos los esfuerzos del Gobierno para decretar que los compradores deberán pagar cierto precio fijado por novillos gordos, los carniceros y los frigoríficos se garantizan a sí mismos pagando más altos precios por la casta de vacunos que ellos requieren para satisfacer las demandas al público consumidor, que por otra ordinaria calidad de animales.

En todas partes es bien conocido el hecho de que la «Scotch grown beef» (la bien crecida carne escocesa) alcanza en el mercado de Londres el más alto precio, y el que alcanza la raza «Aberdeen Angus» y sus cruzas es debido al crédito que disfruta por la producción de su alta calidad de carne.

La falta de espacio no me permite referirme ahora a las ventas de ganado «Aberdeen Angus» realizadas en 1924 en Porth (Escocia); pero, de pasada, he de decir que el agente de S. M. el rey y un criador argentino de ganado «Aberdeen Angus» fueron los que hicieron las últimas ofertas en la subasta pública por adquirir uno de los campeones «Angus.»

Aunque es cierto que la raza «Aberdeen Angus» no puede acreditarse seriamente con menoscabo de la «Shorthorn», cuya popularidad en la Argentina es notoria, sin embargo, ha logrado reemplazar a la «Hereford», arrebatándole el segundo lugar que ocupaba y reemplazándola en la cruza para propósitos productores de alta calidad de «chillers».

GUILLERMO St. PETERS



VILLA CRESPO. — Vista parcial de la concurrencia que asistió al baile de disfraz realizado con todo éxito en el Salón Teatro Dorato, de esta localidad.

EL PREMIO NOBEL

El premio Nobel para la medicina ha sido adjudicado a los doctores F. G. Banting y J. J. Mac Leod ambos de Toronto por el descubrimiento de la insulina. Los doctores Banting y Mac Leod ocupan el cuarto y quinto número de americanos que han sido honrados con el Premio Nobel. Se cuentan entre los favorecidos A. A. Mihelsn, quien recibió el premio en 1907 en Física, T. W. Richards lo recibió en Química el año de 1904, A. Carrel fué honrado en 1912 por descubrimientos médicos. Tres americanos han recibido también el Premio Nobel de la Paz; Teodoro Roosevelt en 1906, Elihu Root en 1912 y Woodrow Wilson en 1918.

Ya es conocido que el doctor Federico G. Banting descubrió la insulina, trabajando bajo la dirección del doctor J. J. Mac Leod, el profesor más antiguo de la Universidad de Toronto. Estos dos profesores se asociaron hace un año cuando los experimentos empezaron en el Potter Metabolic Laboratory and Clinic de California y en la la Universidad de Pensilvania.

¿Sabe usted que poniendo bozales a todos los perros se acabaría con la rabia?

ESPECIALIDADES DE LA CASA AMERICA

ACORDEONES Finos

de las afamadas marcas

PIEMONTE y AMERICA

ofrecidos a precios de real conveniencia y oportunidad.

N.° 6012. Hermoso Acordeón "AMERICA" de 8 bajos y 19 voces. Sonido fuerte y vibrante. Lo remitimos con método para aprender sin maestro y embalaje gratis .... $ **21.-**

N.° 6014. Bonito Acordeón "AMERICA" de 8 bajos y 19 voces, tamaño mayor. Con método y embalaje gratis .... $ **26.-**

N.° 6015. Precioso Acordeón "PIEMONTE" de 8 bajos y 19 voces de acero. Con método y embalaje gratis .... $ **30.-**

N.° 6016. Regio Acordeón "PIEMONTE" de 8 bajos y 19 voces de acero. Esquineras "STRADELLA". Con método y embalaje gratis .... $ **45.-**

N.° 6017. Gran Acordeón "PIEMONTE" de 8 bajos y 21 voces de acero. Con método y embalaje gratis .... $ **67.50**

N.° 6037. Acordeón "PIEMONTE" a PIANO. 36 bajos y 34 voces. Con estuche y embalaje gratis .... $ **190.-**

N.° 6038. Acordeón "PIEMONTE" a PIANO. 48 bajos y 34 voces. Con estuche y embalaje gratis .... $ **210.-**

N.° 6040. Acordeón "PIEMONTE" a PIANO. 60 bajos y 34 voces. Con estuche y embalaje gratis .... $ **235.-**

N.° 6039. Acordeón "PIEMONTE" a PIANO. 80 bajos y 34 voces. Con estuche y embalaje gratis .... $ **275.-**

N.° 6041. Acordeón "PIEMONTE" a PIANO. 120 bajos y 34 voces. Con estuche y embalaje gratis .... $ **320.-**

Gran catálogo ilustrado remitimos enviándonos $ 0.20 en estampillas.

Cuerdas Armónicas insuperables

Solicite un encordado de ensayo y se convencerá.

Remitimos franco:

1 encordado	N.° 1	$ 2.70
1 »	N.° 2	$ 3.60
1 »	N.° 3	$ 4.20
Los tres juntos		$ 10.-

VIOLINES Finos

Tipo de Auténticos

STRADIVARIUS

N.° 4100 bis. Hermoso Violín tipo "CONSERVATORIO". Buenas voces. Se remite completo, con estuche, arco y pez, por sólo .... $ **33.-**

N.° 4101 bis. Buen Violín de Orquesta, construcción esmerada. Lo remitimos completo con estuche, arco y pez, al precio irrisorio de .... $ **38.-**

N.° 4102 bis. Precioso Violín de Salón. Instrumento fino. Lo ofrecemos completo con estuche, arco y pez, por sólo .... $ **45.50**

N.° 4103 bis. Violín de Gran Orquesta, terminación perfecta, voces inmejorables. Completo, con estuche, arco y pez .... $ **53.-**

Otros modelos de Violines desde $ 25. hasta 2.500.- pesos

Solicite Gran Catálogo Ilustrado N.° 24 enviando $ 0.20 en estampillas.

Guitarras "AMERICA"

Las más famosas por su sonoridad y construcción artística.

N.° 3013. Muy buena GUITARRA de voces inmejorables construída con maderas bien estacionadas .... $ **14.-**

N.° 3015. GUITARRA construída en madera extrafina de nogal con cenefa alrededor de la tapa arménica .... $ **19.-**

N.° 3017. Rica GUITARRA gran tamaño, construída en fina madera de nogal con adornos de mosaicos .... $ **23.-**

N.° 3004. Regia GUITARRA con boca de estrella, instrumento fino y recomendable, igual al dibujo, a .... $ **30.-**

N.° 3005. Preciosa GUITARRA VALENCIANA legítima, en fina madera de nogal de los Pirineos **39.-**

Con cada guitarra regalamos el método AMERICA para aprender sin maestro.

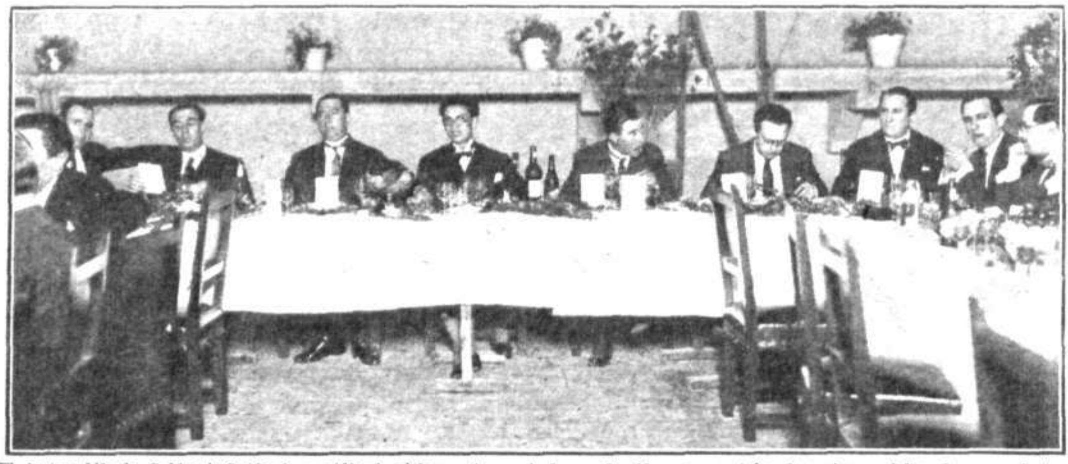
El embalaje es gratis. Cualquiera de estas guitarras puede llevar clavijero mecánico aumentado su precio en $ 3.—.

Otros modelos de guitarra hasta $ 500.—. Solicite Catálogo N.° 23 enviando $ 0.20 en estampillas.

CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI
CASA AMERICA

Av. de Mayo 979
BUENOS AIRES

No tenemos Sucursales.
No cerramos los Sábados.



El doctor Alfredo Goldsack Guiñazú, presidiendo el banquete que le fuera ofrecido por un núcleo de amigos, celebrando sus recientes triunfos literarios.

LA ENERGÍA ELÉCTRICA

Los factores industriales más importantes en el progreso humano desde la Edad Media han sido el descubrimiento y aplicación de la energía del vapor y la electricidad.

Ambos descubrimientos trajeron por resultado la utilización de un inmenso caudal de energía latente en la Naturaleza en numerosas aplicaciones a la industria y a la de transportes.

Las aplicaciones del vapor en las industrias constructivas señalaron la pauta para las aplicaciones de la electricidad en el siglo XX.

Hace todavía treinta años comenzamos a utilizar la energía eléctrica en la industria y en la de transportes. En 1895 se transmitió por primera vez la energía eléctrica, comercialmente, desde las Cataratas del Niágara.

Desde 1900 hemos visto convertirse esta energía gigante — la electricidad — en el factor que presta mayor servicio a la humanidad. Esto explica en parte el porqué de la gran evolución que esta gigantesca fuerza está haciendo en el mundo entero.

Los inventos modernos han encauzado y utilizado la energía eléctrica, y el tremendo desarrollo en la producción y capacidad de la industria, según demuestran las estadísticas y los diagramas generales al respecto, y ellos pueden darnos una idea de lo que debemos esperar en lo futuro.

Envíe el cupón, hoy mismo,

y le serviremos, en condiciones liberales,

LA ENCICLOPEDIA COMERCIAL

EL COMERCIANTE MODERNO

publicada bajo la dirección de Mr. Maurice Potel.

Con esta obra, la Técnica comercial Moderna se halla a su alcance.

Si necesita un consejero; si precisa un dato; si quiere marchar con firmeza en la vida de los negocios y rodear a éstos de las mayores garantías de seguridad y éxito; si necesita ampliar sus conocimientos y práctica del comercio adquiriendo, a la vez, ideas nuevas, debe poseer **EL COMERCIANTE MODERNO** obra de consulta, documentadísima, competente y capaz de responder — en todo momento — a las exigencias del comercio moderno.

Pida gratis el folleto explicativo.

Esto es



lo que necesita EL COMERCIANTE que quiera obtener éxito en sus negocios.

EL EMPLEADO que desee mejorar notablemente su situación.

3 tomos: tamaño 25 × 18 centímetros con 1.100 páginas cada uno conteniendo las siguientes materias:

- Aritmética comercial.
- Contabilidad.
- Caligrafía.
- Taquigrafía.
- Mecanografía.
- Publicidad.
- Correspondencia.
- Técnica comercial.
- Cálculo mercantil.
- Geografía comercial.
- Documentación mercantil.
- Banca.
- Bolsa.
- Economía Política.
- Exportación.

BOLETIN DE COMPRA

Yo, el abajo firmado, mayor de edad, declaro comprar a **Ediciones Labor de Buenos Aires,** un ejemplar completo en tres tomos, lujosamente encuadernado, de la **Enciclopedia Comercial, El Comerciante Moderno,** por el precio de **$ 62.—** m/n.; el cual me debe ser entregado, franco de porte, antes de 15 días. Me comprometo a pagar el total importe de la obra, efectuando una **entrega al** contado de **$ 7.—** m/n. y satisfaciendo el resto en 11 cuotas mensuales de **$ 5.—** m/n. cada una, las cuales me obligo a remitir, una cada 1.° de mes, a **Ediciones Labor de Buenos Aires.** La obra la considero en calidad de depósito mientras no haya satisfecho su importe total.

En un solo pago al contado; $ 54.— m/n. — Bórrese el modo de pago que no convenga.

Remito en....................... $ ..m/n.

....

Nombre y **apellido**.........................

firmado.

Profesión.............................

Empleado en..........................

Domicilio particular.....................

Localidad..............................F. C.......

Provincia...............................

En caso necesario puede pedir informes míos a:

D...................................de.........................

D...................................de.........................

Estos señores no serán considerados, en ningún caso, como fiadores.

Corte o copie este cupón y envíelo a:

Concedemos largo Crédito.

7 $ m/n. al contado y 11 mensualidades a cada una. **$ 5 m/n**

Cupón para el Folleto gratis de «El Comerciante Moderno».

D..

Profesión...................................

Calle.......................................

Pueblo......................................

F. C.........Prov...........................

Envíe este cupón a:

EDICIONES LABOR — Piedras, 599. Buenos Aires.



El Juez Federal, doctor Ubaldo Benci, presidiendo la Junta Escrutadora, en las últimas elecciones.

EN FAVOR DEL SISTEMA MÉTRICO-DECIMAL

En el discurso presidencial pronunciado por sir R. Gregory en la Asociación Decimal, de Londres, se aboga por la adopción del sistema métrico-decimal en Inglaterra, para evitar las dificultades que ofrece la práctica del sistema hoy en uso.

Actualmente son 46 las naciones que tienen adoptado el sistema métrico, pudiendo decirse que las únicas naciones civilizadas que no lo emplean todavía son Inglaterra y los Estados Unidos de América.

Todos los países de lengua inglesa en que no se halla adoptado el sistema métrico, no tienen completa conformidad en sus medidas.

Sir R. Gregory opina que éstas se verán obligadas a adoptarlo, ya que las unidades eléctricas se hallan basadas en él; las longitudes de onda en las comunicaciones inalámbricas se hallan expresadas en metros, así como las prescripciones e instrucciones referentes a distancias y medidas en aviación internacional.

La Decimal Asociation, de Inglaterra, y la American Metro Asociation, de los Estados Unidos de Norteamérica, no cejan en sus trabajos de propaganda para la pronta adopción del sistema métrico-decimal en sus respectivos países.

LA SIDRA ASTURIANA

Según los datos últimamente recogidos, Asturias produce, unos años con otros, 236.824 hectolitros de sidra común y unos 35.000 hectolitros de sidra espumosa, lo que da un total de 271.824 hectolitros.

El valor de estas producciones se eleva a más de 14 millones de pesetas.

EL HIJO PRESTADO

por

PEDRO HEREDIA

DIBUJOS DE BESARES



UNA salva de aplausos acalló las últimas palabras del doctor Helmer, quien con su elocuente verbo había entusiasmado al selecto auditorio que de bote en bote llenaba el aula magna de la Facultad de Medicina; y académicos, profesores, alumnos y periodistas, se retiraban comentando en los pasillos los espléndidos resultados obtenidos con la atrevida operación, de la que, indudablemente, debían sacarse consecuencias que revolucionarían los modernos conocimientos de las ciencias médicas. Ya no se trataba de la terapia practicada en *endocrinología* con glándulas animales, sino del trasplante de las glándulas *intersticiales* de un hombre a otro — y la sorpresa fué grande, cuando se supo que el paciente era el doctor Bernárdez, quien con su presencia, atestiguó los maravillosos efectos obtenidos.

Pero mientras todos salían satisfechos y contentos, los unos por haber aprendido algo importante, los otros sugestionados por la elocuencia del orador, y los más porque veían ya resuelto el problema de la juventud eterna, sólo uno se alejaba triste y abatido, apartándose de la enorme concurrencia, precisamente quien debía manifestarse más satisfecho — Bernárdez — que con paso lento y como agobiado por un terrible pesar, trataba de esquivar las felicitaciones de los amigos y las miradas insistentes y escrudiñadoras de los curiosos.

II



EL doctor Bernárdez había hecho un culto de su profesión y sin conocer más amor que el profesado a la ciencia había envejecido prematuramente a causa del excesivo desgaste intelectual. Sin embargo, se susurraba que en su juventud hubo algo... que no pudo ser y que, a fin de ahogar esa pasión intensa que le consumía, (solo, sin familia, ni parientes) se consagró por entero al estudio dedicando a la ciencia todas sus energías, todo su cariño, que compartía con el de su joven discípulo — el doctor Hemer — quien debía proseguir su obra y con quien pasaba las mejores horas de su vida en la investigación de nuevas verdades científicas, producto de su vasta erudición. Y así continuaría aún aquel apóstol de la medicina, si un hecho extraordinario no hubiera cambiado de tal modo los acontecimientos que transformaron totalmente la faz de su vida.

Desde algún tiempo, Hemer, había notado que su profesor deseaba hacerle alguna confidencia y en muchas oportunidades creyó llegado el momento de la confesión; pero el maestro parecía arrepentirse, alejándose con cualquier pretexto como te-

miendo revelar su importante secreto. Hemer, observador inteligente, sospechó de inmediato los motivos que le tenían intranquilo, pues Bernárdez, descuidado de común en su manera de vestir, lo hacía ahora con elegancia extrema, cuidando con esmero de toda su persona, y lejos de ejecutar sus labores científicas con aquel ferviente entusiasmo de antes, actualmente parecía cumplirlas con desgano.

III



Un hermoso día de septiembre, mientras maestro y alumno, hallábanse absortos en la observación de no sé qué cultivo microscópico, se presentó en el laboratorio — sin anunciarse, diríase como una aparición — la señorita Eugenia, portadora de un precioso ramillete de flores.

Hubo unos segundos de confusión, durante los cuales la niña, firme en el umbral de la puerta, ofrecía el obsequio al eminente médico, llena de candorosa gracia, y en ese breve instante, Hemer terminó de comprender todo lo que ya sospechaba.

— Mi amable y bondadoso salvador — dijo Eugenia con cristalina voz dirigiéndose al doctor Bernárdez. — Mi primera visita ha sido para usted, portadora de estas flores, las primeras también de mi jardín que abren sus trémulos pétalos para recibir las tiernas caricias de la brisa primaveral. Ellas son testigos de mi eterna, de mi inmensa gratitud. Le dirán con su misterioso lenguaje todo lo que mi alma siente y que jamás sabré expresar con palabras, que resultarían pálidas para traducir este mi intenso afecto. Usted me arrancó de las garras de la muerte, y a usted dedicaré gustosa mi vida, que de hecho ya le pertenece.

Bernárdez tomó las flores con la timidez de un niño, acariciándolas con su trémula mano, sin poder articular palabra alguna. La emoción le embargaba, inhibiendo todas sus facultades. Era la primera vez que en su larga carrera de médico — llena de desilusiones y rica de desengaños — recibía pruebas tan sinceras de agradecimiento no fingido.

— Nada debe agradecerme, Eugenia, sólo he cumplido con mi deber de médico — dijo al fin Bernárdez, — como si despertara de un ensueño, y nuevamente se produjo un embarazoso silencio que con admirable tacto consiguió interrumpir Hemer, entablándose así una amena conversación sostenida casi siempre por la recién llegada, que con sus finos modales y sus encantos físicos, subyugaba a sus dos interlocutores que escuchaban con placer los detalles de su terrible enfermedad, y cómo habíala salvado Bernárdez después de ser desahuciada por muchos facultativos.

— Suya es mi vida — terminó diciendo. — Puede hacer de ella lo que le plazca.

La visita fué corta, pero interesante, y una vez solos nuestros médicos, uno frente al otro, sostuvieron una larga mirada con la que parecían decirse todo lo que sus labios no osaban. Pero ambos se comprendieron.

— Maestro, la felicidad ha entrado en su casa y usted no debe desecharla.

— ¿Qué me quieres decir?

— Usted debe casarse con esa niña.

Hubo una pausa.

— Maestro, no titubee, aun está a tiempo de ser usted feliz; y si hemos de creer en un ser superior *El* es quien le envía a ese ángel para dulcificar su existencia.

— He pensado mucho... He meditado día y noche... En algunos momentos creí vacilar y estuve a punto de consultarte, pero el espejo me detuvo cuando reflejó mi vieja figura, y deseché con horror mi absurdo, mi ridículo amor senil. Por otra parte, ella siente por mí sólo agradecimiento, producto de la bondad de su alma, de su exquisita sensibilidad y que un romanticismo propio de la juventud le hace confundir con el amor.

— Pero de lo uno nace lo otro...

— No insistas. Sería labrar la desdicha de esa niña uniendo su destino a mi vejez.

— ¿Vejez, dice usted?... ¿Y todos nuestros estudios para combatirla?... ¿Y nuestras sorprendentes experiencias practicadas?...

— Sí, de acuerdo, magníficas; pero es menester saber ser viejo. Cada cosa a su edad. No contrariemos a la sabia naturaleza.

IV



Un hecho inesperado cambió por completo los destinos de nuestro sabio doctor.

Todas las mañanas se dirigía al Hospital de Clínicas, donde los enfermos le esperaban como al enviado del cielo; y su puntualidad era tal, que jamás había faltado ni llegado después de sus alumnos.

Aquel día se retardó a causa de un artículo que debía terminar para la revista de «Ciencias Médicas».

— Juan, apura la marcha, estoy atrasadísimo.

— En diez minutos llegamos, doctor. Y aquel formidable muchachote de brazos hercúleos y tez bermeja, firme en el volante, haciendo ziszás con acertadas maniobras, desviaba el encuentro con un coche, el cruce de un tranvía, o el paso de un peatón, que asombrado veía volar aquel auto fantasma. Y a dos cuadras ya de la Facultad, cuando creían haber llegado, un carro se interpuso en el camino. El choque fué terrible...

Acudió la ambulancia. Médico y chófer, yacían desvanecidos, confundiendo sus cuerpos entre los añicos del destrozado automóvil.

Hemer los atendió prodigándoles todos los cuidados posibles. Juan no tenía salvación, pocos minutos de vida le quedaban, su cabeza había sido completamente destrozada; en cambio Bernárdez sólo sufría un síncope debido a la conmoción y a heridas sin importancia.

Y mientras el discípulo contemplaba a su desvanecido profesor frente a la cama del moribundo Juan, una idea como relámpago iluminó su cerebro. Trasplantaría toda la vitalidad de aquel hercúleo moribundo, rejuveneciendo el cuerpo de su viejo maestro.

La atrevida operación llevóse a término, de cuyos resultados diera cuenta en el aula magna de la «Facultad de Medicina» y cuyos sorprendentes efectos

habían decidido a que el doctor Bernárdez se uniera en matrimonio con la gentil Eugenia.

V



Un hermoso niño llenó de alegría el feliz hogar. Bernárdez, radiante de dicha, cifraba todas sus ilusiones en aquel angelito, edificando continuos castillos en el aire y forjando miles de fantásticos ensueños sobre el porvenir de su idolatrado hijo. Todos los instantes que la profesión dejábale disponibles, los dedicaba a ilustrar a su esposa sobre la forma de criar al niño fuerte y sano, normas que la diligente Eugenia cumplía al pie de la letra en sus mínimos detalles, uniendo a los sabios preceptos todo el calor de la ternura maternal. Y así crecía robusto y vigoroso aquel niño, ídolo del hogar Bernárdez, en que todos los deseos, todos los pensamientos y todas las aspiraciones, tenían como único fin la perfección física e intelectual del hijo adorado.

Los primeros pasos, que el niño pudo andar solo, provocaron una alegría sin límite en el tierno corazón del padre, y las primeras palabras pronunciadas por la inocente criatura dieron motivo al tema obligado de todas las conversaciones y en todas partes, durante cerca un mes.

La dicha era completa. Bernárdez no se cansaba de bendecir a su discípulo Hemer, que había contribuído a ella. Pero como nada es duradero en este mundo, y como la felicidad no es de esta tierra, he aquí que, bien pronto, el semblante risueño y jovial de Bernárdez, preocupado por una terrible obsesión, se transformó ahora en adusto y ceñudo. Eugenia lo había notado y recibió algunas contestaciones secas y fuera de lugar, cuando con sus caricias quiso disipar y conocer la causa de tan brusco cambio. Lloró en silencio, sin saber a qué atribuír el extraño comportamiento de su marido. Creyó que pudiese estar celoso de Hemer, y con suma habilidad trató de no comparecer cuando éste venía de visita, pero en vano; Bernárdez cada día se mostraba más hosco y lejos de acariciar a su hijo como en otros tiempos, ahora parecía mirarlo con desprecio, lo que llenaba de dolor a la pobre madre.

VI



El niño tenía ya seis años. Su padre le observaba de continuo en sus más mínimos modales, y esos gestos, esas palabras, esas ocurrencias, que antes hacían toda su delicia ahora le exasperaban.

Una tarde, como de costumbre, desde su escritorio Bernárdez contemplaba detrás de los cristales a su hijo, que sentado a la sombra de una acacia en el espacioso jardín, escuchaba a la institutriz, quien parecía explicarle algo interesante. La placidez de la tarde, el murmullo misterioso del viento que suave acariciaba el verde follaje, y la angelical figura de su hijo, con esa expresión característica de los niños cuando escuchan atentos algo agradable, contribuyeron a conmoverlo y sintió humedecer sus ojos en un arranque de ternura. Estuvo a punto de correr junto a su hijo y cubrirlo de besos, arrepentido de los malos pensamientos que desde algunos meses le torturaban; pero se detuvo, viendo que el niño tomaba la palabra como para contradecir algo de que no estaba de acuerdo con el relato.

Las palabras apenas llegaban a oído de Bernárdez, pero la aptitud que tomó su hijo volvió a desconcertarlo; gesticulaba en una forma grosera con ademanes ordinarios, y como la *nurcery* insistiera en calmarlo, el niño más se encaprichaba y más se enfurecía, y cuando aquella quiso imponerle silencio llamándolo al orden, el muchacho, rabioso, la emprendió a golpes contra la sorprendida mujer, que con inútiles esfuerzos quería reducirlo.

Bernárdez no pudo reprimir un grito de angustia. Sí... no se había equivocado, terminaba de descubrir en su hijo los mismos ademanes, el mismo timbre de voz, la misma expresión de su extinto chófer Juan. Aquel no era el hijo soñado. Ese no era su legítimo heredero, en quien había cifrado todas sus esperanzas, todas sus ilusiones... Ese era un hijo prestado, producto de un injerto, un híbrido, el hijo de otro, de quien traía el parecido físico y moral como castigo del cielo y para vergüenza suya... y ante este terrible pensamiento que desde hacía tiempo le torturaba sin cesar, en un acceso de dolor, de celos y de ira, cayó al suelo, sin sentido.

VII



La desconsolada Eugenia llamó a Hemer, que solícito prodigó toda suerte de atenciones para procurar el restablecimiento de su querido maestro, pero éste parecía haber perdido el juicio, y si tenía un momento de calma volvía a perderlo con la presencia del hijo. Y cierto día, cuando éste, ajeno e inocente, a instancias de la madre (que ignoraba también la terrible tempestad que se desencadenaba en el agitado cerebro de su marido) se acercaba temeroso ante el lecho de su padre para besarlo, fué rechazado con un rugido espantoso como si saliera de la garganta de un león.

—Lejos... lejos de aquí... No quiero verte — gritaba. — Tú no eres mío... Y daba espanto verlo; sus ojos parecían salirse fuera de las órbitas. — Y tú, insensato Hemer, déjame también, te odio... me da horror pensar que con tus infernales operaciones pretendas engañar a la naturaleza... miserable... ella se ha burlado de ti... Y una risa estridente, destemplada, hizo derramar lágrimas de dolor a la pobre Eugenia, que fiel a su palabra y mártir de un destino cruel, cuida aun del desdichado Bernárdez.



De Santiago del Estero



Concurrentes al festival organizado por "Asociación El Maestro", festejando el tercer aniversario de su fundación.

COMO DEBE VD. SENTARSE

La manera de sentarse es más importante de lo que generalmente se crée. Es un ramo de la higiene que al ser descuidado, produce individuos dispépsicos.

Una postura abandonada al sentarse coloca el estómago fuera de su posición natural; después de algún tiempo, este desquiciamiento se convierte en crónico; entonces los alimentos no encuentran expedito su camino natural y todo el sistema se priva de una parte de las substancias nutritivas necesarias para la sangre y para reponer los tejidos; además, lo mal digerido se convierte en ptomainas y otras substancias venenosas que a la larga contaminan el cuerpo.

Para sentarse correctamente se necesita que el alto y el ancho del asiento y de la mesa o del pupitre en que se escribe estén perfectamente calculados y ajustados a la estatura de la persona.

El alto de la silla en que se siente uno para escribir, debe ser exactamente de una cuarta parte de la estatura midiendo desde el suelo. Por ejemplo, si se tiene un metro y cincuenta centímetros de estatura, la silla debe tener 37 centímetros y medio de alto. La mesa o el pupitre debe ser dos tercios más altos que la silla; teniendo ésta, por ejemplo, 36 centímetros de alto, el pupitre debe tener 60 centímetros de altura.



De hoy en adelante el auto liviano de la Star Motors Inc. se llamará "Rugby".

Este cambio de marca ha sido motivado por causas ajenas a nuestra voluntad: Desde hace años la palabra "Star" está registrada en este país y por eso no podemos emplearla.

Para resolver esta situación y también siguiendo instrucciones recibidas del Sr. W. C. Durant, presidente de la Star Motors Inc., se ha decidido cambiar dicha marca y dar un nombre propio a este automóvil.

"Rugby" es el nuevo nombre elegido y en adelante será el nombre oficial del automóvil liviano de la Star Motors Inc.

Importadores:

DITLEVSEN y Cía.

COCHABAMBA, 54 — BUENOS AIRES



PUENTE DEL INCA.—Sres. Stoler, Aragón, Vivaldi, Moyano Lanús y Stevens, durante una ascención al Aconcagua.



Grupo de veraneantes, en la Quebrada Teniente Matienzo, rindiendo un homenaje a la memoria del intrépido aviador.



Señoritas de Fourcade y Dolberny, al pie de una cascada.

FLORIOL

COLORANTE IDEAL

En todas las Farmacias
se vende a $ **0.80** la pastilla
en todos los colores de moda.

Defiéndase...

contra sus dolencias tomando

DINAMOFERRIN

FLINDT

El **DINAMOFERRIN Flindt** es elaborado de acuerdo con los más modernos y probados principios científicos. Contiene COCA, KOLA, HIERRO, FÓSFORO, ARSÉNICO y ESTRICNINA en proporciones justas.

EL FRASCO, $ **3.20**
En todas las farmacias.

Ensaye Vd. un frasco.

Envíenos $ 0.20 en estampillas y recibirá el interesante libro; «Las enfermedades más comunes».

UNICO DEPOSITARIO:
DROGUERIA AMERICANA
BMÉ. MITRE, 2176 BUENOS AIRES

Coches Plegadizos "Sturgis"



Los coches plegadizos "**STURGIS**" son los más lujosos y más fáciles de manejar.

Estos coches no necesitan mecánicos para armarlos.

Para viajes son muy fáciles de transportarlos, se cierran y ocupan un espacio muy reducido.

FEENEY y Co.

Casa Matriz: **PERU esq. VICTORIA**
Sucursal: **461 - CANGALLO - 461**
Agencia: **35, RAMBLA BRISTOL** - Mar del Plata.

CASA MARTIRADONNA

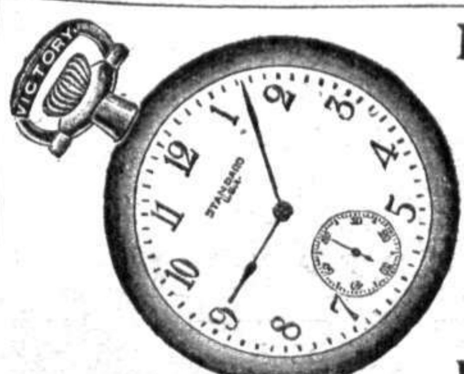




N.º 278. — **Juego de dos alianzas**, forma ½ caña, de puro oro 18 kilates garantido, macizo, con grabado, estuche y un cintillo fantasía de regalo. Precio excepcional... **$ 30.—**
N.º 279. — Más pesadas, a........................ **» 42.—**

SOLICITE CATALOGOS	SE RECIBEN CARTONCITOS DEL "43"	VENTAS por mayor y menor
BRASIL, 1182. Casa Central.	**BUENOS AIRES**	**BRASIL, 1054** Sucursal.

A media cuadra de la estación Constitución.



RELOJES DE ORO "GRATIS"

Escríbanos y le explicaremos cómo puede usted obtener un Reloj de Oro Rellenado, Garantido por 10 años, como premio, "Gratis".

Edgar T. Ely - **Chacabuco, 431 - Bs. Aires.**




UN CASO TERRIBLE



Mario Ledesma era un excelente muchacho, pero un tantillo calavera. Se recibió de médico a los veintitrés años, lo que representaba un dignísimo contrapeso a todas sus aventuras donjuanescas.

Alto, rubio, de cabellos encrespados, de ojos azules y luminosos, de apostura hidalga, Ledesma era lo que las niñas llaman «un lindo muchacho».

Su continente atraía de inmediato; hablaba con una facilidad encantadora, acompañando las palabras con ademanes y gestos llenos de gracia y distinción. Su charla cautivaba siempre, aunque fuera trivial el motivo que la movía.

De más está decir, pues, que con tales atributos juveniles no tenía mucho que andar para encontrar la fuente de la adorable niña de los ojos vendados.

II

Mechita Martínez era desde hacía algún tiempo la novia de Mario Ledesma. El le había prometido bajo juramento solemne de estudiante que, una vez recibido, se casaría con ella.

Mecha era bastante hermosa. Fina y alta, de ojos profundos y negros y cabellos más negros aún. Tanta negrura resaltaba divinamente sobre la seda de una piel blanquísima. Brazos torneados (lugar común), manos ducales (otro lugar común) o cualquier cosa por el estilo. Uñas cortadas en punta y convenientemente pulidas y lustradas en rosa.

Era una niña de sociedad. Sabía de todo, ¡eso sí! Bailaba, pintaba, tocaba el piano, cantaba todos los couplets de moda; iba a Mar del Plata con su muy respetable familia, en la época en que todos van a Mar del Plata, no porque hace calor, sino porque todos van a Mar del Plata. Se sabía la «guía social» de memoria, manejaba el automóvil, en fin, y otras monerías no menos apreciables y no menos inútiles.

Claro está (a la verdad, no sé si está muy claro), Mario Ledesma estaba encantado. Mechita era una novia ideal. ¡Ah, sí!

Sólo una cosa le disgustaba a Ledesma, encontrándola de «exquisito mal gusto», y era que Mechita solía hablarle a menudo de casamiento.

¡No, eso no podía ser! ¿Casarse él? ¡No faltaba más! ¡Ahora, precisamente ahora que ya se había recibido de médico!

Pero el amor seguía. Los invisibles lazos se iban uniendo cada vez más.

Llegó un día — el inevitable día — en que los padres de Mecha le plantearon al muy orondo amador el «asunto», y aquí Ledesma desarrolló toda su riqueza verbal y, mediante sabias evasivas protocolares, salió del vericueto.

¡Pero ahora era ella, era ella la que le pedía el cumplimiento de la palabra empeñada!

Ledesma, con sutiles artimañas, supo disuadirla de tan prosaica idea y hasta logró convencerla de que el casamiento no sentaba bien.

Se retiró de la casa para evitar futuros encuentros con el señor Martínez, pero siguió viéndose con Mecha en otras partes.

Convencióla de que tenía que seguirle para siempre, abandonando para ello a sus padres. Con él viviría una vida más bella, más llena de luz, porque estaría rebosante de amor.

Poco tiempo después, el demonio del Pecado se iluminó en su honda sonrisa, y la paloma se embriagó con el arrullo acariciante, y desplegó su vuelo.

III

Pasaron algunos meses (esto es imprescindible para el desarrollo del argumento), y en el corazón de Mario empezó a nevar el terrible invierno del hastío y la belleza de Mecha se fué haciendo cada vez más pálida y dolorosa.

La pobrecita, para vivir unas horas felices, unos momentos aunque fuera, se daba inyecciones de morfina, y así lograba olvidarse de su desventura. El efecto del veneno no tardó en diseñar en la cara de Mecha su mueca inconfundible y trágica.

Un día, cansada, huyó de la casa en la que había sido feliz una primavera, y se perdió en la caravana de los que pasan.

Mario se preocupó al principio; pero, poco tiempo después, ¡el muy pérfido! cantó la bienvenida de un nuevo amor, y se olvidó de la suave chiquilla alocada y traviesa que lo siguiera por amarlo.

IV

Y en este breve capítulo final se justifica el título de esta dolorosa aventura.

Después de un año y medio, más o menos, Mario Ledesma, el doctor Mario Ledesma, grave y erguido, enfundado en su blusa nívea, recorría la sala austera del anfiteatro de su hospital.

Necesitaba un cadáver para estudiar un punto. Se detuvo ante uno que se hallaba cubierto por una sábana y, al descubrirlo, se encontró... ¡Claro! Todos creeréis que se encontró con Mecha. Pues no y no, señores: se encontró con un cadáver cualquiera.

Mechita debe andar por ahí todavía.

ALFREDO R. BUFANO






NUEVO MODELO - 2102
VISIBLE DE 40 LITROS

SISTEMA

BOWSER

Casa Establecida en 1885

Rapidez, Exactitud y Control

en el Expendio de Nafta.

Las bombas "BOWSER" han sido el símbolo de buen servicio de nafta para millares de automovilistas durante muchos años. Otros se enteran diariamente de la exactitud y seguridad de estas bombas. Por lo tanto, la confianza absoluta del público en los aparatos "BOWSER", los hace cada día más populares. Su ventaja sobre otras marcas es evidente.

Hay modelos con visible, tipos especiales para la campaña. Dispositivos de medida visible. Equipos para aceites lubrificantes, etc.

Soliciten catálogos y precios a los
Unicos Representantes:

DONNELL & PALMER

554, MORENO, 572 — BUENOS AIRES

o a sus Agentes en Rosario: FLANAGAN & Cía. - Santa Fe, 1053.

Haga Fortuna

estudiando uno de nuestros cursos profesionales.

Mande su dirección y recibirá gratis un **MANUAL PARA APRENDER A ESCRIBIR A MAQUINA** y folletos explicativos de los cursos que enseñamos por **CORRESPONDENCIA**.

ESCUELAS SUDAMERICANAS

1059, LAVALLE, 1059 BUENOS AIRES

(LA ESCUELA MAS GRANDE DEL MUNDO)

Nombre ....

Dirección ....

Localidad ....

C. C.

TENEDOR DE LIBROS — TAQUIGRAFIA — ORTOGRAFIA — ELECTRICISTA — DIBUJO ARTISTICO — CONSTRUCTOR — ARITMETICA — CONTADOR MERCANTIL — CORRESPONDENCIA — CALIGRAFIA — MECANICO — DIBUJO MECANICO — CHAUFFEUR — MAQUINISTA.

RIO NEGRO (Carhué). — Grupo de distinguidas veraneantes, comentando risueñamente la singular silueta de algún "tiburón".

Señoritas de la sociedad carhuense en la Rambla del balneario.

Una atrayente "sirena" en pose para nuestra revista.

Señoritas de Vapelius, Larrecachea y Shedend.





Señores SCHOLL Mfg. Co.
Sírvanse mandarme una muestra, gratis, de ZINO-PADS
Nombre ....
Dirección...



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

151, CHACABUCO, 155 — BUENOS AIRES

TELEFONOS: Dirección: Unión, 0598 (Aven.)
Administración: Unión, 2316 (Aven.)

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL:		EN EL INTERIOR:	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00
Semestre	» 5.00	Semestre	» 6.00
Año	» 9.00	Año	» 11.00
Núm. suelto	20 ctvs.	Núm. suelto	25 ctvs.
Núm. atrasado	40 »	Núm. atrasado	50 »

EN EL EXTERIOR:

Trimestre	oro $	2.00
Semestre	» »	4.00
Año	» »	8.00

Para Bolivia, Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, Estados Unidos de América, España, Ecuador, Filipinas, Honduras, Méjico, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay.
Año .... $ oro 5. —

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.



INTENDENTE ALVEAR (Pampa). — La Directora de la escuela "El Hogar Agrícola", señorita de Alvarez, rodeada por el personal docente, y alumnas últimamente egresadas.

LAS TRES CARRERAS

Las higueras dejaron caer sus higos y los olivos sus aceitunas, porque sucedió una cosa extraña en la isla de Skira. Una joven huyó perseguida por un mancebo. Se levantó la orla de su túnica y dejó ver la orilla de su calzón de gasa. En su carrera dejó caer un espejito de plata. El mancebo levantó el espejo y se miró en él. Contempló sus ojos llenos de sabiduría; amó su corazón, dejó de perseguirla y se sentó en la arena. La doncella comenzó a huir de nuevo, perseguida por un hombre en la fuerza de la edad. Levantó su túnica y aparecieron sus muslos semejantes a la carne de un fruto. En su carrera, una manzana de oro cayó de su regazo. Y el que la perseguía levantó la manzana de oro, la ocultó bajo su túnica, la adoró, cesó en su persecución y se sentó en la arena. Y la doncella todavía huyó; pero sus pasos fueron menos rápidos, porque la perseguía un viejo vacilante. Había bajado su túnica y sus tobillos estaban envueltos en lana de diferentes colores. Pero mientras corría sucedió la cosa más extraña, porque uno después de otro se desprendieron sus senos, cayendo al suelo como nísperos maduros. El viejo sorbió los dos, y la doncella, antes de arrojarse al río que atraviesa la isla de Skira, lanzó dos gritos de horror y de pena. — MARCEL SCHWB.

La severidad infunde temor, pero la incivilidad inspira repugnancia.

Donde no puede existir comparación no puede existir la envidia.

No descubras tu secreto a nadie, y serás discreto.



Modesto y Antonio Trotta, billiken y pierrot.



María L. y Peregrina González, segadoras.

María E. y Osvaldo A. Breguella, eslava y turco.



Luis M. y Celina O. Spinosa, turco y jardín de amor.

Luisa y Catalina Faerman, ucranianas.



Juana Casas e Irma Santoro, gitanas.



Beba y Totó Gomez Baletto, payaso y gitana.

Margarita y Jorge Loiti, odalisca y apache.



Raquel Fernández y Carlos Ramírez, andaluza y cocoliche.

Amelia Dajoughe y Angélica Ferrari, aldeanas.



Lidia E. y Mariana Fernández, bailarina y gitana.



Nilda y Mabel Delsanto, niñeras.



Carlos y María E. Cortés Dellepiane, tonny y mariposa.

Juan y Manuel Martínez González, pierrot y gaucho.



Raquel Canals, locura.



Lolita y Manuel César Salinas, margarita y pelotari.

Vicente C. Guerra y Amalia Echegaray, cocinero y gitana.



Carmen Riera y Máximo Uset, dama y caballero antiguo.



Osvaldo y Albina Grisoli, indios.





Aida y Armando Bacilotta, sandía e insecto.

Ernestina Leiserin y Paulina Kleiman, pierrot y mariposa.



Carmen M. Reboredo y M. D. Flores, aldeana y fado.



María L. y Carmen Coufal, princesa y rey de los Genios.



Margarita y Andrés Hipólito, bailarina y arlequín.



José R. y Juan C. Vázquez, pierrots.



Blanca Saavedra y Rodolfo Otero, maja y paje.



Margarita, María D. y M. Tejedor, aldeana y pierrots.



Angela, María E. y G. Nodopives, aldeana, gitana y apache.



Mario, Otelia y J. C. Purriños, pompadour, gitana y napolitana.



Celestina Podestá, bailarina.



Luisa Ana Bordone, mariposa.



Delia, Alicia y Atilio Chinetti, tejedoras y payaso.



Paquita, Aurora y J Buera, bailarinas y payaso.

VISITANTES



Sara, Julio R. y Lucio V. Mansilla, dama antigua y Luis XV.

Haydée, Delsa y Federico Rodríguez; sultana, dama antigua y pierrot.



Pedro, Demetrio y Edgardo Molteni y Judith Alumbo, gitanas y arlequines.



Felipe, Ofelia y Pituca Auladell, pierrot, baturra y dama antigua.



Emma, Otinda y Dositeo Arias, crisantemo y pierrot.



Nélida y A. Castalienni, Elvira, F. y M. Morapezat, alsaciana, fantasía, pierrot y manola.



Carolina, Rosa y Roberto Benedetto, dama antigua, pescadora y gondolero.



A. M. Bruno, A. M. Padin y M. A. Zampini, torero, dama antigua e Imperio.



R. Rebasto, M. E. Romito, D. Carballo, M. E. Sordeti, H. Bacigaluppi, E. Rebasti y D. Parra, mariposa, arlequín, dama antigua, mariposa, baturro, jockey y gitana.





Julia Zaera, F. Martín, O. Matoso y T. Martín, Com. Billiken «Pro Infancia Desvalida».



María Angélica Padin, rosa.



Susana Blanc, bailarina.



Beatriz Cuitiño, bailarina.



Nélida García Da Rosa, fantasía.

Sara Rapay, molino.



M. Z. Gil, A. M. Rossi, E. Uhalde, billiken

A. y A. Saajurjo, clavel y pompadour.



Marta Rank, pierrot.



Amalia Cantarelli, ama de llaves.



Carlos H. y Hebe S. Matti, bufón y dama antigua.



Elba Cattini y Elena Chappori, fantasía y trébol.



M. Martínez Lozano y Rosa Aguilar, aragoneses.



Aida Macchi y Z. Blando, dama antigua y mariposa.



Irma y Delia Copello, aldeanas.



Alfredo y Aurora Pissera, duende y húngara.



N. y F. Vedetta Ciesco, mejicano y samaritana.

Alberto B. y Aida Zulema Cuello, pierrot y odalisca.

PERSONAS DESCONOCIDAS

NOVELA POLICIAL DE EXTRAORDINARIAS COMPL CACIONES

POR

ARTHUR SOMERS ROCHE

TRADUCIDA EXPRESAMENTE PARA "CARAS Y CARETAS"

(CONTINUACIÓN)

— Que empieza en el horno ése tan grande — interrumpióle ella.

— Cierto. Un túnel que comienza aquí y llega hasta la superficie del precipicio. Dentro del túnel, esta misma noche, nosotros encontraremos al hombre que asesinó a Armstrong y a Lesoeur. No se nos escapará. El y sus compinches no lo saben, pero el precipicio, abajo y arriba, está bien vigilado por mis hombres.

Sin apresurarse, con todo cuidado, se llegó hasta el frente del horno y abrió la puerta de hierro, iluminando el interior con la linterna. Una fuerte rejilla del mismo metal se cerraba a menos de un metro. La empujó y el paso quedó libre en una amplia extensión.

Tomando algunas precauciones, Doyle registró el interior obscuro del horno, escudriñando en todos los rincones, y no tardó en divisar un pasaje que doblaba hacia la izquierda.

Casi pegada a sus espaldas, Ruth murmuró con voz que quería ser una advertencia:

— Recuerde que usted ha comentado el grosor de las paredes, y así debe de ser. El túnel se mete por una de ellas, que ha de ser lo suficientemente espaciosa para permitir el paso a una persona.

Inclinada hacia adelante, detúvose a la entrada del subterráneo.

Los recios dedos de Doyle se alargaron para tomarla de una de las muñecas e invitarla a seguirle.

Los ojos de Ruth, antes de decidirse, se fijaron un instante en el ya conocido sótano, que le pareció «confortable» comparándolo con lo desconocido que le aguardaba.

Pocos minutos después dábase cuenta de que habrían caminado aproximadamente trescientos metros sin detenerse por aquel lóbrego pasadizo; pero le parecía que, lo menos, ambos llevaban andado una milla a juzgar por la ansiedad que a ella le sobrecogiera.

Durante la misteriosa caminata, Doyle iba alumbrando hacia el suelo con su linterna sin tropezar con obstáculos aparentes, mas de súbito los rayos luminosos de la lámpara se reflejaron en una obstrucción.

— Hemos llegado al «asiento de reserva», aunque no se trata, propiamente hablando, de un asiento — murmuró el detective a su compañera: — usted debe permanecer en pie todavía — agregó en el mismo tono.

Ruth, atenta y silenciosa, dirigió su mirada atónita hacia el obstáculo que les impedía avanzar.

Una puerta de hierro macizo era la barrera que se les mostraba a un metro de distancia.

La luz de la linterna se enfocó sobre un mecanismo de cerradura cuyo manejo no era un secreto para el detective. Este se acercó a la puerta y la examinó con experta ojeada.

Luego, con un movimiento que obedecía a sus rápidas cerebraciones, dirigió el foco luminoso de la lamparilla sobre las faldas de Ruth.

— Polleras cortas y zapatos con suela de goma. Muy bien. Usted podrá correr libremente, si así lo quiere — corrigió Doyle sin dejar de observarla.

— Yo no quiero correr — dijo ella con evidente nerviosidad y sin explicarse el alcance de lo que quería decirle el hombre.

Se dirigió hasta tropezar con la puerta; dió varias vueltas a la manija de la cerradura y, no sin maniobrar con fuerza, rechinaron al cabo los resortes, dóciles a la mano que los movía. A pesar de lo extraordinaria y crítica que le parecía la situación en aquel largo agujero, Ruth se vió sacudida ahora por una intensa curiosidad.

— ¿A qué planes maquiavélicos habrá obedecido Stevens para poner esta puerta aquí? — preguntó la mujer con voz aguda a su compañero.

— No la puso él; fué colocada posteriormente — afirmó la voz de éste. Y maniobrando con tanta rapidez como maestría, abrió la recia puerta que obstruía el camino.

CAPITULO XXII

LA TRAMPA MAESTRA PREPARADA POR DOYLE.—EXPLICACIONES BAJO TIERRA.—TROPIEZO CON OVERHOLT (A) FRANKLIN KENNEDY.—UNA LUCHA Y UN CADAVER.

Doyle y Ruth, una vez franqueada la puerta, dieron algunos pasos en medio de la obscuridad tan débilmente alumbrada por la pequeña linterna. No podía presumir ella las sorpresas que le aguardaban, pero abrigaba el presentimiento de que algo habría de acontecer extraordinario, y su excitación era grande al encontrarse, aunque se consideraba bien acompañada, en las tinieblas y en la soledad de aquel paraje de aire impuro y húmedo.

Quiso, sin embargo, bromear y mostrarse serena, y realizando animoso control sobre sus nervios, preguntó, con naturalidad:

—¿Cuándo vamos a verificar la comprobación que usted pretende?

—En cualquier minuto — replicó Doyle con sobriedad.

—¿Alguien se resistirá? ¿Habrá lucha? — interrogó ella por partida doble.

La cabeza del detective se movió para corroborar su respuesta:

—Yo le he prometido, señora Reverly, que ni una mosca la molestará a usted. No habrá «balas perdidas», se lo aseguro.

—Pero, si ellos se sienten atrapados en el otro extremo, ¿no caerán sobre nosotros en esta dirección? — insistió ella, queriendo darse cuenta cabal de lo que podría suceder en caso de un inesperado ataque.

—No se preocupe de ello — dijo él.

Y luego, elevando el tono de su voz, preguntó a su vez:

—¿Comunicó usted a alguien adónde iba a ir cuando se decidió a acompañarme en esta excursión?

Ruth, un poco desconcertada por la pregunta y el modo de formularla, se le quedó contemplando en actitud perpleja.

—Dick estaba en casa cuando usted me telefoneó, como yo le contesté por el aparato. Le dije al salir de la casa que usted me llamaba y que iba a encontrarle en la finca de Armstrong.

—Pero, ¿usted no le dijo nada respecto a que íbamos a recorrer este túnel? — insistió Doyle.

—¿Cómo podía yo decirle tal cosa si ignoraba en absoluto que existiese este subterráneo? — exclamó Ruth, ya en el colmo de la perplejidad ante la extraña pregunta.

—¿Entonces no existe un alma que sepa dónde se encuentra usted en estos momentos? — volvió a interrogar el hombre.

Al decir esto, el tono de su voz se apagó considerablemente, pero se hizo más agudo y como revelador de una gran ansiedad, repercutiendo el eco en las sombrías paredes del túnel.

—Por supuesto que no —aseguró ella sin comprender sus intenciones.

—¿Está usted completamente segura? — reinsistió Doyle.

Estas repeticiones del detective eran pronunciadas quedamente, y su voz sonaba con un timbre anormal que ella desconocía.

—Le repito que estoy segurísima — volvió a decir Ruth.

—Y yo a nadie he dicho una palabra acerca de mi descubrimiento del túnel, de modo que nadie en este mundo sabe dónde estoy ahora.

—Pero usted me ha dicho antes que sus hombres se hallaban apostados en la boca del túnel — protestó ella.

El detective se sonrió con cierta satisfacción no exenta de su vanidad característica.

—Usted ya debiera conocerme mejor después del trato que hemos mantenido hasta ahora, señora Reverly. Yo hago mi juego derecho, pero con una sola mano, reservando siempre la otra. Mis hombres pueden muy bien estar guardando la boca del túnel, pero ellos ignoran lo que están guardando. Cierto que los tengo apostados en el borde del precipicio, abajo y arriba, pero desconocen completamente la trampa que vigilan. Tanto saben de que allí existe una salida como de la entrada por el sótano de la casa de Armstrong.

—¿Y por qué no les avisó usted acerca del descubrimiento para prevenir cualquier probable...?

—Porque yo juego con una sola mano — interrumpió imperturbable el original pesquisante.

—Pues no me parece razonable — replicó Ruth sin ocultar su contrariedad. — Supóngase usted que los hombres apostados en la boca del túnel...

Ahora Doyle usó de una de sus ordinarias brusquedades para interrumpirla.

—Olvidemos esto. Yo le he dicho a usted que no correríamos ningún peligro, y yo soy, no lo olvide, Patrick H. Doyle, que nunca comete equivocaciones. También le dije que yo juego con una sola mano. ¿Debo añadir que jamás comprometo mi buena carta y que nunca tampoco pierdo baza?

Ruth hallábase espantada ante tan increíble y desorbitada vanidad que, a su criterio y al menos en este difícil caso, le había conducido a prescindir de tan vital y a la vez sencillo detalle.

Si ninguno de sus subalternos conocía la existencia del subterráneo, ¿cómo era posible que le ayudaran—nos ayudaran—en el caso de que, semejantes a dos ratones acorralados, se nos echaran encima los enemigos, cuya desesperación al verse descubiertos en la larga cueva sin duda les prestaría una acometividad criminal con muchas probabilidades de quedar impune y enterrada para siempre?

Su pensamiento, al razonar así, formuló en voz alta esta frase:

—¡Tengo miedo!

—¿Qué? ¿Con Patrick H. Doyle a su lado, protegiéndola, tiene usted miedo? — la recriminó en voz baja su acompañante. Y continuó en el mismo tono: — Tenga usted ánimo hasta el fin, que ya se aproxima. El asunto está perfectamente planeado por mí, señora Reverly. Yo sé por qué Jim Armstrong fué asesinado. También sé por qué «despacharon» a Lesoeur y, además, conozco quién fué el asesino de los dos. Todavía mis conocimientos se extienden más allá. Me son familiares, uno por uno, todos los cómplices que participaron en ambos crímenes y tengo registrado en mi memoria el nombre del verdadero criminal.

—¿Quién es? — saltó Ruth.

—Kennedy... Franklin Kennedy.

—Pero ¿quién es él?

—El más grande y más hábil falsificador de Norteamérica, el hombre que más trabajo y fatigas ha causado a las autoridades federales, que vienen persiguiéndole desde hace años; el más peligroso tipo de delincuente dentro de su especialidad — explicó el detective casi con entusiasmo, agregando: — Usted no conoce este túnel en toda su extensión. Existen algunas puertas secretas a los lados y a cierta distancia entre sí, que dan acceso a los aposentos donde se guardan diversos troqueles, papel especial para imprimir billetes de banco y todos los materiales necesarios para la falsificación de documentos de gran valor y circulación. Millones de dólares han salido de estas cuevas, viajando sin tropiezo por casi todas las instituciones bancarias del mundo. ¡Oh! Se lo aseguro a usted. Estamos en el terreno de una de las más perfectas y poderosas organizaciones imaginadas por cerebro alguno para estafar al Gobierno. ¡Es admirable, hay que confesarlo! Toda esta obra a cincuenta yardas de profundidad de la base del precipicio y con fácil e ingeniosa salida al mar. Llega la noche protectora; una silenciosa embarcación se desliza aguas adentro, anclando a pocos metros de las rocas; un pequeño bote se le acerca y un fardo repleto de billetes prensados se transborda. ¿Lo comprende usted todo ahora? — terminó diciendo el detective con ligera entonación dramática.

(CONTINUARÁ EN EL PRÓXIMO NÚMERO)

Comentarios



En cuanto empieza a hablarse de elecciones,
cien ilustres varones
que son hombres políticos a ratos,
se forjan ilusiones
y se dicen:
— Ya somos candidatos.

Ser candidato de ese modo es cosa
un poco candorosa.
El pseudo candidato se enternece
y le dice a su esposa:
— Mi aspecto, mi estatura,
el color de mi piel, mi dentadura
y esta nariz tan rara
que es el mejor adorno de mi cara:
¿no son los de un conspicuo ciudadano,
que puede por su empuje y por su brio
ser padre de la patria y hasta tio?
Puede ser que algún loco de verano
residente en la Boca o en Belgrano,
me niegue condiciones. Quien afirme
que no voy a lucirme
y que no soy un probo ciudadano,
honesto, honrado y puro
es otro candidato, de seguro.



Se habla del señor Tal:
— ¡Tipo excelente!
— Orador elocuente.
— Quizás es algo feo.
— ¿Feo? Completamente.
— Yo creo que es mejor.
— Lo mismo creo.
— Juega admirablemente
al poker.
— Y probó ser literato
lo mismo que cualquiera.
— Es feo y juega al poker. De manera
que es un gran candidato.

* * *

— Aunque se da importancia
tiene que fracasar,
porque está a igual distancia
del otro que de Alvear.
En todo fracasado
hay un equidistante.
— Está probado

— El doctor Ermeguncio
no es amigo de nadie.
— Ni siquiera
es amigo del nuncio.
Ya sean potentados o mendigos
huye de los amigos.
— Es un buen candidato.
— Lo chocante
es que, hombre tan altivo y arrogante,
nunca tuvo enemigos.
— ¡Es curioso!
— Que resulte elegido y, al instante,
aunque se muestre fino y obsequioso,
tendrá los enemigos a patadas.



Don Fulano de Tal se hizo famoso
por sus perogrulladas,
por su modo de hablar estrepitoso
y por sus candideces y pavadas.
— Ese es un candidato que se impone,
(si es que Dios otra cosa no dispone).
¿No es motivo de orgullo
ver a un X triunfante y aplaudido?
El país va a decir, agradecido:
— «Al fin es diputado Pero Grullo».



— ¿Quién es ese sujeto
del que nadie se fia?
— Trátelo con respeto;
aunque es analfabeto
puede ser diputado cualquier dia.

* * *

El que no es candidato,
pero que serlo anhela,
murmura:
— Don Marcelo es un ingrato
Ya lo seré otra vez.
Y se consuela
añadiendo, después, meditabundo:
— Hoy día es candidato todo el mundo.

* * *

Goza Elpidio de paz nunca alterada,
y al ver lo que sucede, soñoliento,
suspira con terrible aburrimiento
y dice:
— ¡Tanto ruido para nada!

MONOS DE REDONDO

NUESTRO PROXIMO NUMERO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: Pájaro de tormenta, por **C. Magnasco.** Parientes ricos, por **Delio Morales.** La maestrita, por **Luis Manso.** El viento, por **Hernán Gómez.** La clase humilde, por **Delfina Bunge de Gálvez.** Los desertores, por **Claude Farrere.** La ciencia de mi tío, por **Angel R. Chaves.** El Caipora, dios salvaje, por **Luis da Cámara Cascudo.** Palingenesia, por **Javier Núñez de Prado.** El loco Fiías, por **Joaquín Castellanos.** El anchi de Doña Daniela, por **Ciro Torres López.** 5632, por **R. J. Payró.** La isla de los pájaros, por **Héctor Pedro Blomberg.** Personas desconocidas, novela de extraordinarias complicaciones, por **Arthur Somers Roche.**